



# REINA

TRILOGÍA  
BEST SELLER  
DEL  
*NEW YORK  
TIMES*

# MEGHAN MARCH



VERGARA

REINA

Meghan March

Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo  
y M.<sup>a</sup> del Mar Rodríguez Barrena



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Acerca de este libro

Soy su entretenimiento. Su juguete. El pago de una deuda.

Me digo que lo odio, pero cada vez que entra en la habitación, mi cuerpo me traiciona. ¿Cómo es posible que me provoque deseo y miedo a la vez?

Me advirtieron de que me comería la cabeza. De que acabaría luchando contra mi cuerpo.

Pero no comprendí que sería una anarquía absoluta.

Debería haberlo supuesto. Allí donde esté Mount, desaparecen las reglas.

No me rendiré. No le demostraré debilidad alguna. Me mantendré en mis trece y cumpliré mi parte del trato con el alma y el corazón intactos.

Pero él tiene otros planes...

*Reina* es el segundo libro de la trilogía Mount.

## Mount

*Treinta años antes*

Un escalofrío terrorífico, como si me hubiera acariciado una mano espectral, me recorrió la espalda mientras la chica subía los escalones rotos del porche, acompañada por la asistente social. Era rubia y muy delgada, y llevaba en los brazos una bolsa de basura negra mientras atravesaba la puerta mosquitera rota. No hacía falta ser un genio para suponer que contenía todas sus pertenencias.

Mi bolsa de basura negra y yo nos habíamos mudado catorce veces en los últimos nueve años. No recordaba cuántas veces me había mudado antes de eso. Mi primer recuerdo era el del hambre que me carcomía el estómago, de manera que le pedí a mi padre de acogida un poco más de comida y él me cruzó la cara. Tenía cuatro años, o eso me dijeron. Era difícil llevar la cuenta sin ver las velas en tu cumpleaños porque nunca te habían regalado una tarta.

Apostaría lo que fuera a que si la señora Holiday estuviera viva, me habría regalado una, incluso una todos los años, pero enfermó y me mudaron a otra casa seis meses después de llegar, cuando quedó claro que no iba a vivir mucho tiempo más y no podría cuidarnos. La primera vez que sentí que alguien me quería. La primera vez que alguien me dejó elegir la ropa que me gustaba en una tienda. La primera vez que alguien me preguntó qué quería para cenar. La primera vez que sentí que tenía una madre de verdad. Solo me sirvió para que las cosas me resultaran más difíciles después de perderla. Me enseñó a no

encariñarme con nada ni con nadie en esta vida, porque eso no aportaba nada bueno.

Todas las casas en las que había estado antes y después de la suya eran distintas versiones de la misma mierda. No eras uno de sus hijos verdaderos. Eras el cheque que cobraban sin hacer nada para ganárselo. Apenas te alimentaban. Tenías suerte si te daban un cepillo de dientes. ¿Y la ropa? Lo que la iglesia donara o lo que se le quedara pequeño a sus verdaderos hijos. Nada nuevo, eso seguro.

La camiseta interior que llevaba en ese momento había perdido el color blanco y después de que le hiciera un agujero, porque se me trabó a principios de semana en una valla metálica, Jerry me estampó contra una pared y se quitó el cinturón para darme una lección, algo que le gustaba hacer un par de veces a la semana, sobre todo después de haberse bebido un paquete de cervezas y de haberse fumado unos cuantos porros.

Los borrachos agresivos tampoco eran nada nuevo. A esas alturas los identificaba a kilómetros de distancia.

Si Jerry no me sacara más de una cuarta y casi setenta kilos, le habría devuelto los golpes la primera vez que se quitó el cinturón. Bueno, no se los devolvía por eso y por la certeza de que si me echaban de esa casa, nadie protegería a Destiny. Solo tenía seis años, pero era consciente de las miradas que Jerry le echaba. No me parecía bien, así que hacía todo lo posible por no alejarme mucho de ella.

Muchas noches me escabullía de mi dormitorio y dormía delante de la puerta del suyo, solo para asegurarme de que él no intentaba hacerle algo. No me fiaba ni un pelo de ese cabrón y no pensaba quitarle el ojo de encima.

—Estamos muy contentos porque Destiny y su hermana por fin van a poder estar juntas. Chicos, esta es Hope, dadle la bienvenida —dijo la asistente social, con un deje esperanzado en la voz para hacer juego con el nombre de la

recién llegada. No había captado que en esa casa no había esperanza, ni siquiera con la llegada de Hope.

No había esperanza en todo el puto sistema de acogida.

Las piernas cortas y esqueléticas de Destiny volaron sobre el suelo mientras atravesaba la estancia para lanzarse a los brazos de la chica, mientras Jerry, su mujer, Dixie, y su hijo, Jerry, observaban la escena a cierta distancia. Ya no se acercaba mucho a mí. Seguramente porque sus padres solo me dejaban ducharme una vez a la semana. Querían ahorrar agua, o eso decían.

Cuando la recién llegada soltó la bolsa de basura para abrazar a su hermana pequeña, Jerry se pasó la lengua por los dientes y la miró como si fuera uno de esos gruesos chuletones que compraba en la carnicería y que eran para él solo.

Sentí un peso en el estómago al comprender que era mayor de lo que había pensado en un primer momento, porque era muy menuda. Seguramente fuera mayor que yo. Ya tenía tetas y era evidente que no llevaba sujetador.

Jerry no podía dejar de mirárselas y ni siquiera intentaba disimular.

A Destiny la miraba de forma asquerosa, pero lo de Hope era todavía peor. Había encontrado sus revistas pornográficas en una caja en el garaje, donde pensaba que nadie las vería. Le gustaban rubias y jóvenes, y ardía en deseos de gritarle a la asistente social que se llevara a las dos hermanas lo más lejos posible de esa casa.

Pero sabía lo que pasaría si abría la boca. Me darían la patada a mí y no habría nadie que las defendiera de Jerry.

—Te he echado mucho de menos —le susurró Hope a Destiny mientras se ponía de rodillas en el sucio suelo de linóleo. Se dieron un largo y fuerte abrazo antes de que Hope alzara la vista para mirarnos.

Jerry fue el primero en acercarse, por supuesto. La camiseta de tirantes parecía a punto de estallarle sobre la barriga mientras abría los brazos y le decía:

—Soy tu nuevo padre, Hope. Bienvenida a casa.

La chica puso los ojos como platos y miró por la estancia hasta que me vio. Nos reconocimos como iguales. Supo enseguida que yo no era uno de los hijos de verdad. Meneé la cabeza lo justo para que entendiera la advertencia.

Y la admiré porque captó las señales rápido. Aunque luego comprendí que eso era una mierda, porque significaba que había sobrevivido a experiencias que habrían hecho que yo me subiera por las paredes.

Mantuvo a Destiny pegada a su costado y ella le dio unas palmaditas, como si lo abrazara, aunque ese cabrón no cejó en su empeño. Las estrechó a ambas entre sus brazos con fuerza.

—Tengo la impresión de que nuestra familia por fin está completa.

Dixie la saludó con un breve asentimiento de cabeza. No hablaba mucho, probablemente porque se pasaba la mayor parte del día bebiendo de una botella de Sprite de dos litros. Claro que el contenido no tenía burbujas. La primera vez que la vi quedarse dormida en el sofá después de mudarme, le quité el tapón a la botella para beber un sorbo.

Vodka.

¿Debería saber yo esas cosas a los trece años? Seguramente no, pero no había disfrutado del lujo de una infancia. Además, siempre intentaba taparse los moratones que Jerry le dejaba después de esas noches durante las cuales ponía el tocadiscos a todo volumen en su dormitorio.

A lo mejor estaba mal que pensara así, pero como de todas maneras estaba convencido de que acabaría en el infierno porque mi última madre de acogida me llamaba «hijo de Satán», me alegraba de esas noches. Porque significaban que Jerry no intentaría hacerle nada a Destiny.

Pero ¿Hope? La presencia de Hope suponía un problema.

Jerry soltó a las hermanas después de un incómodo y largo abrazo. La asistente social todavía sonreía por el logro de haber conseguido reunir las.

—Bueno, os dejaré para que os conozcáis mejor. —Miró a Dixie—. Ya sabes cómo va esto. No es nuevo.

Jerry se echó a reír y se le levantó la camiseta, haciendo que se le viera la barriga que le colgaba por encima de los pantalones.

—La única novedad es que ese cheque que recibimos todos los meses va a ser un poco más alto, a eso te refieres, ¿no?

La sonrisa de la asistente social flaqueó un poco, pero asintió con la cabeza.

—Por supuesto. —Miró a las hermanas, pero se dirigió a la recién llegada—. Si necesitas hablar de cualquier cosa, tienes mi número de teléfono. Espero que disfrutes en tu nuevo hogar y me alegro mucho de que Destiny y tú por fin estéis juntas de nuevo.

—Le va a encantar —dijo Jerry.

En cuanto la asistente social se marchó en su coche, Jerry agarró del brazo a Hope con esos dedos que parecían salchichas.

—Voy a enseñarte tu nueva habitación. Está al lado de la nuestra.

—Puedo compartir la habitación de Destiny —replicó ella—. No quiero molestar. No necesito una habitación para mí sola.

Jerry se pasó la lengua por los dientes otra vez.

—Eres demasiado mayor para compartir habitación. Tenemos mucho espacio. Vamos, no discutas.

Otra vez me invadió esa desagradable sensación mientras Jerry arrastraba a Hope escaleras arriba, en dirección a un dormitorio que tal vez hubiera ocupado otro hijo en acogida antes de que llegáramos Destiny y yo, con unos cuantos días de diferencia entre uno y otro.

Según Jerry hijo, también era una chica. El niño solo tenía siete años, así que no supo decirme por qué se fue y yo no sabía si quería averiguar la respuesta.

Los ojos azules de Hope, igualitos que los de Destiny, se clavaron en mí

mientras la bolsa de basura golpeaba los escalones a medida que subían. Ví el miedo. La chica sabía que acababa de caer en un polvorín y que solo hacía falta una chispa para que le explotara en la cara.

Sostuve su mirada hasta que doblaron en el rellano, pero en ese momento juré que si ese gordo cabrón la tocaba... cualquier cosa podría pasar.

Hope durmió en la habitación de Destiny durante la primera semana en vez de hacerlo en la suya, porque Destiny lloraba cada vez que se separaban.

Jerry ya había perdido la paciencia. Esa noche estaba borracho y golpeó la encimera con un puño lo bastante fuerte como para que la vajilla barata tintineara.

—Deja de lloriquear. Hope no va a irse a ningún lado y esta noche va a dormir en su dichosa habitación lo quieras tú o no.

Yo llevaba toda la semana casi sin pegar ojo, porque no me fiaba de él. Empezaba a sentirme atontado por la falta de sueño, y mi rendimiento escolar, que jamás me había preocupado mucho, era peor que nunca. Había pasado más tiempo en el despacho del director que en la clase desde que me trasladaron a ese instituto. Pero eso era lo que se esperaba de nosotros, de los niños integrados en el sistema de acogida. Era como si todos supieran que estábamos destinados al fracaso desde el primer día, así que no valía la pena esforzarse.

Solo éramos mierda.

En mi caso, era cierto. Según me habían contado, mi madre me abandonó en las escaleras de una iglesia del Barrio Francés y me encontró una monja, llenito de caca.

Fue un comienzo muy apropiado para la vida que iba a tener. El estigma de lo que era, de quien era, me seguía allí donde iba.

A veces, me preguntaba si mi madre se había molestado siquiera en ponerme un nombre antes de abandonarme, pero daba igual. El único nombre que tenía era el que me había puesto la monja que me encontró: Michael. Tan genérico como el resto de los nombres bíblicos que les ponían a los niños abandonados.

—¡No! ¡Quiero a mi hermanita! —lloriqueó Destiny.

Jerry la aferró por uno de sus delgados brazos y la acercó a él mientras buscaba el cinturón con la otra mano.

—¿Quieres llorar? Pues ahora mismo voy a darte un motivo para que lo hagas.

Hope se puso de rodillas delante de su hermana, una postura que la dejó a la altura de la entrepierna de Jerry.

—No pasa nada, Desi. Voy a estar casi al lado de tu habitación. No voy a irme de esta casa. No dejaré que vuelvan a separarnos. Te lo prometo.

Esa promesa me indicó que Hope no llevaba tanto en el sistema como yo pensaba. De lo contrario, sabría que lo mejor era no hacer promesas. Porque todas se rompían tarde o temprano.

Jerry siguió aferrando a Destiny con una mano y el cinturón con la otra, pero su mirada se había trasladado a Hope. O más bien a la camisa de esta.

Alguien debería comprarle un sujetador a la chica, pero estaba segurísimo de que no sería Jerry quien lo hiciera.

—¿Ves? Tu hermana sí que sabe comportarse como una niña buena. —Se pasó la lengua por los dientes, sin abrir la boca—. Buenísima.

Supe que esa noche no pegaría ojo tampoco.

Jerry no entró en acción hasta que Destiny se durmió y Dixie se quedó frita en el salón. Me pesaban los párpados como si tuviera una tonelada de

ladrillos encima de ellos, pero en cuanto oí el crujido de los viejos tablonos de madera, supe que se había puesto en marcha.

Se me aceleró el pulso mientras salía de mi dormitorio y enfilaba el pasillo evitando las tablas que crujían y que me aprendí de memoria durante los primeros días en esa casa. Moverse en silencio tenía sus ventajas.

Las bisagras de la puerta, que necesitaban aceite desde hacía mucho tiempo, chirriaron cuando Jerry la abrió.

Se acercó a la cama de Hope y desde el lugar donde me encontraba, detrás de él, la vi incorporarse en la cama y llevarse las sábanas al pecho como si fueran la bolsa de basura negra con la que llegó el primer día.

Jerry se abalanzó sobre ella y le tapó la boca con una mano.

—Ni un puto grito o me aseguraré de que te resulte más difícil pagar tus deudas, niña.

Hope forcejeó para librarse de él, pero Jerry le rasgó la camiseta por la parte delantera y le dejó las diminutas tetas al aire. Le cubrió una con una mano. La otra desapareció.

—Prepárate para pagar la renta, niña. Y la de tu hermana. A menos que quieras que se la cobre a ella. Seguro que llora tan bien como tú.

La ira ardía en el vacío interior de mi estómago y tuve que hacer un esfuerzo para no vomitar por sus palabras. No merecía vivir.

Flexioné los dedos en torno al bate de béisbol que llevaba apoyado al hombro, un Louisville que Jerry le había regalado a su hijo para que jugara en la Liga Juvenil. Sería capaz de acabar con la vida de un degenerado para salvar la de una inocente un día sí y otro también.

Jerry apartó las sábanas de un tirón mientras yo entraba por la puerta.

—Ni se te ocurra ponerle un puto dedo encima.

Jerry se volvió para mirarme y los sollozos aterrados de Hope me llenaron los oídos.

La mirada de Jerry se posó en el bate que yo llevaba al hombro.

—¿Qué cojones crees que vas a hacer con eso, muchacho? ¿Quieres que te lo meta por el culo ya que te crees tan importante?

Se movió más rápido de lo que yo había creído posible. Levantó su enorme cuerpo de la cama y se abalanzó sobre mí como si fuera un toro, mientras la polla se le salía de los sucios pantalones y se balanceaba como si fuera una salchicha cocida.

Qué cabronazo.

No pensé siquiera. Blandí el bate.

Pero Jerry se agachó y el bate acabó golpeándolo en un lateral del cuello. Trastabilló hacia atrás hasta apoyarse en la pared, con las manos en la garganta. Se deslizó hasta el suelo mientras Hope lloraba en silencio en la cama, temblando por el miedo, y aferraba la sábana para cubrirse de nuevo con ella.

Jerry intentaba respirar mientras yo me acercaba a él, cada vez más asqueado por lo que le habría hecho a Hope si yo no hubiera aparecido. De no haberse agachado, le habría abierto la cabeza con el bate como si fuera un melón, pero me alegré de que no hubiera sucedido así. No se merecía morir tan rápido ni con tanta facilidad.

Un adulto que intentara violar a una niña de catorce años merecía morir despacio y con tanto dolor como fuera posible.

Presioné el extremo del bate contra sus manos, con las que seguía aferrándose el punto del cuello donde lo había golpeado, decidido a dejarlo sin respiración poco a poco, a medida que iba presionando.

—No volverás a tocar a otra niña en esta puta casa.

Con cada segundo que pasaba, los ojos parecían salirse más y más de las órbitas. Al final y por primera vez desde que pisé ese agujero infernal, vi miedo en ellos.

Un miedo que alimentó la sangre que me corría por las venas, así que ni siquiera titubeé a la hora de presionar con más fuerza mientras él trataba de liberar las manos en vano.

Pronto perdería la consciencia, y quería que ese dolor y ese miedo lo desgarraran antes de morir. Si mis sospechas eran ciertas, era lo que él les había hecho a muchas otras niñas indefensas.

—Nunca más, Jerry. ¿Me oyes?

Con toda la fuerza de la que fui capaz, presioné el bate contra sus manos y oí un crujido, tras el cual vi cómo la vida se le escapaba de los ojos.

Presioné de nuevo para asegurarme de que estaba muerto de verdad. Hope empezó a llorar con más fuerza al ver que se caía hacia un lado. Me agaché para ver si tenía pulso.

Nada. Ese negro corazón no se movía siquiera.

Acababa de hacerle un favor al mundo.

Me incorporé con el bate aún en las manos y enfrenté la mirada de Hope, que seguía aterrada. Pero en ese momento no supe qué le provocaba más miedo, claro que podía adivinarlo sin problemas.

O a lo mejor me equivocaba.

Hope se levantó de la cama al instante, se cubrió con la sábana y se pegó a mi costado. Sus brazos me rodearon la cintura.

—Gracias.

Apenas si conseguí entender lo que me decía a causa de sus sollozos. Sus lágrimas me estaban empapando la sucia camiseta.

—Solo he hecho lo que había que hacer. Vístete y recoge tus cosas. Yo iré a por Destiny. Vais a salir las dos de esta puta casa. Os acompañaré hasta el albergue de la iglesia, que está a un par de manzanas. Cuando lleguéis, les dices que llamen a tu asistente social. Cuéntale a esa señora lo que intentó hacerte Jerry.

Hope apartó la cabeza de mí para mirar el cadáver.

—¿Qué le digo de... de esto?

—La verdad.

Esos ojos azules cuajados de lágrimas me miraron, de nuevo rebosantes de miedo.

—Pero vendrán a por ti...

—No me encontrarán nunca.

Hope se mordió el labio y me soltó.

—Date prisa. Tenemos que irnos.

En cuanto salí de esa casa por última vez, seguido por las dos chicas, comprendí que mi anterior madre de acogida se equivocó al acusarme de ser el hijo de Satán.

Era el mismísimo demonio.

## Mount

*En la actualidad*

Keira me lleva al límite, mina mi control, algo que nunca le he permitido a ninguna persona.

«He pegado un puto portazo.»

No reacciono con furia. Ya no. Todos mis actos son el resultado de unas maquinaciones frías y exactas.

Pero esta tía me tiene pegando portazos, joder.

Me dije que no sería un problema. Que podría poseerla, controlarla... sin dejar en ningún momento que se convirtiera en algo más que una posesión. Me prometí que me mantendría desapegado e indiferente, porque la alternativa nunca conduce a nada bueno. Lo aprendí de niño.

«Trátalo todo como si fuera temporal.» Es lo único que nunca falla. Ninguno de nosotros salimos vivos de esta, así que ¿para qué fingir lo contrario?

¿Otra cosa en la que siempre he creído? Que tengo un control absoluto sobre mi persona y mis reacciones.

Falso.

Keira Kilgore se ha convertido en algo que nunca quise, pero yo pongo las reglas en mi mundo, así que nadie me impide cambiar los planes, joder. ¿Lo mejor de ser el rey? Que puedo hacer lo que me dé la gana.

Retenerla sería un error, pero no pienso dejarla marchar. Sobre todo ahora,

cuando tengo más poder sobre ella, después de haber pagado sus préstamos bancarios y añadirlos a su deuda.

Nunca me he permitido desear algo de esta manera. Es cierto que rijo un imperio, y he permanecido en la cima porque nunca he demostrado debilidad.

«Solo será una debilidad si permito que lo sea, y esta chorrada se termina ahora mismo.»

Quiero volver a sus habitaciones y decirle exactamente cómo maté a Lloyd Bunt, algo que la alejará de mi lado para siempre.

Eso es lo que debería hacer. Pero ¿qué sentido tiene regir un imperio si no puedes tener lo que deseas, aunque no deberías tenerlo?

Mientras esas ideas se me pasan por la cabeza, me doy cuenta de que estoy a punto de crear una debilidad que otros podrán explotar. Algo contra lo que llevo años luchando.

Pero soy Lachlan Mount. Conseguí salir de las cloacas de esta ciudad inmisericorde, cambié de identidad, aprendí todo lo necesario no solo para sobrevivir, sino para llegar a la cima. Me convertí en la mala hierba que crece en las grietas de las aceras y se niega a morir. Ascendí a codazos por las filas de esta organización y reclamé el oro a la fuerza. Para el mundo exterior, reino gracias al miedo, a la intimidación y la determinación de llevar a cabo todas y cada una de las amenazas que hago.

Tengo todas las posesiones materiales que cualquier hombre pueda desear jamás. En este preciso momento, piso alfombras persas en tonos blancos y dorados, y paseo entre paredes enlucidas por maestros artesanos italianos, iluminadas con apliques realizados en oro de 14 quilates y arañas de cristal cuyo precio no quiero ni imaginarme. Me rodeo con lo mejor de lo mejor, y no finjo, ni siquiera por un segundo, que no es porque sigo intentando olvidar lo que es vivir rodeado de mi propia mierda.

Cuando por fin extendo la mano para activar el resorte oculto que abre una

de las muchas entradas secretas al laberinto de pasadizos que conectan todas las propiedades que poseo en esta manzana, he conseguido controlar la respiración.

Cada encuentro con Keira me afecta más que el anterior, y este no es una excepción. No puedo permitir que la cosa siga así. «Voy a recuperar el control.» Es una promesa que me hago mientras un cuadro, que se extiende del suelo al techo, se desliza para dejarme pasar al laberinto.

Solo tres personas más conocen cada centímetro del laberinto: V, a quien Keira llama «Cicatriz»; J, mi mano derecha; y G, mi sastre. Los tres me han demostrado su lealtad una y otra vez, pero sería muy ingenuo si confiara en alguien completamente.

Y si hay algo que nunca he sido es ingenuo.

Tomo varios desvíos, sin apenas echar un vistazo a través de las mirillas existentes en los pasadizos interiores para poder ver lo que sucede más allá de las paredes. Son imposibles de localizar a menos que sepas dónde mirar.

Otros hombres en mi posición tendrían a hombres con armas automáticas patrullando la casa, pero me niego. En primer lugar, porque me las apañé de puta madre, gracias; y, en segundo lugar, porque ¿para qué permitir la presencia de más eslabones débiles en mi propia organización? Sobornar a un vigilante de poca monta es fácil. Lo he hecho tantas veces que ya he perdido la cuenta. La gente que trabaja para mí no puede ser sobornada porque me debe la vida, por un motivo o por otro.

Además, las cámaras son más eficaces, y mi sistema de seguridad es imposible de piratear... o tan imposible como lo permite la tecnología.

Cuando termino de dar vueltas y subo los tramos de escalera necesarios para llegar a mi santuario, la habitación a la que J se refiere como mi «guarida», espero poder aplastar del todo lo que queda de mis revolucionadas emociones con la misma eficacia que una rebelión.

Aunque no es así, porque cuando la chimenea gira y aparece ante mí la biblioteca, sé que he cometido un terrible error al creer que este lugar me aislaría de lo que siento.

Solo puedo verla a ella. La primera noche que se quedó entre estas paredes, se quitó esa horrible gabardina para dejar al descubierto sus sensuales curvas con ese ridículo tatuaje de henna, y tengo la imagen grabada en la cabeza.

Tenía el porte de una reina. De una mujer capaz de soportar la intensidad del rey que me declaro ser.

«Ninguna debilidad», me repito.

Aprieto los puños y siento la tentación de asestarle un puñetazo a la pared. Por primera vez desde hace muchísimo tiempo, la duda me asalta.

«Mantén el control.» Eso es lo que hago, y no puedo permitir que Keira Kilgore cambie las cosas.

Me vuelvo hacia la mesa donde están las licoreras y cojo mi bebida favorita, pero dejo el vaso a mitad de camino.

Es un whisky de Seven Sinners que uno de mis asociados sacó de los almacenes externos de la destilería siguiendo mis órdenes, porque todavía no está a la venta, salvo en pequeñas cantidades en el restaurante de la última planta de la Destilería Seven Sinners, y no soy un hombre dispuesto a que le nieguen algo. Aparto la mano de la botella de Espíritu de Nueva Orleans y cojo el whisky escocés. Al fin y al cabo, mi nombre es de origen escocés. Lachlan Mount sonaba como un hombre que exigía poder, y tenía quince años cuando lo elegí.

Durante los dos años que viví en la calle después de acabar con la miserable vida de Jerry, no tuve nombre. A nadie le importaba una mierda otro chico que se había escapado de casa. Las poquísimas noches que dormí en albergues, usé un nombre falso distinto en cada uno. Mentí. Engañé. Robé.

No soy una buena persona. Tengo el alma ennegrecida. Mi corazón es de

piedra. Mi reputación no es una leyenda ni un mito, sino una colección de hechos.

Si hubiera una balanza para medir la pureza del alma de las personas, uno de los brazos se estamparía contra el suelo bajo el peso de mis pecados, y me echaría a reír mientras contemplo la escena.

Iré al infierno. Lo sé sin lugar a dudas, pero hay una larga lista de personas que pienso mandar allí antes.

Keira Kilgore es todo lo contrario. Es pura. Es inocente. Es ingenua que te cagas. Todavía cree que la gente se ciñe a las reglas y que el sentido común es lo que te lleva al éxito. Se equivoca, pero nunca me creería. No debería haberla metido en mi mundo, pero soy lo bastante egoísta para que me dé igual. Lo bastante egoísta para retenerla aquí.

«No deseo esto. No lo he pedido y jamás me someteré voluntariamente. Lo juro por lo más sagrado.»

Me soltó esas palabras mientras estaba de pie, desnuda, delante de mí, y su cuerpo la traicionó. La convertí en una mentirosa, porque cada vez que la poseía, su sometimiento era más voluntario. Lo deseaba tanto como yo.

Juro que puedo olerla en esta habitación, que su olor se impone al cuero, a los libros antiguos y al humo del tabaco, y me entran ganas de volver a su dormitorio, abrir la puerta de una patada y volver a convertirla en una mentirosa.

«No te atrevas a tocarme ahora, joder. No te atrevas a tocarme nunca más.»

Ya debería saber que no puede arrojarle semejante guante a un hombre como yo. Gano siempre.

Aprieto los dientes y me obligo a acercarme a la estantería, como si fuera a ponerme a leer uno de los libros, coño.

El leve sonido de la chimenea al girarse hace que me dé media vuelta. Casi espero ver a una diosa pelirroja enfurecida, que aparece para cantarme las

cuarenta de nuevo. Algo que, en mi sucia cabeza, acabaría con ella doblada sobre uno de los reposabrazos del sillón, con las manos inmovilizadas a la espalda, mientras me la follo.

Pero no lo es. Se trata de J, mi mano derecha.

—Tenemos un problema, y es delicado. Me encargaría en persona, pero sé que querrás dar tu opinión.

—¿Qué pasa? —pregunto, aliviado por la distracción.

—Al lugarteniente de uno de los jefes de los cárteles ya le habíamos dado un aviso por su forma de tratar a la chica con la que va a pasar la noche en la sala de juegos, pero el muy gilipollas no capta el mensaje.

La conocida frialdad de tener un objetivo se apodera de mí y me centra de nuevo. Aquí es donde me crezco. Es algo que puedo controlar fácilmente.

J tiene razón. No es una situación que requiera mi presencia, pero sí quiero dar mi opinión. Y esta noche... a lo mejor incluso puedo encargarme en persona.

—Vamos.

Sigo a J mientras salimos de la biblioteca y de todo lo que me recuerda a Keira. Volvemos al laberinto de pasadizos que conducen hasta la planta del casino. Ser el dueño de toda una manzana del Barrio Francés tiene sus ventajas, como poder eliminar las paredes interiores y convertir la parte central de la mitad de la manzana en un local de juego subterráneo que genera más beneficios en una noche de lo que la mayoría de los hombres gana en todo un año. Es un club exclusivo, muy selecto, al que a muy pocos se les concede el acceso. Solo a los muy ricos y muy poderosos, o a los que tienen muy buenos contactos, se les permite entrar, con una amenaza implícita que pende sobre sus cabezas: «Como te vayas de la lengua, mueres. Como me mires mal, mueres.»

Cuando digo que reino gracias a la intimidación y al miedo, todo

respaldado por mis actos, no exagero.

Entramos por la puerta posterior del club que siempre uso, y tardamos muy poco en localizar la sala privada en la que el lugarteniente con ganas de morir está jugando al blackjack y apostando fuerte.

Las chicas que trabajan en el club están bajo mi protección, y cualquier ofensa que reciban es una ofensa que me hacen a mí. Me da igual que los vestidos casi no les tapen las tetas, el coño o el culo, o que vayan más pintadas que una puerta. Da igual que se ganen la vida con el oficio más antiguo del mundo. En mi club nadie las maltrata. Así son las reglas, pero a los borrachos se les olvida a veces. Cuando lo hacen, no me importa que mi personal les recuerde las consecuencias de sus actos.

Esa chica, una rubia delgada con las raíces oscuras, intenta soltarse con discreción de su abrazo, intenta no montar un espectáculo. El gilipollas, tal como J lo llamó, no deja que se vaya. En cambio, le entierra la mano en el pelo y la obliga a tirarse al suelo con tanta fuerza que la chica se golpea las rodillas.

El móvil me vibra en el bolsillo, pero paso de él mientras la rabia me corre por las venas. Los capullos que maltratan a las rubias siempre me cabrean más.

El lugarteniente, al que le saco casi una cabeza y más de veinte kilos, le estampa la cara contra su entrepierna.

—Chúpamela, zorra.

—Ese la palma esta noche. —Lo digo en voz baja, pero J no me pide que se lo repita. Es una conclusión inevitable.

—Me ocupo yo, jefe.

Meneo la cabeza mientras controlo la rabia y la convierto en una sensación gélida.

—No. Me encargo yo personalmente.

—¿Seguro? Puedo...

Cuando vuelvo la cabeza para mirar a J, mi mano derecha se queda sin aliento.

—Ya veo que estás seguro. A lo mejor causa más efecto si lo haces tú.

J supone que lo hago en persona porque mandará un mensaje inequívoco al jefe de ese tío, pero ese solo es uno de los motivos. Esta noche, necesito una válvula de escape para expulsar todo lo que me corroe por dentro, y ese cabrón ha escogido un mal día y el peor sitio del puto mundo para causar problemas. No volverá a cometer semejante error.

Entró en la sala, reclamando la atención de los otros tres jugadores y del croupier en cuanto cierro la puerta a mi espalda con un golpe seco.

El croupier nunca contará lo que ve en esta sala porque me debe la vida. Impedí que lo ejecutara un tío que vendía crack en una esquina cuando él tenía dieciséis años. También sabe que contar algo, por poco que sea, de lo que sucede aquí sería una traición que le acarrearía el mismo destino del que escapó. Además, se gana bien la vida, tiene una novia embarazada con la que piensa casarse el mes que viene y no se arriesgaría a poner a ninguno de los dos, ni a su novia ni al bebé, en peligro.

Los otros jugadores son un concejal corrupto, un telepredicador muy famoso y un magnate del petróleo que ha expulsado a mucha gente de su casa para expandir su imperio. Con toda la mierda que tengo de ellos, tampoco se atreverían a abrir la boca.

No hablo mientras cruzo la estancia. Los actos valen más que mil palabras, y sé muy bien lo que valgo y el poder que tengo. Me detengo a un paso de la silla del gilipollas y lo agarro de la trenza que lleva en la nuca. Me enrosco la trenza en la mano y, con un tirón, le echo la cabeza hacia atrás hasta que tiene el cuello totalmente expuesto. Veo que la nuez se le mueve arriba y abajo.

Cuando suelta a la chica, lo levanto de una sacudida de la silla y lo arrastro

por encima del respaldo. Usando la trenza a modo de cuerda, lo levanto del suelo y lo observo mientras sus pies se agitan a varios centímetros del suelo y su cara refleja la sorpresa.

Puede que tenga más de cuarenta años, pero me entreno al máximo. Aprendí demasiado joven de primera mano que, a veces, la fuerza bruta es lo único que se interpone entre tu peor pesadilla y tú.

El cuero cabelludo se le estira hasta que le arranco una parte de la trenza, dejando un trozo sanguinolento de piel colgando del pelo que sostengo en la mano. Sus pies tocan primero el suelo, pero después se le aflojan las piernas y cae de rodillas, delante de mí.

En el sitio que le corresponde.

Pronuncia una retahíla ininteligible de palabras en español, pero me da igual lo que dice. Nadie cruza la línea aquí, sin excepciones.

Apoya ambas manos en el suelo, preparado para levantarse de un salto. Ni de coña... Antes de que pueda moverse, le aplasto con el talón la mano que ha usado para tocarla, partiéndole los huesos con mis zapatos italianos hechos a mano.

Su patético grito no saldrá de la sala, porque las paredes y la puerta están insonorizadas.

Miro a la chica y me percató de las marcas enrojecidas de su garganta, allí donde él ha debido de agarrarla antes de que yo apareciera. Asqueado, tiro la trenza al suelo, delante de él.

Creo en la justicia callejera. No solo en el ojo por ojo, sino en que la venganza debe ser mayor. Cuando lo agarro por segunda vez, lo hago por el cuello y lo arrastro hasta la pared, donde lo levanto hasta que le golpeo la espalda contra ella.

Intenta hablar, pero la presión que ejerzo sobre su tráquea se lo impide. Los ojos amenazan con salirse de las órbitas, y por fin demuestra algo de miedo,

y recuerdo aquella noche. La noche en la que forjé al hombre que soy. La chica del suelo se convierte en Hope, y ese cabrón es el hijo de la gran puta que intentó violarla.

Aflojo la mano un momento, sin hacerle caso a la vibración constante del móvil en el bolsillo izquierdo mientras meto la mano en el bolsillo derecho y cierro los dedos en torno a un accesorio que rara vez me falta.

El mexicano se queda sin aliento y extiende una mano hacia mí al tiempo que retoma las súplicas en español. Debería ahorrar saliva. No va a salir vivo de aquí, y todos los presentes lo saben.

Cuando me saco la mano del bolsillo, lo hago con los dedos cerrados en torno a unos puños americanos de latón, chapados en oro de 24 quilates. Echo el brazo hacia atrás y le asesto un puñetazo en la garganta, aplastándole la tráquea y partiéndole el cuello. Las letras grabadas en relieve en el puño americano le han dejado una marca: Mount.

Su cuerpo se desliza hasta el suelo y retrocedo un paso mientras me guardo el puño americano en el bolsillo y flexiono los dedos.

—Que alguien se encargue de sacar la basura —le digo a J antes de coger el pomo de la puerta, pero me detengo.

Me doy media vuelta y enfrento las expresiones horrorizadas de todos los presentes. No me cabe la menor duda de que perciben la brutalidad que exudo y de que no voy a tener problemas por lo sucedido esta noche. Como mucho, mi leyenda y el miedo que me tienen aumentarán.

Satisfecho, abro la puerta que conecta con la sala principal y la cierro a mi espalda antes de llevarme la mano al bolsillo para sacar el móvil.

Tengo ocho mensajes de texto de V y seis llamadas perdidas de la sala de control.

## Mount

—¿Dónde coño está?

—En su apartamento. Salió y no nos dimos cuenta porque... en fin, porque estábamos vigilando lo que pasaba en la sala de blackjack. Pero intentamos ponernos en contacto contigo en cuanto lo descubrimos —me dice L, uno de los encargados de la sala de control, por teléfono—. V ya va de camino. No ha querido esperar.

V se ha ganado un puto aumento.

—¿Qué coño ha pasado? ¿Cómo ha podido salir sin que la vierais?

L no se anda por las ramas. Sabe que no tolero excusas.

—La hemos cagado, jefe. Ni siquiera la tenía en el monitor, porque hasta ahora no había intentado escapar. No esperaba que lo hiciera.

—Ya hablaremos luego —mascullo y corto la llamada.

Ahora mismo solo me importa Keira.

No leo los ocho mensajes de texto que me ha mandado V, pero estoy seguro de que entre esos mensajes y las llamadas perdidas de la sala de control, me habría enterado mucho antes de su huida si no hubiera estado ventilando mi frustración por no poder follármela hasta someterla.

Me encamino al garaje donde se encuentran algunos de mis coches y cojo las llaves del Porsche 918 Spyder. No estoy para tonterías, y este es el coche más rápido que tengo ahora mismo.

Acelero el motor mientras pulso un botón situado en el volante que me permite ver las imágenes en directo del sistema de videovigilancia al que solo

yo tengo acceso. Una vez que cobra vida en la pantallita del salpicadero, pulso el botón de nuevo y voy alternando entre distintas cámaras hasta que veo a Keira en el dormitorio de su apartamento. Espero unos minutos y observo cómo encuentra la caja y la lanza contra la pared. Después me insulta cuando descubre lo que contiene.

Sabía que llegaría el día en el que escaparía o en el que yo la dejaría volver a su apartamento. He querido decirle cientos de veces que la noche del baile de máscaras era yo, pero sabía que eso no haría que disminuyera el odio que me profesa. Así que ¿por qué he dejado ahí la prueba? Porque parte de mí siempre ha querido que ella supiera la verdad.

Todavía me pongo malo cada vez que pienso que yo creía que me estaba esperando a mí y no a ese capullo de Brett.

El motor ruge y salgo del garaje a la calle desierta quemando rueda. Sé cuál es la ruta más rápida a su apartamento, porque durante los últimos meses he conducido hasta allí más veces de las que estoy dispuesto a admitir.

Puedo ser un hombre brutal, pero si hay algo que he aprendido a lo largo de los años, es que la paciencia tiene su recompensa. Conseguir a Keira es la prueba más importante que lo demuestra.

Esquivo a los pocos peatones que me encuentro, me salto un semáforo en rojo y aferro el volante con fuerza mientras suelto un taco porque, al doblar una curva, pierdo el control de las ruedas traseras. Mantengo un ojo en la carretera mientras conduzco como un poseso al mismo tiempo que miro la pantallita hasta que ella sale del dormitorio, y pulso el botón para cambiar a la cámara del salón.

La imagen que me muestra hace que pise a fondo el acelerador y que el motor ruja mientras avanzo por las calles. Brett Hyde, esa sabandija inútil, se ha levantado de la tumba.

Y si algo tengo claro como el agua es que esta nueva vida no va a durarle

mucho.

## Keira

La puerta de mi apartamento se abre de golpe de nuevo, por segunda vez esta noche. Me doy la vuelta cuando la débil luz del pasillo se derrama por mi salón, donde he estado andando de un lado para otro en la oscuridad, con un cuchillo de carnicero en la mano derecha y un martillo en la izquierda.

Brett tenía un arma. Yo no. Todos sabemos quién gana en esa ecuación. Sin embargo, no me disparó porque, al parecer, no me quiere muerta. No, le soy más útil viva.

Se me nubla la vista por las lágrimas y por lo que estoy a punto de hacer, pero eso no me impide soltar un grito de guerra mientras me abalanzo sobre el intruso, con el cuchillo por encima de la cabeza al tiempo que blando el martillo. Me quita el cuchillo de la mano, que cae con estrépito al suelo, pero el martillo sí golpea su objetivo. El desconocido gruñe antes de arrancármelo de las manos. Caer con un golpe seco al suelo mientras me da la vuelta y me pega de cara a la pared para después aferrarme las muñecas e inmovilizarme las manos junto a las caderas. Un torso duro se pega a mi espalda, aplastándome contra la pintura descascarillada de la pared. Forcejeo e intento soltarme, pero estoy inmovilizada por una chaqueta de fuerza que, en este caso, es humana.

—¡Suéltame, so cabrón! Ya te he dicho que lo haría. Como les hagas daño a mis padres o a mis hermanas, te mato yo misma.

En vez de la voz acaramelada de Brett al oído, lo que oigo es un gruñido.

Respiro hondo, y el olor que percibo del hombre que me inmoviliza no es el que me atormenta el pasado ni el presente. Pero el gruñido me resulta familiar.

—¡Suéltame! —le exijo de nuevo, y él me sacude las muñecas.

Parpadeo para contener las lágrimas al tiempo que vuelvo la cara, casi temerosa de tener razón. El perfil de Cicatriz es visible gracias a la tenue luz.

Me abruma un alivio que seguramente no debería sentir al verme en los brazos del hombre que ha sido indispensable a la hora de retenerme prisionera, y dejo de forcejear. Sigo jadeando por el esfuerzo, pero mi cuerpo se relaja bastante.

—Suéltame. No voy a huir. Ni a matarte. Seguramente. Tal vez. —A estas alturas, ya no sé de lo que soy capaz. Desde luego, de mucho más de lo que había creído posible.

Cicatriz espera unos segundos antes de soltarme las muñecas. Me doy la vuelta y me froto la piel allí donde me ha tocado mientras me aparto, sin apartar los ojos de su cara. Cuando siento el sofá en las corvas, me dejo caer. Los estremecimientos me sacuden, y me rodeo la cintura con los brazos como si así pudiera contenerme.

—¿Ni siquiera se ha molestado en venir en persona? —Me tiembla la voz tanto como el resto del cuerpo, y me cabrea que me moleste que no haya sido Mount a quien he estado a punto de matar—. No debería sorprenderme. No le importo lo bastante como para abandonar su fortaleza.

Cicatriz no me responde con palabras. En cambio, se mete la mano en el bolsillo y saca el móvil. Teclea algo y, unos segundos después, sus dedos vuelan de nuevo por el teclado.

Oigo que me llega un mensaje al móvil, que está en la mesa situada al otro lado de la estancia, y miro a Cicatriz a los ojos. Él señala el móvil con la barbilla.

Me levanto y cruzo el salón con las piernas todavía temblorosas para coger

el móvil y me encuentro un mensaje de texto:

NÚMERO DESCONOCIDO: El jefe viene de camino.

Miro a Cicatriz. En vez de tranquilizarme, la información crea un hervidero de emociones en mi interior, y todas brotan de los intensos recuerdos que afloraron a mi mente al descubrir mi nota y el tanga que llevé al baile de máscaras del Mardi Gras. Seguro que Mount esperaba que yo descubriera la verdad desde el principio, ese cabrón manipulador. Tal vez no tan pronto, pero sí con el tiempo.

—¿Conocías su plan desde el principio? —Cuando pienso en todo lo que me ha dicho Brett antes de irse, me cabreo todavía más.

Cicatriz me mira con expresión pétrea y no hace ademán de teclear una respuesta. En cambio, enciende las luces que yo había apagado en cuanto mi no tan difunto marido se fue, por temor a que Brett volviera. Quería disponer de cualquier ventaja posible si tenía la oportunidad de cargármelo.

—Os odio a los dos —le digo a Cicatriz, y la convicción con la que pronuncio cada palabra es más férrea que una plancha de acero.

Durante los siguientes minutos, me quedo sentada en silencio, porque no tiene sentido hacer más preguntas cuando sé que no voy a recibir respuesta. Con cada segundo que pasa, se me tensan más los hombros y enderezo más la espalda, preparándome para el inevitable enfrentamiento.

Mount viene de camino. Es cuestión de tiempo.

Se oyen pasos apresurados por el pasillo, como si alguien estuviera corriendo, y la puerta de mi apartamento se abre de par en par de nuevo.

Con los ojos negros brillantes y la respiración agitada, Mount se planta en el vano de mi puerta, como si estuviera preparado para matar a alguien.

No pienso antes de actuar. Me levanto de un salto y cruzo la estancia a toda

prisa para abalanzarme sobre él. Hace ademán de abrazarme, pero no busco consuelo. No de él.

Cierro los puños y le golpeo el duro torso. Las lágrimas que me he esforzado toda la noche en contener caen por mis mejillas.

—¿Cómo has podido hacerme algo así, cabrón? ¡Es mi vida, no un juego! ¿Hasta qué punto tienes que odiar a alguien para hacerle algo así?

Lo golpeo con la fuerza necesaria para dejarle marcas, pero no me detiene. Me duelen los brazos y empiezo a golpearlo cada vez con menos fuerza, hasta que susurro con la voz rota por las emociones:

—¿Por qué yo? ¿Por qué no otra persona? Cualquiera.

Apoyo la frente en el pecho de Mount, sin importarme que le esté empapando la camisa con mis lágrimas. Mi llanto es un torrente, pero no me da vergüenza. Este hombre es el responsable de haberme puesto la vida patas arriba incluso antes de que yo conociera su existencia.

Uno de sus fuertes brazos me rodea la cintura y me coloca la mano libre en la nuca, invitándome a pegar la cara contra él.

—Chitón.

—No me digas que me calle. —Mi temblorosa réplica es apenas un susurro, pero sigue siendo airada.

—Mi fierecilla irlandesa. Serías capaz de luchar hasta el último aliento.

—Como tú.

Siento algo en la coronilla, y creo que es su mentón.

—Por fin empiezas a comprender las cosas. —Aunque me habla en voz baja y tranquila, me enciende de nuevo.

Lo empujo con ambas manos y me suelta, permitiéndome que me aleje.

Ya no me hago ilusiones al respecto. No sucede nada en mi vida sin que él lo permita. En fin, casi nada.

—No sé qué está pasando, no lo entiendo, porque si lo hiciera, esta noche

no habría visto a un fantasma cuando mi difunto marido entró por esa puerta.

La expresión de Mount, que por un instante se había dulcificado, se endurece.

—Se suponía que iba a seguir muerto.

Retrocedo otro paso hacia mi dormitorio y me cruzo de brazos.

—Me ha dicho que le pagaste. Me ha dicho que le diste el dinero del préstamo que usaste como arma contra mí con la condición de que desapareciera. ¡Me ha dicho que tú fingiste su muerte! ¿Es verdad?

—Sí. —Mount da un paso hacia mí sin el menor rastro de remordimiento en la cara.

Los temblores vuelven a recorrerme el cuerpo mientras él se acerca. Trago saliva, sin estar segura de querer hacer la siguiente pregunta, porque ya sé la respuesta. Sin embargo, una estúpida parte de mí necesita oír cómo admite la verdad.

—Aquella noche, la del baile de máscaras, cuando le escribí la nota a Brett para que fuera, eras tú en realidad, ¿a que sí?

Da otro paso hacia mí.

—Sí.

Cierro los puños.

—¿Por qué? ¿Cómo pudiste hacerlo a sabiendas de que yo creía que era él?

La expresión de Mount, dura de por sí, se vuelve pétrea. Le aparece un tic nervioso en el mentón.

—Creía que sabías que era yo.

—Eso es imposible. —La réplica brota con una exhalación sorprendida.

Él entrecierra los ojos mientras menea la cabeza.

—Yo recibí tu nota, no Brett. Supuse que te ordenaron que la escribieras. Creía que era parte del juego y que tú eras un regalo que me habían dejado.

Me quedo de piedra al oírlo.

—¿Un regalo? ¿Como si fueras un señor feudal al que la gente le entrega mujeres como premio?

En vez de contestarme, Mount se vuelve hacia Cicatriz y le hace un gesto con la cabeza, señalando la puerta del apartamento.

—Espera fuera. Asegúrate de que estamos a salvo. Ocúpate de cualquier amenaza.

—¿Qué...?

Ni siquiera me da tiempo a formular la pregunta antes de que Mount se acerque a mí con paso tranquilo, acechándome, hasta que llegamos a mi dormitorio. Cierra la puerta de un puntapié.

Estoy atrapada en mi dormitorio con el hombre que creía que me habían dejado para él como si fuera un regalo.

Y, además, mi difunto marido no está muerto.

Ya nada tiene sentido, mucho menos el hecho de que me dé más miedo el hombre con quien me casé que el brutal desconocido que tengo delante.

## Mount

—Cuéntamelo todo.

Es una orden que pronuncio con voz cortante mientras enciendo la luz. Verla en este apartamento de mierda, temblando de miedo, aumenta la furia que me provoca ese hombre que nunca debería haberse acercado a ella otra vez.

Hace horas iba perfectamente vestida con ropa de diseñador, me desafiaba como una emperatriz. Ahora tiene la cara cubierta por el pelo y los ojos, rojos por haber llorado. Y todo por culpa de ese...

¡Joder, como la haya tocado...!

Keira se ríe, pero es una risa amarga. En vez de reverberar en las paredes, el sonido es absorbido por el yeso agrietado y la pintura desconchada. El ventilador del techo cruje mientras gira, y yo espero a que hable. Se abraza la cintura, y me pregunto si va a venirse abajo.

—¿No lo sabías todo? —me suelta.

Me saco el móvil del bolsillo y le enseño la pantalla. En ella se puede ver la imagen en directo en la web a la que solo yo puedo acceder y que me muestra tanto su apartamento como mi casa, igual que la veía en el Spyder mientras conducía hasta aquí rompiendo todas las normas de tráfico para llegar lo antes posible.

Keira echa la cabeza hacia atrás con brusquedad.

—¿Qué es eso?

—La imagen de un sistema de videovigilancia. Puedo ver el resto o puedes

contarme qué ha pasado. De una manera o de otra, voy a enterarme de todo. Contéstame, joder, ¿te ha tocado?

La ira relampaguea en esos ojos verdes.

—¿Cómo te atreves a invadir mi intimidad? ¿Dónde están las cámaras?

—¿Te ha tocado? —repito con un rugido, pero en este vecindario los residentes no se atreverán a intervenir.

Espero su respuesta, preparado para repetir la pregunta de nuevo. Tengo que saberlo. Tengo que oírlo de sus labios.

En su mentón aparece un tic nervioso antes de que responda:

—No, no me ha tocado. ¡No me desea! Nunca me ha deseado. Nadie lo hace.

—En eso te equivocas.

Esa risa cruel que brota de sus labios me pone de los nervios antes de que diga:

—Solo soy un juego para ti.

Sus palabras son gasolina para el fuego que me abrasa.

—No tienes ni puta idea de lo que eres para mí. Pero ni puta idea.

—¡Y una mierda! —exclama, y sus palabras son un desafío. Esos ojos verdes relucen como esmeraldas antes de que añada—: Me apuesto lo que sea a que ahora mismo quieres darme una paliza para obligarme a decirte lo que quieres saber.

Me acerco a ella, despacio, paso a paso, hasta que acaba con la espalda pegada a la pared opuesta a la puerta de su diminuto dormitorio.

—Te equivocas. Quiero azotarte el culo por haberte puesto en peligro y después quiero follarte hasta que te quede bien claro si te deseo o no. A lo mejor así por fin te enteras de quién es tu dueño.

Aspiro por la nariz.

—No tengo dueño. No soy un puto perro.

—No, pero de todas formas eres mía, joder.

Su mano corta el aire un momento antes de que me cruce la cara.

## 6

### Keira

«Me cago en la puta. Le he dado un bofetón. Le he dado un bofetón de verdad.»

Antes de poder apartar la mano, Mount me agarra de la muñeca.

—Solo tú te atreverías a hacerlo. —Su voz suena más ronca que antes mientras intento rodearlo, pero me coge la otra mano y me las inmoviliza las dos por encima de la cabeza, contra la pared—. Puta fierecilla.

Sus palabras resuenan con fuerza en mi cabeza, como un tren de mercancías a toda pastilla.

«Quiero azotarte el culo por haberte puesto en peligro y después quiero follarte hasta que te quede bien claro si te deseo o no. A lo mejor así por fin te enteras de quién es tu dueño.»

Debería estar aterrada cuando este brutal hombre me atrapa contra la pared, pero una emoción descarnada me corroe por dentro, y no tiene nada que ver con el miedo. No, es la expectación por la idea de que cumpla su amenaza.

«Me está convirtiendo en alguien a quien no reconozco.»

—Suéltame. —Se lo ordeno en voz alta, pero mis palabras carecen de poder.

Pega la cara a la mía y susurra una sola palabra.

—Jamás.

La boca de Mount se funde con la mía y sus dientes me atrapan el labio inferior y le dan un tironcito y un mordisco. Cuando saco la lengua para calmar el dolor, se cuela en mi boca y ladea la cabeza para tener mejor acceso.

El beso es absolutamente caótico. Una tormenta tempestuosa y feroz. Derriba todas mis inhibiciones y alimenta una temeridad en mi interior que no reconozco.

Con las manos inmovilizadas por encima de la cabeza y su torso contra el mío, se apodera de mi boca, conquistándola una y otra vez con seguridad, pero sin la habilidad que habría esperado. No se trata de un movimiento que haya perfeccionado a lo largo de los años. Es algo totalmente improvisado y volátil.

«Dije que nunca lo besaría. ¿Qué coño estoy haciendo?» Está dinamitando todas mis reglas. Está robándome hasta el último resquicio de control sobre mi cuerpo y sobre mis emociones. ¿Cómo es capaz de hacerme algo así? No puedo fingir que no lo deseo. Porque deseo a Mount.

Antes de darme cuenta de lo que pasa, Mount me separa de la pared y me obliga a retroceder hasta la cama, y luego los dos caemos sobre el colchón. Siento su peso caer sobre mí, provocándome un ramalazo de satisfacción que me corre por las venas.

Intento soltarme de sus manos, pero no busco liberarme. Busco la libertad para poder tocarlo, sin importarme que mi cerebro haya perdido la capacidad de raciocinio en aras del deseo animal.

Mount aparta la boca de la mía y me mira, y parece tan alterado como yo.

—Dime que lo deseas tanto como yo.

Me humedezco el labio inferior, y me encanta sentir el escozor que han dejado sus dientes mientras finjo recuperar el control. Un pensamiento coherente se abre paso en el anhelo atávico que me corre por las venas, y me aparto un poco para verle la cara con claridad.

—Primero, tienes que prometerme una cosa.

Guarda silencio mientras sus ojos oscuros me miran fijamente. El pulso le late con fuerza en la base de la garganta mientras sus pulmones se esfuerzan

por respirar. El olor que recuerdo tan bien me envuelve. Por fin, me mira a los ojos.

—Prométeme que no permitirás que le pase nada a mi familia. Que no permitirás que ni Brett ni ninguna otra persona les haga daño. Jamás.

Le aparece un tic nervioso en el mentón, pero se lo piensa menos de un segundo antes de contestar.

—Hecho.

Vuelve a apoderarse de mis labios, y consigo liberar las manos, tras lo cual me aferro a sus hombros y levanto las caderas para pegarme a la dura erección que los pantalones del traje apenas consiguen contener. El *piercing* me provoca una miríada de sensaciones que me recorren de la cabeza a los pies.

—Me vuelves loco, joder —me dice con voz entrecortada al tiempo que me atrapa un pecho con la mano, acariciándome el pezón por encima de la ropa antes de pellizcármelo entre el pulgar y el índice.

Un ramalazo de placer me corre desde el pezón al clítoris, y me estremezco contra él. Gimo, porque, joder, es más increíble que antes.

Me suelta el pezón y se aparta lo justo para poder levantarme la falda y arrancarme el tanga de un solo tirón. Me tenso, a la espera del siguiente asalto, pero él se detiene.

—Dilo.

Mi mente, vacía de todo pensamiento racional, es incapaz de saber a qué se refiere.

—¿El qué? —le pregunto, con la vista clavada en su tensa expresión.

—Dime que lo deseas. Aquí. Ahora.

Levanto las caderas de nuevo, en busca de la presión, pero él me sujeta con una mano en la cadera.

—Por favor... —Dejo la frase ahí, porque no quiero suplicarle.

—Por favor ¿qué?

—¡Fóllame!

Al igual que sucedió la noche que destrozó la vajilla y la cristalería en el salón al tirarlo todo al suelo, mi orden desata la naturaleza primitiva de Mount.

—Menos mal, joder.

Me acaricia con los dedos y, empapada como estoy, me mete uno.

No es suficiente. Necesito más. Quiero que me toque el clítoris y experimentar las sensaciones intensificadas por el *piercing*. Y, después, quiero que me meta su polla dura.

—Más.

En sus ojos oscuros brilla el afán posesivo.

—Voy a darte todo lo que necesitas, joder.

Me acaricia el *piercing* mientras me folla con el dedo hasta llevarme al borde del orgasmo, pero se detiene justo antes de alcanzar el clímax.

—¡No!

Se quita el cinturón y se desabrocha el botón de los pantalones antes de bajarse la cremallera. Se saca la polla y se la acaricia con una mano, dándose un tirón.

—No puedes decirme que no.

—¡Que te follen!

Menea la cabeza al tiempo que una sonrisa perversa asoma a sus labios. Se la acaricia una vez más antes de colocarse en posición.

—No, Keira, yo soy quien te va a follar a ti. El único.

Levanto las caderas en un intento por hacerme con el control de la situación y obligarlo a penetrarme, pero su mano me inmoviliza y solo consigo que me meta la punta.

—Dime que quieres mi polla. Solo la mía. —Masculla la orden entre dientes, como si estuviera perdiendo el control tan rápido como yo.

—¡Sí! ¡Métemela!

Con un rugido, me la mete hasta el fondo. Me suelta una de las muñecas, pero mantiene la otra sujeta sobre mi cabeza. Mientras me penetra, vuelve a besarme, apoderándose de más de lo que yo imaginaba poder dar, y dándome más de lo que yo jamás supe que necesitaba.

Su dominación es incuestionable mientras me penetra una y otra vez, y cada embestida me proporciona la fricción sobre el *piercing* para que me corra.

—Todavía no —me ordena.

—No puedo esperar.

—Sí. Vas a esperar.

Enfatiza cada palabra con una embestida, pero da igual lo que diga, no puedo evitar correrme. Grito y siento cómo se mueve su polla en mi interior cuando él también se corre a la par.

Sigue sujetándome una cadera con la mano y el corazón le late con tanta fuerza que resuena por todo su cuerpo. Una gota de sudor le resbala por la frente y me cae en la barbilla antes de bajarme por el cuello.

No sé qué ha pasado aquí, pero mientras ha durado el momento, la única persona que existía en mi mundo era Mount. Todo lo demás dejó de existir.

Al cabo de un momento, me suelta la muñeca. Bajo el brazo al pecho y me rodeo la muñeca que me tenía sujeta con los dedos de la otra mano.

—¿Te duele?

Meneo la cabeza y susurro:

—No.

Pega la frente a la mía, y mis pulmones se llenan de su olor, único y adictivo.

—Te juro que creía que sabías que era yo la noche del baile de máscaras.

El cambio de tema me saca de ese refugio y me transporta a la realidad con un duro y cruel golpe.

—¿Cómo se te pudo pasar por la cabeza que te deseaba a ti...?

Antes de poder terminar la frase, le cambia la cara y adopta una expresión pétrea justo antes de apartarse de mí.

Iba a añadir un «cuando ni siquiera sabía que existías», pero ya se ha metido en el cuarto de baño, que cierra de un portazo. Oigo el sonido de la cisterna y después el agua del grifo del lavabo.

Unos segundos después, Mount aparece en el vano de la puerta, con los pantalones abrochados y los faldones de la camisa metidos por la cinturilla. Su expresión es más adusta que nunca. De no haber estado bajo su cuerpo momentos antes, de no tener los labios lastimados por sus besos, ni me imaginaría que era el mismo hombre que me ha arrancado gritos de placer. Su cara es esa horrible máscara pétrea. Se ha distanciado por completo.

—Lávate. Nos vamos, y todavía me tienes que contar unas cuantas cosas.

## Mount

Volvemos a la casa sumidos en un silencio tenso. Casi le digo a V que la lleve él, pero no estoy preparado para perderla de vista. Además, estoy decidido a conseguir las respuestas que quiero antes de que acabe la noche.

En al menos tres ocasiones, Keira abre la boca como si quisiera decir algo, pero la cierra de golpe antes de pronunciar una sola palabra. Ninguno de los dos está dispuesto a ceder un milímetro. Si le doy la mano, ella se tomará el brazo. Y si ella lo hace, yo me tomaré su cuerpo entero.

Cuando doblo en la última curva, V me hace señales con las luces para indicarme que va a aparcar en el garaje, donde están algunos de los otros coches.

—¿De verdad me vas a permitir ver dónde vives? —me pregunta, sorprendida.

—Tampoco es que sea un secreto ahora que te has escapado —respondo, y con el rabillo del ojo la veo morderse el labio inferior.

—Cierto. —En voz más baja, añade—: Pero ojalá no lo hubiera hecho.

Su confesión me deja de piedra, pero en vez de demostrarle alguna reacción, me concentro en aparcar y en salir del puto coche antes de que el olor a sexo que emana de su cuerpo me vuelva más loco de lo que es evidente que ya estoy.

Aparco el Spyder junto a un McLaren y un Ferrari, y apago el motor. Cuando la puerta del garaje se empieza a cerrar a nuestra espalda, se me acaba la paciencia.

—Cuéntame todas y cada una de las palabras que te ha dicho.

En vez de protestar como la fierecilla a la que me he acostumbrado, Keira suspira.

—Voy a necesitar una copa para esto.

Abro la puerta y la luz del techo se enciende, permitiéndome verle mejor la cara que con las luces del garaje. Me cuesta descifrar su expresión. Saciada, derrotada, pero desafiante a la vez. Cada vez que creo que por fin la tengo calada, me doy cuenta de que ninguna de mis escalas habituales funciona con Keira Kilgore. Es la excepción a todo lo que creía saber.

—Vamos.

Salgo del coche, y ella sigue intentando encontrar la palanca para abrir la puerta cuando rodeo el capó y se la abro, tras lo cual la cojo de la mano y la insto a salir.

—Dichosos deportivos.

—Lo dice la misma que conduce uno que casi no arranca.

Tensa los hombros al oír el insulto.

—Perdona, pero yo no gano una millonada de dinero negro con la que hacerme una megacolección de coches.

—Ganas dinero alimentando la adicción de los demás. ¿En qué se diferencia de lo que hago yo? Los dos estamos en el negocio del pecado, pero en campos distintos.

—Ni siquiera sé qué coño haces de verdad. Y no me compares con un traficante de drogas. Mi negocio es absolutamente legal. —Lo dice con un tonillo de superioridad y la barbilla en alto.

En vez de tratar el tema de que no sabe lo que hago en realidad, algo que no pienso explicarle en la vida, me concentro en lo único que no puede negar.

—Dime que el alcoholismo no puede ser tan destructivo como la drogadicción.

—¡Es distinto!

—Tú sigue repitiéndotelo, guapa, pero bájate del pedestal de vez en cuando y reconoce que lo que haces tampoco es tan puro e inocente.

Cierra la boca de golpe, y supongo que lo hace porque no sabe qué responder. Pero me equivoco.

—Llévame adonde tengas el licor. Y mejor que sea del bueno.

Recuerdo el whisky irlandés que estuve a punto de beberme antes, pero que fui incapaz de hacerlo porque no quería alimentar la obsesión que ella me provoca. Después de esta noche, el objetivo se ha ido a la puta mierda.

—Tengo lo mejor de todo, y eso incluye el licor.

La cojo de la mano y la llevo hasta una puerta secreta en el garaje, que conduce al laberinto interior de pasillos, en vez de usar la entrada normal.

Intenta soltarse, pero soy más fuerte. Al final, acaba por rendirse y se decanta por hacerme preguntas.

—¿Cuánto te ha costado construir todo esto? ¿O ya estaba aquí? ¿Eso son mirillas? Ay, madre del amor hermoso, ¿tienes mirillas en mi habitación? —Se detiene en seco y me obliga a pararme.

Me vuelvo un poco, lo justo para captar su mirada espantada.

—¿Para qué iba a necesitar mirillas cuando tengo cámaras en todos los ángulos de tus habitaciones?

Se queda boquiabierta y luego masculla, furiosa:

—¡No puedo creer que permitas que más personas me observen! ¡Que nos observen a los dos! —Levanta la mano libre como si fuera a abofetearme de nuevo, pero se la atrapo en el aire, una habilidad que está resultando de lo más útil al tratar con esta feroz pelirroja.

—Esta noche has gastado tu única oportunidad gratis. La próxima vez que intentes pegarme, me lo cobraré en tu culo con creces. Los actos tienen consecuencias. Sobre todo si otros nos observan.

No sé qué parte de lo que he dicho por fin penetra su cerebro, pero afloja la mano.

—¿De verdad crees que dejaría que alguien te viera las tetas, el culo o el coño? Eres mía, y no comparto, joder. Nadie tiene acceso a esas imágenes, solo yo. La sala de control solo monitoriza tu localizador GPS, y cuando me alertaron, entré en el sistema de videovigilancia privado.

Echa la cabeza hacia atrás.

—¿Localizador? ¿Llevo encima un localizador? —Su voz se vuelve más aguda al tiempo que se palpa la ropa, que mi personal le ha proporcionado en su totalidad. Cuando se toca la cadena con los dedos, se queda boquiabierta —. No es un candado, ¿verdad? Me has puesto un chip como si fuera un puto perro.

—Deja de usar esa palabra para hablar de ti. Puede que a veces te comportes como una perra, pero, joder, no eres ni la mitad de obediente. Da gracias de que lo tuvieras encima esta noche. ¿Qué te habría pasado si V y yo no hubiéramos aparecido?

Al ver que se da un tirón de la cadena hasta que casi se hace sangre, cierro los dedos en torno a los suyos y la detengo.

—Ya vale. No se va a soltar.

Me fulmina con la mirada, y veo en sus ojos lo que quiere decirme, pero que tiene prohibido pronunciar: «Te odio.»

Al menos, está aprendiendo.

Llegamos a la entrada secreta de la biblioteca y la pego a mi pecho.

Se debate contra mí, pero la abrazo con más fuerza.

—Para ya, Keira.

La plataforma gira, y la suelto en cuanto estamos en la biblioteca.

Cruza la estancia como si se muriera por alejarse de mí.

«Puedes intentarlo hasta que te hartes, fierecilla. Pero no te va a servir de

nada.»

Se detiene delante del mueble bar con las licoreras, sin esperar a que le sirva la bebida.

Le quita el tapón a una de las licoreras, huele el contenido y arruga la nariz, antes de repetir el proceso con otra. Lo hace de nuevo hasta que se da media vuelta para mirarme a la cara, y sé exactamente qué licorera tiene en la mano.

—¿Cómo has conseguido el Espíritu de Nueva Orleans? Solo se puede conseguir en nuestro restaurante, y estoy segurísima de que no te he mandado botellas de promoción.

La miro con una cara que solo se puede interpretar de una forma: «¿De verdad me estás haciendo esa pregunta?»

Keira pone los ojos en blanco.

—Cuando descubra quién te lo ha pasado, voy a ponerlo de patitas en la calle. Lo sabes, ¿verdad?

Se me escapa una carcajada que nos sorprende a los dos.

—Como si necesitara la ayuda de un infiltrado. Tú, en cambio, tienes que mejorar la seguridad de tus almacenes.

La estupefacción más absoluta se refleja en su cara.

—¿Me has robado un barril de mi mejor whisky? ¿Cómo te atreves...?

—Me atrevo a lo que me da la puta gana. Cualquier día de estos te darás cuenta.

Se le escapa un gruñido al tiempo que se da media vuelta y se sirve un vaso, que se bebe del tirón.

—Eres...

Acorto la distancia que nos separan y apoyo las manos en el mueble, a ambos lados de su cuerpo, arrinconándola contra mí. Tensa la espalda cuando se la toco con el torso.

—¿Qué soy, Keira? Dímelo. —Casi le rozo la oreja con los labios.

Gruñe de nuevo, frustrada, y quiero devorarla, joder.

—Imposible. Eres imposible.

Con una sonrisilla ufana, agacho la cabeza para apoyar la nariz contra la curva de su cuello, allí donde se une con el hombro, y aspiro su aroma.

—Y tú hueles a mí y a sexo sucio e increíble. Anda, sírveme un puto whisky y cuéntame qué coño ha pasado.

Tengo que reconocerle el mérito: no le tiembla la mano mientras se sirve tres dedos en su vaso y me pone otro a mí. Me aparto y espero a que se dé la vuelta. Cuando lo hace, la estupefacción que le hayan podido causar mis palabras no se refleja en su cara.

Impresionante...

Acepto el vaso que me ofrece mientras ella bebe un sorbo del suyo, con los ojos cerrados para paladear el licor, y me obligo a apartar la vista antes de que se me ponga dura con solo verla beber whisky.

Se aparta el vaso de los labios y comienza a hablar como si esos momentos no hubieran pasado. Una vez más, me impresiona la tranquilidad que proyecta.

—Siempre se me olvida lo bueno que es. Te juro que me podría beber la botella entera. —Cuando la miro con los ojos entrecerrados, pone los ojos en blanco—. Ya sabes que prácticamente me han criado con whisky irlandés. Tengo un estómago de hierro.

—No te vas a beber la botella entera esta noche. —Me aparto para apoyarme en uno de los sillones, suelto el vaso sin haber bebido un solo sorbo y me cruzo de brazos—. Me vas a contar qué te ha dicho ese desgraciado.

Una sonrisilla tristona aparece en sus labios mientras clava la mirada en su vaso.

—Qué gracioso, algo en lo que estamos de acuerdo. Brett Hyde es un desgraciado. —Levanta la vista del vaso, y sus ojos verdes me miran con

expresión furiosa—. Ha amenazado a mis padres. Me ha dicho que si no hago lo que me dice, hará que asesinen a mis padres y a mis hermanas.

Recuerdo la foto que ordené que les hicieran a sus padres mientras le pormenorizaba todo lo que iba a perder para obligarla a aceptar mi trato.

—¿Y crees que es capaz de algo así?

—Tal vez no, pero me entregué a ti para protegerlos. ¿Qué te hace pensar que no me voy a tomar en serio su amenaza?

Descruzo los brazos y cojo el vaso para, por fin, beber un sorbo de whisky.

—¿Qué te ha dicho que hagas?

—Se supone que tengo que ir mañana al banco y sacar una gran cantidad de dinero. Lo máximo que pueda sacar sin la aprobación de mi padre.

Aprieto el vaso de cristal con tanta fuerza que casi lo hago añicos. «Menudo cabrón avaricioso.»

—¿Cómo sabía que tenías efectivo en la cuenta?

Se encoge de hombros.

—Yo ni siquiera lo sabía hasta que me enseñó el saldo en el móvil, con la aplicación del banco. No se me pasó por la cabeza denegarle el acceso porque ¡creía que estaba muerto! —Me lanza las últimas palabras como si fueran una acusación al tiempo que entrecierra los ojos—. Y no creas que no me cabrea que intentaras aumentar la deuda que tengo contigo. Menuda gilipollez. No te he pedido ese dinero. No he pedido nada de esto.

Me pellizco el puente de la nariz.

—Te he prestado el efectivo necesario para poder pagar las nóminas del mes. El cheque del depósito para el evento de los Voodoo Kings no se hará efectivo hasta unos días después de la fecha para la que lo necesitas. ¿O querías que se rechazara el pago de las nóminas de tus empleados?

Se queda blanca de repente.

—¿Cómo lo sabes?

—En lo referente a ti y a tu negocio, lo sé todo.

—Con la excepción, al parecer, de que mi difunto marido se negaría a seguir muerto. —Me da la espalda y empieza a andar de un lado para otro, algo que según me he dado cuenta es una de sus costumbres—. ¿Por qué iba a anular su acceso a las cuentas del banco una vez muerto? Estaba muerto, por favor, así que no me preocupaba que intentase robarle dinero a la destilería. —Da media vuelta al llegar al final de la habitación y me mira echando chispas por los ojos—. Pero no estaba muerto, y ojalá lo hubiera sabido, porque podría haber impedido que recibiera una alerta cuando el saldo pasó de cierta cantidad. Porque tampoco sabía que se podía hacer algo así.

«El que nace ladrón, ladrón se muere.» La verdad, me sorprende que Brett haya sido tan listo como para organizar algo así. Firmó su sentencia de muerte cuando volvió a asomar, y esta vez va a ser incluso más dolorosa que la primera. No solo por lo que le ha hecho pasar a Keira esta noche, sino desde que se casó con ella.

—¿Por qué no me ha dicho que se lo transfiera a una cuenta corriente en un paraíso fiscal? Eso habría sido lo más inteligente. Es un cabrón imbécil, pero no es tonto. Sacar el dinero en efectivo deja muchos cabos sueltos que pueden acabar mal.

Empieza a andar de un lado para otro de nuevo, apurando el whisky mientras se pasea por la biblioteca.

—No estoy habilitada para hacer transferencias y Brett tampoco. Solo mi padre puede hacerlo, y ni de coña podría explicarle por qué necesito que transfiera el dinero a una cuenta en el extranjero. ¿Te haces una idea de todas las preguntas que provocaría eso? Y la menos problemática sería que de dónde coño he sacado tanto dinero. —Cuando se acerca a mí, la fachada que ha estado manteniendo se quiebra, al igual que se le quiebra la voz—. Pero me ha dicho que los matará a todos si no le obedezco, así que no me queda

alternativa. Mañana por la mañana iré al banco y después, Dios mediante, se terminará todo.

Suelto el vaso en la mesa y la intercepto, obligándola a detenerse y luego a mirarme cuando le pongo las manos en los hombros.

—Si le das dinero, volverá a por más. Así funciona esto.

—¿Y qué coño hago? No puedo permitir que mi familia sufra por mi mala cabeza.

La sujeto con más fuerza para asegurarme de que me presta toda su atención. Cuando me mira a los ojos, repito la promesa que le hice antes.

—Nadie los tocará.

—Júramelo.

—Ya lo he hecho.

—Necesito oírlo de nuevo.

Le doy un apretón en los hombros.

—Nunca me repito.

Se muerde el labio inferior, y vendería mi alma por saber qué está pensando.

—Vale. Pero si no lo haces, esto se acabó.

—Esa decisión no es tuya. Pero te voy a prometer algo más: puede que Brett Hyde haya vuelto de la tumba, pero no pasará mucho antes de que vuelvas a ser viuda.

## Keira

Mount me precede para salir del despacho después de quitarme el vaso de whisky irlandés de las manos. Sigo sin poder creer que haya logrado robar un barril de Espiritu de Nueva Orleans de uno de los almacenes de Seven Sinners. Claro que ahora mismo no tenemos presupuesto para mejorar la seguridad. Estoy demasiado ocupada rumiando ese problema para percatarme de que los pasillos que recorremos no son los mismos por los que he pasado antes.

Mount abre una enorme puerta negra de dos hojas, y me detengo al entrar en la estancia.

—Esta no es mi habitación. Mejor dicho, no es mi celda.

Mientras que la decoración del dormitorio que había ocupado antes era superfemenina, lo que tengo delante es el polo opuesto, aunque el esquema cromático sea el mismo. La estancia lleva el sello masculino de Mount, desde los relucientes techos altos de color negro que me triplican la altura, hasta las gruesas molduras también negras. Un sofá enorme de cuero negro preside la zona de estar, enfrente de una tele de pantalla plana gigantesca que parece tener un mecanismo para ocultarse en la pared. La mesa auxiliar también está lacada en negro con toques dorados. Veo un mueble bar negro y dorado, en cuyo interior hay más botellas que en la biblioteca.

La biblioteca puede ser su refugio, pero esto es el hogar de Mount. Aquí es donde vive, donde nadie lo ve. Su perfume flota en el aire y se hace más

intenso a medida que me acerco a otra puerta de doble hoja. Tras asomarme, descubro un dormitorio.

La cama es la más grande que he visto en la vida. En ella podría dormir parte de los Voodoo Kings más unas cuantas animadoras. El cobertor es de terciopelo negro con ribetes dorados. Las sábanas y los cuadrantes también son negros.

—¿Te gustan más colores además del negro, el blanco y el dorado?

Mount me mira mientras exploro su santuario.

—No.

Me alejo de la puerta, y el cosquilleo que siento entre los muslos me dice que no me acerque a esa cama, porque a saber qué puede pasar.

Mount me está convirtiendo en una adicta, me está arrebatando el control de mi cuerpo y me está convenciendo de que se lo entregue de forma voluntaria al mismo tiempo. Es una paradoja, pero esta noche no quiero analizarla más. Salgo del dormitorio.

Lo único que importa ahora mismo es cómo lograr sacar del banco la cantidad de dinero que me ha exigido Brett, entregársela y salir bien parada del asunto.

—Vale, voy a necesitar mi gabardina, unas gafas de sol de cristales oscuros y una bolsa de deporte. A ser posible que contenga un paquete explosivo de esos que llevan tinta y que lo manchan todo para que no pueda gastar ni un dichoso dólar —digo mientras paseo de un lado para otro en el salón de Mount, algo que últimamente hago con mucha frecuencia—. Y una pistola, definitivamente. He ido al campo de tiro varias veces y estoy segura de que no tendré problemas para apretar el gatillo si Brett me apunta otra vez a la cara.

Hasta ese momento Mount me ha dejado parlotear sin interrumpirme, pero al oír esa última frase, se acerca a mí y me agarra por el codo con fuerza.

—¿Te ha apuntado con una pistola?

Asiento con la cabeza.

—¿Y no se te ha ocurrido que puede ser relevante decírmelo, joder?

Me muerdo el labio porque el tono de voz de Mount me asusta más que en ningún otro momento de la noche. Mi falta de respuesta lo hace apretar los dientes.

—Te ha apuntado con una pistola y te ha amenazado con matar a tu familia.

—Sí —susurro.

—¿Y te asustó hasta el punto de acceder a llevar a cabo su plan?

Asiento de nuevo con brusquedad con la cabeza antes de poder hablar.

—Si Cicatriz te comenta que lo he atacado con un martillo y con un cuchillo de carnicero cuando entró, dile que he pensado que era Brett.

Mount pone los ojos como platos, pero afloja un poco la presión de los dedos en torno a mi codo y empieza a acariciarme la piel con el pulgar.

—Brett Hyde no tendrá la posibilidad de volver a hacer nada de eso.

Recuerdo lo que Mount dijo sobre lo de convertirme en viuda, pero una vez superado ese momento de autodefensa, no sé si soy lo bastante cruel como para ordenar su ejecución. En cambio, digo algo que me permitirá dormir por las noches.

—Tienes razón, porque voy a darle lo que quiere. Y después no lo veré nunca más.

Mount me suelta.

—No me puedo creer que estés pensando en darle un centavo siquiera.

Levanto las manos como si fueran una balanza.

—¿Dinero o familia? —Bajo la que representa a la familia y levanto la que simboliza el dinero—. La familia pesa más que todo el dinero que pueda ganar. ¿Para qué sirve el dinero si no puedo tener a mis seres queridos?

La expresión de Mount se torna inescrutable.

—Ni siquiera hablas con tus hermanas con regularidad.

No quiero preguntarle cómo lo sabe, porque estoy segura de que la respuesta va a conseguir que empiece a pasear de nuevo de un lado para otro mientras lo pongo de vuelta y media.

—Pero eso no hace que sean menos importantes para mí. Son familia, punto. ¿Tú no lo sacrificarías todo por salvar a la tuya?

Los ojos oscuros de Mount adquieren una expresión hosca mientras se saca el móvil del bolsillo y mueve los pulgares sobre la pantalla. Cuando lo guarda de nuevo, me mira.

—Tengo que irme.

—Vale. —Lo sigo hasta la puerta, dispuesta a marcharme con él, pero se detiene al llegar al vano.

—¿Adónde crees que vas?

—De vuelta a mi jaula dorada.

Él niega con la cabeza.

—Este es tu nuevo hogar. Acostúmbrate. V estará montando guardia aquí fuera, así que no te molestes en salir.

—Pero...

Cierra la puerta mientras yo protesto, atrapándome en el interior de otra lujosa prisión.

En cuanto Mount se va, abro la puerta de un tirón, porque he aprendido a ser concienzuda.

Efectivamente, tal como me ha prometido, Cicatriz está apostado al otro lado. Pero supongo que su nombre es V. Prefiero Cicatriz, la verdad.

—Mi chófer y ahora mi niñera. ¿Cómo es que tienes tanta suerte? —pregunto con evidente sarcasmo.

Le cierro la puerta en las narices antes de que pueda responder, y corro en busca de mi bolso en cuanto oigo el tono que indica la llegada de un mensaje

de texto. Es del mismo número desconocido que ahora sé que pertenece a Cicatriz, así que lo guardo en contactos.

CICATRIZ: ¿Quieres cenar? El chef te preparará algo.

KEIRA: Me estoy planteando una huelga de hambre.

CICATRIZ: Al jefe no le va a gustar.

KEIRA: Me importa una mierda del tamaño de un elefante si le gusta o no.

CICATRIZ: Pues en ese caso te comerás lo que yo te traiga. Espero que te guste el hígado.

KEIRA: Qué asco. ¿Crees que le va a gustar que contamines su habitación con ese hedor?

CICATRIZ: Pues elige algo.

Me lo pienso un momento y me decido por el menú más ridículo que se me ocurre.

KEIRA: Sopa de tortuga, cola de langosta de Nueva Zelanda, un filete de ternera argentina alimentada con forraje, puré de patatas (peladas, pero con grumos) con trufa, judías verdes orgánicas salteadas con ajo y un suflé de chocolate con acompañamiento de compota de frambuesas frescas.

Esbozo una sonrisa triunfal mientras espero su mensaje de respuesta, pero no me llega ninguno.

Eso no merma mi satisfacción. Ya no puede culparme por no comer. He seguido sus instrucciones.

Recorro la estancia, no con ánimo de cotillear, pero no puedo evitar asomarme de nuevo al dormitorio y andar sobre la gruesa moqueta dorada y negra para llegar al lujoso cuarto de baño. El suave mármol blanco tiene vetas

doradas y negras, y no puedo evitar preguntarme de dónde viene su obsesión por esos tres colores.

Destierro la curiosidad, porque no va a ayudarme a salir de la situación en la que me encuentro.

Con el teléfono aún en la mano, pienso en la única persona que puede ofrecerme algún tipo de consejo.

Busco el último mensaje de texto de Magnolia y le envío uno.

KEIRA: Necesito hablar lo antes posible. Follón que te cagas.

Espero durante un buen rato mientras inspecciono la grifería dorada de una bañera del tamaño de una piscina pequeña, y le echo un vistazo a la zona del inodoro, que es más grande que el cuarto de baño entero de mi apartamento. Si hasta tiene bidet... Admito que me genera curiosidad descubrir cómo se usa, porque nunca lo he probado.

El móvil me alerta de la llegada de un mensaje de texto, y miro la pantalla.

MAGNOLIA: Esta noche tengo reunión de trabajo. ¿Tan malo es el follón?

KEIRA: Fíjate cómo será que creo que se me va a ir la pinza.

MAGNOLIA: Pospondré la reunión. Te llamo dentro de diez minutos.

Salgo del cuarto de baño y me quito los zapatos de tacón con un par de puntapiés cuando regreso a la mullida moqueta y me hundo en ella.

El precio por metro cuadrado en el Barrio Francés es astronómico. Hablo de cantidades que yo no podría pagar en la vida y, sin embargo, Mount a saber la de propiedades que tendrá. La curiosidad que desterré antes regresa, y decido que ha llegado la hora de sonsacarle a Magnolia toda la información que me resulte posible sobre Lachlan Mount.

Le debo más de dos millones de dólares. La realidad de ese hecho me golpea con fuerza.

¿Cómo narices voy a devolverle ese dinero? Ni aun organizando todos los meses eventos similares al de los Voodoo Kings y cuadruplicando las ventas durante los siguientes dos años conseguiría pagarle. Y eso sin contar con el dinero que tendría que invertir para suplir esa demanda.

Claro que Mount no me ha exigido ni un solo pago en dinero, solo en términos sexuales.

El móvil suena, y me doy cuenta de que he perdido la noción del tiempo cuando veo el número de Magnolia en la pantalla. Acepto la llamada al instante.

—Hola.

—¿Qué narices pasa ahora?

—¿Por dónde empiezo?

—Te sugiero que por el principio. Ponme al día, Keke.

Eso hago, empezando por el regreso de Brett de la tumba.

—No me jodas —replica, enfatizando cada palabra—. Te estás quedando conmigo. Yo estaba allí, cubierta con aquel velo con el que no veía un pimiento, cuando enterraste sus cenizas.

Insistí en que no hacía falta que se tapara la cara, pero no quería ser la causante de lo que ella llamó un «berrinche maternal» durante el entierro.

—Sí, bueno, pues parece que aquellas cenizas no eran tuyas, y alguien le pagó al forense para que dijera que eran sus restos.

—No hace falta ser un genio para saber quién fue. —No se equivoca—. Pero eso no explica quién murió en aquel coche.

—Ni idea. Y estoy segura de que no quiero saberlo.

—Me apuesto lo que quieras a que ahora mismo Brett está deseando no haber aparecido.

—Seguramente no, porque va a largarse con más dinero.

—No puedes ceder al chantaje —protesta Magnolia, con un deje indignado.

—No tengo alternativa.

Hablamos sobre Brett unos minutos más y después ella cambia el tema de conversación al ver que no claudico en lo de llevar a cabo mi plan de la bolsa de deporte, la gabardina, las gafas de sol oscuras y la tinta. Me parece un buen plan.

—Bueno, ¿qué pasó después de que Mount te rescatara?

—Te aseguro que no me rescató. Llegó después de que Brett se fuera y, además, su hombre de confianza llegó primero.

—Keke, déjate de detalles sin importancia y vamos al grano.

Magnolia siempre ha sido muy dominante, así que me preparo para la reacción que va a suscitar lo que estoy a punto de revelar.

—He descubierto que el hombre con el que estuve la noche del baile de máscaras era Mount, no Brett.

—¡No me jodas! —exclama Magnolia, asombrada—. ¿Cómo es posible?

Meneo la cabeza, aunque no puede verme.

—No lo sé, pero estoy acojonada. Aquella fue la noche que decidí que Brett era el hombre de mi vida. La noche que decidí que fugarme con él era lo mejor que podía hacer, porque era todo lo que yo buscaba en un hombre. Pero me equivoqué de parte a parte. Ni siquiera era él.

—Por Dios, Keke. Solo a ti se te ocurre casarte por un buen polvo. Te lo juro. Y ni siquiera te casaste con el tío con el que lo echaste.

Echo la cabeza hacia atrás para clavar la vista en el reluciente techo negro.

—¡Yo no tengo la culpa! Nada de esto tiene sentido.

—Y, después, ¿qué pasó? Tiene que haber algo más.

—Discutimos... —Hago una pausa y me muerdo la lengua para no confesar

lo que todavía me cuesta admitir. Por raro que parezca, me resulta más difícil admitir eso que lo del baile de máscaras.

—¿Y? —insiste ella.

La única manera de soltarlo es decirlo abiertamente, así que eso es lo que hago.

—Me besó. Me prometió que no permitiría que mi familia sufriera y después... en fin, tú ya me entiendes.

—Espera un momento, joder.

Me imagino los gestos que está haciendo ahora mismo con las manos, mientras procesa la parte que yo no quería admitir.

—¿Cómo que te ha besado? —Magnolia parece más sorprendida por eso que por la resurrección de mi difundo marido.

Decido avanzar en la conversación.

—Sí, y después...

—No, no, espera. Tenemos que hablar de esto, porque... Mount no es así. No besa a las chicas. Tengo que asegurarme de que les queda clara esa línea roja antes de mandárselas.

La implicación de sus palabras me golpea con fuerza.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que eres tú quien le manda a sus amantes? ¿Te estás quedando conmigo?

—Keke, ya sabes a lo que me dedico —responde con voz contrita.

—Pero...

—Pero quiere chicas extranjeras. Así que las busco, las examino, las traigo hasta aquí, me aseguro de que están perfectamente instruidas en lo que a él le gusta y de que entienden sus reglas, y se las entrego. Después, no las veo más.

El corazón me golpea con fuerza contra las costillas.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque no hablamos de mi negocio. Cuando estamos juntas, fingimos que

mi profesión no existe. Además, ya te he dicho todo lo que sé. Lo importante, se entiende.

—¿Y el hecho de que le envíes putas no es importante?

A esas alturas le estoy gritando, algo que hace años que no sucedía. Desde que la echaron del colegio y yo me cabreé porque había perdido la beca. Sin embargo, la culpa me asalta al mismo tiempo. Magnolia tiene razón. Nunca hablamos de su negocio. Jamás. Es ese secreto que está a la vista de todos, pero que nunca se reconoce.

«Muy bonito, Keira. Ahora eres tú la mala amiga», me digo.

—No son putas. Mis chicas tienen demasiada clase para que las llamen así, así que cuidadito con criticarlas de esa manera.

La culpa me invade de nuevo, y respiro hondo varias veces antes de decir:

—Lo siento. No pretendía decirlo con ese tono. Pero, por favor... tienes que contármelo todo, porque ahora mismo estoy en la habitación de este hombre y está claro que lo único que sé de él es lo poco que tú me has contado.

—Un momento. ¿Estás en su habitación? —me pregunta Magnolia, enfatizando las dos últimas palabras como si no me hubiera entendido.

—Sí. En su habitación.

—Pero ¿esto qué coño es? Siempre aloja a sus chicas en una casa separada. De fácil acceso, pero por lo que he oído, nunca las visita en otro lado. Nunca las saca a la calle ni mucho menos las lleva a su dormitorio. Keke, esto es muy fuerte. Necesitamos que la registres.

Me pongo el móvil delante de la cara como si así pudiera verla después de haber hecho esa sugerencia tan desquiciada.

—¿No decías que te preocupaba que hubieran pinchado esta línea?

Cuando me llevo de nuevo el móvil a la oreja, Magnolia ya lo está justificando.

—¿Qué hombre esperarías que no le registraras la habitación después de

dejarte a solas en ella por primera vez? Esto es prácticamente un procedimiento habitual, así que ponte a ello. Mueve el culo. Empezaremos por el cuarto de baño.

Me dejo caer en el sofá de piel.

—Necesito beber más alcohol antes de echarle ovarios y registrar el armario de las medicinas de Mount.

—Pues ya puedes ir a por una botella y ponerte en marcha. No tienes toda la noche. —De fondo se escucha el tintineo de los cubitos en un vaso de cristal y más movimientos—. Yo también me estoy sirviendo una copa, así que lo haremos juntas. Una habitación, una copa.

Apoyo la frente en las rodillas.

—Puede que esta sea la peor idea que se te ha ocurrido en la vida. Por detrás de la que hizo que te expulsaran del colegio, claro.

—Keke, tengo todo lo que quiero, y todo empezó con aquella mamada en el cuarto de suministros. No me tengas lástima. He aprovechado al máximo una situación que podría haber acabado muchísimo peor.

A lo mejor tiene razón, pero no me gusta analizarlo.

Y... otra vez me siento culpable.

—Coge una botella y un vaso, porque no vas a decirme que no hay alcohol en la habitación de ese hombre.

Como siempre, Magnolia tiene razón.

—Vale. Un momento. —Me acerco a las estanterías de cristal donde se alinean las botellas de licor y les echo un vistazo—. Aquí no tiene Seven Sinners.

—Pues mejor, porque con eso no te emborracharías hasta el punto de echarle ovarios al asunto. Sírvete una copa ya, Keke. Date prisa.

—Vale. —Cojo una botella de vodka de la estantería superior. Es una idea terrible, la verdad, pero como no soporto el whisky escocés ni el tequila, que

parecen ser mis otras dos opciones, eso es lo mejor. No me molesto en coger un vaso y empino la botella directamente—. Esto está asqueroso —digo cuando consigo tragármelo—. ¿Cómo es posible que la gente se beba esta porquería?

Le leo lo que pone en la etiqueta y ella guarda silencio.

—La mayoría de la gente no lo hace, porque esa porquería cuesta mil dólares por botella.

De repente, la idea de bebérmela entera mientras busco pistas sobre el verdadero Lachlan Mount no me parece tan de mal gusto.

—Vale, voy al cuarto de baño.

Una hora después, he registrado el cuarto de baño, el dormitorio y el salón, incluyendo todos los armarios y los cajones. He intentado abrir con una horquilla la única puerta que estaba cerrada, con un fracaso absoluto.

—Es inútil. Debería haber visto más vídeos en YouTube.

—Pues hazlo ahora y me llamas de vuelta.

Me arrojo a la cama más cómoda que mi cuerpo ha probado en la vida.

—No puedo. Todo me da vueltas, Mags.

—Mierda. No aguantas nada que no sea whisky irlandés. No tiene sentido, joder.

—¿Cuándo dejará todo de dar vueltas?

—Después de que te duermas o de que vomites.

—¡Puaj! No quiero echar la pota.

—Me alegro, porque no eres una niñaata, así que no actúes como tal. ¿Estás acostada?

—Ajá.

—Pues baja un pie al suelo hasta tocarlo. Eso te ayudará con el mareo.

—Vale.

—Lo has dejado todo donde lo encontraste, ¿verdad?

—Ajá. Todo controlado, Mags.

—Mierda. Estás como una cuba.

—Verdad. —Bostezo—. Tengo que irme. El mareo va a más. Voy a probar lo del pie, a ver si las cosas dejan de dar vueltas. Estoy cansada.

—Sí, y por la lengua de trapo que tienes, te aseguro que te vas a odiar por la mañana.

—Ya te digo. Sobre todo, porque tengo que darle a ese cerdo de Brett todo el dinero que Mount ha metido en mi cuenta para que mi empresa no acabe en la bancarrota. Cabrón. —A estas alturas no sé de quién estoy hablando.

—No creo que Mount permita que eso suceda, Keke.

—No puede detenerme.

—Vale, cariño. Duérmete. Pon la alarma.

—Ya lo he hecho. Buenas noches, Mags. Te quiero.

—Yo también te quiero. Y antes de que te quedes frita, debes asimilar que la forma en la que te está tratando Mount no es normal. Me da que estás obligándolo a romper todas las reglas.

—Es Mount quien las impone. Pero para los demás, no para él.

Corto la llamada antes de que pueda replicar. O lo intento, porque el móvil se me cae en la cara y me golpea la nariz.

—¡Ay! Putos rusos. ¿Cómo es posible que les guste esa porquería más que el whisky irlandés?

Es mi último recuerdo coherente antes de quedarme dormida.

## Mount

Desde mi posición en el muelle, miro a ese imbécil de mierda, maniatado en el suelo del hidrodreslizador de Ransom. Saxon está de pie, junto a él, y todos esperamos a que el gilipollas se despierte, de modo que tenga unos cuantos minutos para comprender hasta qué punto la ha cagado al romper el acuerdo y volver a la vida.

Saxon le clava la puntera de una bota embarrada en las costillas. La cabeza de Brett Hyde cae hacia atrás y los párpados se le mueven un poco, pero vuelve a cerrar los ojos cuando el haz de luz de la linterna que Ransom tiene en las manos le da de lleno.

—Seguro que desearías haberte quedado muerto, Brett —dice Ransom, con voz tranquila y ese fuerte acento cajún tan suyo.

—¿Qué coño ha pasado? —Brett habla con dificultad, seguramente porque no me he cortado a la hora de pegarle con la pistola hasta dejarlo inconsciente.

Ransom le da otra patadita.

—Te estamos dando otra oportunidad para que le reces a Dios antes de darte el último paseíllo nocturno.

Ransom es una rata de pantano con un piquito de oro que empezaba en el negocio del contrabando más o menos cuando a mí me acogió el imperio que hoy riño. No hay un solo rincón de los pantanos que no conozca y, por suerte para mí, le importa una mierda qué lleve en su embarcación mientras el precio sea justo.

No tengo amigos, pero, de tenerlos, podría considerarlo como tal. Hemos

hecho muchos negocios juntos a lo largo de los últimos veinte años.

De los dos, Ransom es quien habla. Supongo que es mejor para su negocio de transportes.

Saxon prefiere quedarse en la sombra y hablar lo menos posible. Pero no conozco a nadie que se le dé mejor matar con una pistola, un cuchillo, un garrote o un puto lápiz. Es un profesional en todo el sentido de la palabra, y le confío los trabajos más delicados. No dejaría que ninguno de mis empleados tocara la mierda que le encargo. No he conocido a un hombre con un control más férreo sobre sus emociones que Saxon. «Un cabrón muy listo.»

En vez de rezar, Brett Hyde aprovecha la ocasión para desahogarse.

—Que os follen. Y que follen a esa puta de mierda. A esa princesita mimada. ¿Te deja metérsela por el culo para que salves su preciada destilería? ¿Es tan buena que le estás pagando? Tendría que haberme trabajado más ese coñito. —La sangre brota de entre los dientes que le faltan mientras habla, y no me remuerde la conciencia cuando Saxon le da otra patada en la cara, rompiéndole unos cuantos más.

—Cierra la boca, gilipollas.

Brett escupe los trozos de dientes.

—Cabrón. Mount, eres un cabrón de mierda. Me he enterado de que te encontraron metido en un montón de mierda, sí.

En este momento, me doy cuenta de que me importa una mierda que me insulte. Le quedan pocos minutos de vida. Pero, de todas formas, como vuelva a insultar a Keira, le va a resultar mucho más doloroso.

—Le apuntaste a tu esposa con una pistola y amenazaste con matar a su familia. Yo diría que aquí el único cabrón de mierda eres tú —replica Ransom.

Brett lo fulmina con la mirada.

—No me casé con ella por su coño. Quería el dinero. Creía que era mi

gallina de los huevos de oro, que había dado un braguetazo. Pero endeudó la destilería hasta las cejas en cuanto se hizo con el control. Solo pude escamotearle un poco aquí y allá, porque no dejaba casi dinero. —Escupe más sangre antes de continuar—. Y que follen a su familia también.

Saxon le da otra patada en las costillas, y Ransom lo reprende de nuevo.

—¿No sabes que es muy irrespetuoso hablar de tu puta esposa de esa manera? Joder, ¿qué coño te pasa? Hiciste unos votos.

Hyde escupe sangre en el suelo de la embarcación.

—Joder, si no fue real. Me casé con una zorra en Reno cuando tenía veinticinco y no hice nada para quitarme aquel marrón de encima. Keira nunca ha sido mi mujer legalmente. Menuda mierda de tía y de víctima.

Salto del muelle a la embarcación, haciendo que se balancee.

—¿Ya estabas casado? ¿Me tomas el pelo o qué?

Hyde asiente con la cabeza.

—¿Y a ti qué te importa? Si crees que esa destilería es una mina de oro, eres imbécil, porque no va a dar un puto centavo. Has hecho un trato de mierda, Mount.

Me agacho y hablo en voz baja, de modo que solo Brett pueda oírme.

—Ahí te equivocas, pedazo de inútil. Tengo todo lo que quería conseguir con el trato. No era por el dinero. Siempre ha sido por ella.

A Brett casi se le salen los ojos de las órbitas cuando lo entiende.

—Ni de coña...

Me levanto y le doy una patada en la cara, deseando poder acabar yo el trabajo, pero no lo haré. Prefiero estar en otro lugar.

Desembarco y miro a Saxon.

—Sé imaginativo. Tómate tu tiempo. No hace falta que muera deprisa.

—Oye... —protesta Brett, pero Saxon le da una patada en la cabeza y se calla de nuevo.

Saxon me mira y asiente con la cabeza.

Saber que ese gilipollas no estaba casado con Keira no cambia nada, pero a ella seguro que le importa. Claro que solo es una muestra de lo mucho que la había engañado.

A lo mejor no se lo digo. De todas formas, dará igual en cuestión de minutos.

—¿Lo tienes claro?

Parece que se ha tomado como insulto la pregunta.

—Por supuesto.

Miro a Ransom.

—Asegúrate de que no encuentran el cuerpo.

Ransom se echa a reír.

—Después de tantos años, ¿de verdad crees que necesito que me digas eso? Además, tengo un par de caimanes hambrientos a la espera de que les dé de comer.

Saco el móvil y abro una aplicación segura. Con unos toquecitos, termina mi parte.

—Ya tenéis el dinero en las cuentas. Quiero saber cuándo está hecho.

—Sin problemas —dice Ransom, y Saxon se limita a asentir con la cabeza.

Saxon amordaza a Brett mientras Ransom arranca el ensordecedor motor del hidrodreslizador.

Me doy la vuelta y echo a andar hacia el discreto Mercedes negro que llevé a la reunión, cuando Saxon me notificó que tenía el paquete y que Ransom estaba preparado para deshacerse de él.

El hidrodreslizador se aleja a toda velocidad del muelle, botando sobre el agua con cada maniobra, y desaparece de la vista antes de que yo arranque el coche.

Mientras vuelvo al Barrio Francés, no dejo de pensar en el día de perros que he tenido en todos los aspectos. Brett. El ataque de nervios de Keira. Que me atacara y me provocara un impulso que yo no había tenido en toda la vida.

«La he besado.»

Nunca he besado a una mujer, de la misma manera que nunca había follado sin condón. Jamás. Keira Kilgore es la excepción.

Me cabrea saber que Brett Hyde nunca fue la barrera que yo creía que era y que dejara que se interpusiera en mi camino de todas formas. Ya estaba casado.

¿Cómo coño no descubrió mi gente el certificado de matrimonio? Mi investigador privado tendrá que explicar unas cuantas cosillas.

Sigo meneando la cabeza por lo imbécil y capullo que era Brett Hyde. Si fuera un pelín menos idiota de lo que yo pensaba, se habría asegurado de que todo era legal para garantizarse por ley una parte de los bienes. Pero lo más importante de todo es que Keira ha sido legalmente libre todo el tiempo.

Podría haber entrado en su vida y haberme hecho con el control mucho antes. Claro que Keira necesitaba darse cuenta de lo cabrón que era Hyde por sí sola. Cuando me enteré de que se había buscado una casa y de que se iba a reunir con un abogado matrimonialista, supe que había llegado el momento. ¡Por fin! Me sigue cabreando pensar en todo el tiempo que he desperdiciado.

Pero, ahora, es carne de cañón. No hay una sola cosa que me impida quedármela para siempre, joder.

El diablo que siempre me susurra al oído aparece para dar su opinión: «O podrías cargártela ahora mismo, coño, porque te está debilitando.»

Me gustaría decir que tengo un ángel que me susurra al otro oído lo contrario, pero nunca lo he tenido y nunca lo tendré.

No llego a mi habitación hasta unas cuantas horas más tarde. Por culpa de esa puta vocecita, me obligué a hacer la ronda habitual por la zona de juegos, para ver y para que me vieran. No me desviaré de mi rutina, porque me niego a reconocer que la voz podría tener razón.

Una vez satisfecho, recorro el laberinto de pasadizos y abro la puerta que da a mi salón. Lo primero que me asalta es el extraño olor a comida procedente de la mesita del sofá. Levanto las tapaderas plateadas y descubro que hay sopa, langosta, entrecot y solo Dios sabe qué más. Todo intacto.

La lámpara de la mesilla sigue encendida, y Keira está sopa sobre el cobertor, totalmente vestida, aferrada a lo que parece mi botella de vodka más cara. Una botella de vodka vacía, por cierto.

Tiene el móvil junto a la cara y cuando lo cojo, espero que el movimiento la despierte. No es así. La veo abrir la boca y soltar un suave ronquido, y comprendo que no va a despertarse ni de coña antes del mediodía, algo que me viene muy bien.

Con cuidado, le quito la botella de vodka y la pongo de costado, de modo que pueda bajarle la cremallera de la falda y quitársela, junto con la blusa. La lencería que lleva es muy sensual, pero son las curvas de su cuerpo lo que me la pone dura contra el forro de seda de los pantalones.

«Esta noche no», me digo al tiempo que obligo a mi cuerpo a calmarse. Es mía, lo que quiere decir que mañana conseguiré lo que quiero.

Le quito el sujetador, porque no creo que sea muy cómodo para dormir, y soy incapaz de no admirar sus blancos pechos y los pezones rosados tan perfectos, que se endurecen por el aire frío.

«Esta noche no», me recuerdo, y la arropo bajo la ropa de cama, desnuda, como si así pudiera contener la tentación que representa.

Como Eva en aquel puto jardín. Adán no tuvo la menor oportunidad.

Un ramalazo de satisfacción me recorre al ver su melena pelirroja sobre la

funda de almohada de satén negro de mi cama, como si fuera una llamarada. Nunca he metido a una mujer en esta cama, pero mentiría si dijera que no me había imaginado este preciso instante más veces de las que estoy dispuesto a admitir.

Sabía que deseaba a Keira Kilgore en mi cama, pero ni me imaginé lo mucho que me desafiaría fuera de las sábanas... ni lo adictivo que sería conseguir su sumisión.

Me aparto de la cama despacio y voy al vestidor para quitarme el traje. Me recuerdo que mañana tengo que hablar con G para que le haga ropa a Keira. Hasta este momento, solo le he ordenado que confeccione ropa para ciertas ocasiones, pero las cosas han cambiado.

Cuando me meto en la cama a su lado, gime y se pega a mí, al tiempo que se estremece. Si estuviera consciente, nunca haría algo así, de modo que me aprovecho de la situación y la pego a mi torso. Mi calor corporal la envuelve, y le rodeo la cintura con un brazo.

Emite un sonido, como si su cerebro luchara por recobrar la consciencia.

—Duerme —le susurro, y en cuestión de segundos, suelta otro suave ronquido. El hecho de que me parezca tan tierno me indica lo crudo que lo llevo.

Le dije a Hyde la verdad: nunca ha sido cosa de dinero. Siempre ha sido por ella. Él estaba demasiado ciego para ver el tesoro que tenía en las manos, pero yo no.

Veo a Keira Kilgore como la persona en la que se está convirtiendo: la mujer que podría ser lo bastante fuerte como para estar a mi lado y regir un imperio.

Me miraría, espantada, si se lo dijera ahora mismo. Primero, necesita disciplina y, más aún, la desea. Nunca he conocido a una mujer más terca con una vena sumisa tan fuerte. Estoy ansioso por domarla, pero no quiero apagar

su fuego, solo encauzarlo en otra dirección. Puedo esperar a mañana para explicarle las reglas y cómo serán las cosas a partir de este momento.

Se acurruca contra mí mientras duerme, y me pregunto qué tendré que hacer para que sea tan complaciente despierta. Sin drogas ni alcohol, claro.

Cierro los ojos, aunque no espero dormir, porque tengo el cerebro revolucionado, pero, por sorprendente que parezca, me quedo dormido en cuestión de minutos, con el cuerpo de Keira pegado al mío.

## Keira

Un tono del teléfono que no me resulta conocido me despierta de una pesadilla. En ella, tengo las manos atadas a la espalda y estoy de rodillas, suplicándole a un desconocido que me mate.

Me incorporo hasta sentarme en la cama con un escalofrío, y el terror de la pesadilla va disminuyendo a medida que abro los ojos y me descubro en una habitación oscura. Extiendo el brazo para coger el móvil, porque el tono suena de nuevo, y uso el brillo de la pantalla para iluminar la habitación. Tengo un palpitante dolor de cabeza.

La habitación de Mount.

Anoche.

El vodka.

—¡Joder! —Salgo de un salto de la cama, al recordar lo que tengo que hacer hoy.

Tengo una cita a las diez de la mañana en el banco. Se supone que tengo que sacar el dinero, meterlo en una bolsa de deporte y después rodear la manzana y arrojar la bolsa de deporte por la ventanilla trasera de un Chevrolet Suburban negro que estará aparcado en la acera.

He repasado el plan tantas veces que estoy lista para ponerlo en marcha.

Una corriente de aire frío recorre la habitación y me endurece los pezones. Me los cubro con las manos y me sorprendo al tocarme la piel.

¿Qué narices? No me quedé dormida desnuda.

Eso significa... Recorro la habitación a oscuras en busca del hombre que

debió de desnudarme anoche, pero no oigo el menor ruido.

Uso el brillo de la pantalla del móvil para llegar hasta la puerta y pulsar el interruptor de la luz. Sí, estoy desnuda.

Ese cabrón...

Miro la hora que marca la pantalla del teléfono móvil y me convengo de que sigo borracha al ver el recordatorio de la cita. A las doce. Lo que es dentro de un cuarto de hora. ¿Por eso el tono del teléfono que me ha despertado me resultaba desconocido?

Parpadeo dos veces, porque es imposible que sea la hora que estoy viendo. Puse dos alarmas para no perderme la cita con mi no tan difunto marido. Es imposible que me haya quedado dormida, ¿o no?

Pulso sobre el recordatorio y leo el texto completo.

La cita de las diez está solucionada. Sin embargo, tu acreedor requiere tu presencia en su despacho privado a las doce del mediodía, porque tienes deudas que pagar y los plazos han vencido. Abre el cajón de la mesilla. Ponte lo que hay dentro. Tráeme la caja de cuero por la puerta que intentaste abrir anoche. No hables hasta que se te hable.

La última frase hace que la mano me arda por el deseo de darle un bofetón, pero el resto del misterioso mensaje me distrae.

¿Qué significa eso de que mi cita de las diez está solucionada? ¿Significa que le ha pagado a Brett o que...?

No quiero ni pensar en la alternativa, porque lo único que me importa ahora mismo es la seguridad de mi familia. Pulso el icono de los contactos y busco el número de mi madre. La llamo y empiezo a pasear de un lado para otro de la habitación mientras espero a que me conteste.

No lo hace. Y el alegre mensaje de su contestador no me sirve de consuelo.

—¡Siento no poder atender tu llamada! Es probable que me hayas pillado en

el campo de golf. Mándame un mensaje de texto y te devolveré la llamada cuando acabe el hoyo dieciocho.

El siguiente es el móvil de mi padre. Da dos tonos antes de que conteste la llamada y suspiro, aliviada.

—Ah, menos mal.

—¿Qué pasa? ¿Ha sucedido algo en la destilería?

En ese momento, la voz gruñona de mi padre es lo mejor que he oído en la vida. Ni siquiera me importa que la jubilación no lo haya cambiado y que la destilería siga siendo lo más importante para él.

—No, nada. Solo quería asegurarme de que mamá y tú estáis bien. ¿Todo va bien?

—¿Has tenido un mal presentimiento o algo? ¿Por eso llamas para esto? — me pregunta mi padre, siempre tan supersticioso.

Trago saliva para librarme del miedo que me ha provocado un nudo en el estómago después de oír el mensaje de mi madre.

—Más o menos. Me he preocupado al ver que mamá no cogía el teléfono.

—Estamos bien. Ha salido con Jury para hacerse la manicura. A saber por qué, pero anoche decidió presentarse en casa y solo traía una mochila. Te juro por Dios que esa muchacha no va a madurar nunca. Es demasiado mayor para que siga comportándose así.

—¿Jury está con vosotros? ¿Ha dicho por qué? —Me alegra oírlo, de hecho. Un miembro de la familia del que me puedo despreocupar, porque sé que sigue respirando aun después de no haber cumplido mi parte del trato con Brett.

La tensión que se había apoderado de mi espalda me abandona poco a poco.

—Según ella, ha dejado el trabajo y está buscando otro. Necesita un sitio donde pasar una temporada y supuso que si venía a vernos, mataba dos pájaros

de un tiro. Como empiece a bailar en los bares de la zona, no podré poner un pie en el club.

Cierro los ojos, agradecida al oír a mi padre protestar sobre mi hermana como es habitual en él, en vez de la espantosa alternativa.

—Estoy segura de que no lo hará, papá. ¿Has hablado últimamente con Imogen?

Masculla algo.

—Está demasiado ocupada como para hablar con cualquiera de nosotros. Esta mañana me ha enviado un mensaje de texto diciéndome que ha solicitado entrar en no sé qué programa de posdoctorado y que necesita cartas de referencia de personas ajenas a la familia. Eso sí, no quería mi ayuda para conseguir las. Solo sugerencias para decidir a quién se las pedía.

Eso también es muy típico de mi hermana. Está decidida a hacerlo todo por sí misma, aunque eso signifique que le costará diez veces más conseguir lo que quiere. Es como si le asustara la posibilidad de que pedir ayuda minimice sus logros.

«¿No te resulta familiar?», me pregunta la voz de la conciencia con tono burlón. Le ordeno que se calle.

—Bueno, entonces ¿todo va bien? ¿Has mejorado ya jugando al golf?

—Sí, sí. Estoy más aburrido que una ostra. Soy el presidente de la asociación de vecinos, pero estoy pensando en aceptar un par de trabajos como asesor para mantenerme ocupado. No me puedo pasar la vida entera jugando al golf. Tu madre me arrastra al campo todos los días.

—Papá...

—Ni se te ocurra decirle que he dicho eso. Ya lo hemos solucionado. No estoy hecho para la jubilación. Es la decisión más ridícula que he tomado en la vida.

—¿Y si intentas relajarte?

Resopla.

—¿Te has aplicado el cuento últimamente?

Ni siquiera puedo empezar a explicarle en lo que se ha convertido mi vida, así que le concedo la victoria.

—*Touché.*

—Hija mía, he trabajado mucho y he apostado sin miedo. No esperes a tener mi edad para divertirme. Deberías salir a buscar un hombre de verdad antes de que seas demasiado mayor.

—¡Papá!

—¿Qué? Ambos sabemos que tengo razón. Ese cabrón no te merecía. Era un caradura. No dejes que el siguiente te engañe, hija mía. Asegúrate de conocerlo bien desde el primer momento.

Esbozo una sonrisa tristona, aunque no puede verme.

—Claro, papá. Pero tiene que pasar muchísimo tiempo antes de que eso suceda.

—Nunca se sabe. Somos irlandeses. Creemos en el destino. El hombre adecuado te encontrará y cuando descubra lo que tiene delante, no te dejará marchar.

Ese seguramente sea el halago más grande que me ha hecho mi padre en la vida, además de la confianza que depositó en mí cuando me vendió la destilería y permitió que su jubilación dependiera de mi gestión de esta.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Gracias, papá. Te quiero.

—Yo también te quiero, Keir. Llámame si necesitas un asesor para algo. Sé unas cuantas cosas sobre whisky irlandés.

—Serás el primero a quien llame.

Cortamos la llamada, y el calorcito que me ha provocado el cumplido de mi

padre desaparece en cuanto suena otra alarma en el móvil y el recordatorio aparece en la pantalla.

Tienes diez minutos para seguir mis instrucciones o enfrentar las consecuencias.

—¡Mierda!

No quiero saber qué ha planeado Mount para hoy, pero hay una cosa que tengo muy clara: necesito respuestas. ¿Qué significa la nota sobre la primera cita del día? Necesito saberlo.

Arrojo el móvil a la cama y lo miro furiosa mientras me pregunto cómo ha entrado en mi calendario para manipularlo, aunque ese no es el problema en el que debo concentrarme ahora mismo.

Miro la mesilla negra lacada y doy dos pasos hacia ella para abrir el primer cajón. En el interior hay una caja de una tienda de lencería carísima en la que nunca he imaginado siquiera comprar. La saco, la abro y aparto el papel de seda para revelar un corsé, un liguero de encaje y unas medias tan finas que deben de ser de seda.

Miro bien en la caja en busca de la última prenda que supongo que me he dejado dentro, pero no hay tanga ni bragas. Miro en el cajón, pero lo único que contiene es una caja negra de cuero.

En ellas nunca hay nada bueno, pienso y resoplo, pero al parecer la voz de mi conciencia quiere hacer de abogada del diablo: «Menos cuando te provocan orgasmos...»

¿Quiero abrirla? Sopeso la pregunta durante medio segundo antes de hacerlo.

«¿Qué coño es esto?», me pregunto.

Sobre un lecho de terciopelo descansa una mordaza de bola y un dilatador anal de plata, más grande que el anterior.

Si espera que me...

La alarma del móvil suena de nuevo, anunciando otro recordatorio.

Te quedan cinco minutos. Los zapatos te esperan al otro lado de la puerta.

Ese gilipollas arrogante... No pienso esperar cinco minutos. Tiene un montón de cosas que explicarme.

Cojo la caja de cuero y doy un paso hacia la puerta cuya cerradura intenté abrir anoche con una horquilla. Me detengo antes de dar un segundo paso.

¿Me pongo la lencería y obedezco?

Miro mi cuerpo desnudo y tomo una honda bocanada de aire. Ni de coña voy a entrar ahí así.

Extiendo un brazo para coger la lencería y me detengo al darme cuenta de que apesto a alcohol.

¡Puaj! No estoy dispuesta a mancillar unas prendas tan bonitas poniéndomelas sin haberme duchado antes. Además... tal vez si aparezco sumisa y obediente, obtendré las respuestas que busco más rápido que si le hago una peineta a Mount y desafío sus órdenes.

El reloj del móvil me informa de que he malgastado otro minuto deliberando, lo que significa que tengo exactamente cuatro para lavarme y ponerme la lencería.

A la mierda. Corro al cuarto de baño, cojo el cepillo de dientes y la pasta de la encimera y entro en la enorme ducha, tras lo cual abro el grifo del agua caliente. Me cepillo los dientes sin importarme si es o no el cepillo de Mount, mientras borro de mi cuerpo las huellas de la noche anterior.

Consciente de que estoy agotando los últimos segundos, cierro el grifo, casi escaldándome en el proceso, y cojo una esponjosa toalla con la que me envuelvo.

Dejo los objetos prestados otra vez en la encimera y me seco lo más rápido que puedo antes de ponerme el corsé y atarme la cinta de seda con un lazo. Me pongo las medias con muchísimo cuidado, porque no quiero hacerles una carrera mientras me las subo por las piernas. Por fin, me pongo el ligero y engancho los clips a la parte superior de las medias.

Oigo un último aviso procedente del móvil y me dan ganas de estampar ese chisme contra la pared. En cambio, leo el último recordatorio.

Llegas tarde. Me cobraré cada minuto con tu culo.

Siento un escalofrío que me recorre el cuerpo y me endurece los pezones, aunque me digo que esas palabras no presagian nada bueno. Miro el dilatador anal. ¿Qué narices significa eso de que se lo cobrará con mi culo?

Corro hacia la puerta y estoy a punto de tropezarme con unos zapatos negros de tacón altísimo que, la verdad, no pueden tener otro nombre mejor que «zapato de putón». Aunque en este caso son de los carísimos.

Ni me lo pienso antes de ponérmelos. Toco el pomo de la puerta, pero recuerdo al instante que me he dejado una cosa atrás y corro de vuelta a la cama para coger la caja de cuero.

El reloj del móvil marca las 12.05. Tardísimo.

Joder. Esto no va a ser bueno.

Corro de nuevo hacia la puerta y me detengo para girar el pomo y abrir.

La estancia en la que intenté forzar mi entrada anoche no es el infame cuarto rojo del dolor como había imaginado, sino un despacho. Por algún motivo desquiciado, siento una leve decepción. Pensaba que Mount tendría alguna habitación guarrilla entre sus aposentos, pero al parecer no es el perverso sexual por el que yo lo he tomado.

O a lo mejor es que todavía no la he encontrado.

Sus ojos oscuros se clavan en mi cuerpo desde detrás de su enorme mesa, muy similar a la de su otro despacho, mientras entro en la estancia y cierro la puerta. Se oyen voces procedentes de su teléfono porque tiene activado el manos libres y caigo en la cuenta de que debe de ser una llamada de negocios.

Me hace un gesto con un dedo para que me acerque.

—Ahora que todos estamos presentes, vamos a empezar. Yakamora, tienes la palabra.

Yakamora, un nombre que no me resulta conocido, empieza a hablar sobre las fluctuaciones del mercado y advierte en contra del riesgo. No sé si Mount le está prestando atención, porque su mirada no abandona la mía en ningún momento mientras camino hacia él con mis altísimos tacones, llevando la caja de cuero en la mano.

—Entiendo tu aversión al riesgo, pero ninguno estaríamos aquí si no los hubiéramos corrido —replica Mount—. Casso, ¿te apetece compartir tu opinión?

Una voz con un fuerte acento italiano reverbera en la estancia, pero no le presto atención a sus palabras, porque acabo de detenerme a unos pasos de Mount. Su oscura mirada recorre los zapatos de tacón, las medias negras transparentes, se detiene en el *piercing* un instante y sigue subiendo por el ligero hasta llegar al corsé.

—El hecho de que esos métodos hayan funcionado para la vieja guardia no significa que tengamos que continuarlos. Si queremos mantener el control de lo que está sucediendo, tenemos que hacerlo como un frente unido —dice Mount mientras su mirada llega por fin a mi cara.

Justo cuando el japonés empieza a protestar, Mount extiende una mano hacia mí con la palma hacia arriba.

¿Qué quiere?, me pregunto un instante antes de comprender que está esperando que le entregue la caja que llevo en la mano. Se la entrego, en parte

aterrada y en parte emocionada por la idea de que use conmigo cualquiera de los dos objetos que contiene.

¿Qué narices me pasa? No debería desear esto.

Pero lo hago.

Ahora que sé que está ocupado con una llamada de negocios, entiendo el sentido de la mordaza de bola, pero eso no la hace menos intimidante. Mount deja la caja en el escritorio mientras la conversación sigue con las distintas opiniones de los participantes, y, por lo poco que capto, es mejor no enterarme del tema que están tratando.

Mount levanta primero la mordaza y esos ojos oscuros parecen relampaguear. Extiende la mano derecha y pulsa el botón para desconectar el micrófono.

—¿Has usado una antes?

Niego con la cabeza y sin darme cuenta obedezco su orden de no hablar, pero tampoco es que tenga algo que decir.

Esboza la sonrisa amenazadora que a estas alturas ya sé que aparece cuando está satisfecho y excitado.

—Bien.

Conecta de nuevo el micrófono antes de ponerse de pie para colocarme la mordaza contra los labios como si me estuviera retando para que hablase.

En nuestros enfrentamientos, rara vez me muestro sumisa, pero no sé si me interesa descubrir cuál es el castigo por interrumpir esta conversación con mis protestas. Además, esa explicación tan racional encaja perfectamente con la perversa fascinación que me provoca el objeto.

Una vez que tengo la bola en la boca, me ata la correa en la parte posterior de la cabeza. Ya perdida la capacidad de hablar, mis otros sentidos se expanden y se me endurecen los pezones bajo las finas copas del corsé. Mount acerca una mano y me acaricia uno con el pulgar. Se me escapa un gemido de

entre los labios y aprieto los muslos. El *piercing* hace que me empiece a mojar.

Mount me dice algo sin llegar a hablar y tardo un segundo en comprender lo que es.

«Muy mal.»

Me agarra por las caderas y me da media vuelta al tiempo que me presiona la base de la espalda hasta que acabo doblada sobre la mesa. Después, se sienta de nuevo y contesta una pregunta que alguien le hace, pero no le presto atención porque estoy distraída con la imagen tan obscena que debo presentar desde atrás, con el coño y el culo directamente enfrente de su cara.

Aprieto de nuevo los muslos. Quiero dejar de mojarme, pero da igual lo que me haga este hombre. Mi cuerpo siempre se rinde.

Me estremezco cuando mueve una mano, pero me relajo al sentir la caricia de su palma en el culo. Sigue con un dedo la curva de un glúteo hasta llegar a la base. Después cambia de dirección y se acerca a la raja, momento en que mis terminaciones nerviosas cobran vida.

La mano se aleja un instante, y cuando abro los ojos, descubro que ha vuelto a desconectar el micrófono.

Antes de que pueda emitir un sonido, me da un guantazo en la nalga derecha. En esta ocasión no me permite adaptarme al dolor, sino que sigue dándome una y otra vez. No se detiene hasta que ambas nalgas me arden después de cinco guantazos en cada una.

Uno por cada minuto de más que he tardado en llegar. Cierro los ojos con fuerza mientras conecta de nuevo el micrófono y sigue acariciándome de forma perezosa el culo, que en ese momento me arde, al tiempo que retoma la conversación sin perder el hilo.

De alguna manera, no sé por qué, el castigo me excita más y más. Intento alejar la mente de las sensaciones que me recorren y concentrarme en la

conversación, pero es inútil. Cierro los ojos sin darme cuenta y me sumo en un estado de sensibilidad aguzada con la mente concentrada tan solo en las caricias de Mount. Me resultan casi relajantes, los lentos movimientos de su mano sobre mi cuerpo y el sonido de su voz mientras encauza la llamada con su autoridad.

Al menos hasta que introduce el pulgar entre mis piernas y se mueve sobre la humedad que se ha acumulado allí.

La mordaza silencia mi gemido, pero la persona que estaba hablando en ese momento guarda silencio.

—¿Alguien tiene alguna objeción?

Mount se apresura a contestar:

—Solo es mi secretaria. No ha seguido ni una sola de mis instrucciones esta mañana.

Los hombres que están al otro lado de la línea se ríen. Seguramente todos sean unos gilipollas arrogantes como el que está torturándome ahora mismo con mi propia humedad, extendiéndola con el dedo índice una y otra vez.

—Tumbala sobre la mesa y demuéstrole quién es el jefe. Eso hacía yo en los viejos tiempos.

Es el italiano el que habla, y aunque me encantaría darle un puñetazo en la cara, estoy demasiado ocupada conteniendo otro gemido.

La tortura de Mount dura tanto que acabo por perder la noción del tiempo. La llamada sigue mientras me penetra con dos dedos, que empieza a mover lentamente hasta que me retuerzo sobre la mesa. En ese momento agradezco la presencia de la mordaza, porque quiero suplicarle que me dé más. En cambio, me aferro al extremo opuesto de la mesa e intento guardar silencio y controlar mis reacciones.

Mount es muy hábil torturándome de esta manera. Sin embargo, cuando me

percato de que empiece a extender el flujo alrededor del ano, empiezo a perder el control.

Todavía no estoy acostumbrada. No creo que llegue a acostumbrarme nunca, pero mis terminaciones nerviosas envían señales placenteras a mi cerebro al tiempo que empujo de forma instintiva para rechazar su invasión. En esta ocasión Mount extiende un brazo para desconectar el micrófono antes de presionar un poco más.

—Te he metido los dedos en el coño y ahora te los voy a meter en el culo. ¿Crees que podrás guardar silencio?

No respondo. Obviamente, porque me lo impide la mordaza, pero también porque quiero ponerlo verde por haberme privado del control de mi propio cuerpo.

Mientras yo me concentro para no moverme, Mount saca algo de un cajón que no alcanzo a ver. Tan pronto como siento la fría sensación en el culo, comprendo que es gel lubricante. Lo extiende alrededor del ano y de su dedo, y lo usa para torturarme.

—Empuja. Ayúdame a metértelo. Demuéstrame que lo deseas.

Mount empuja hacia delante y mis caderas se echan hacia atrás por instinto, ayudándolo a superar la barrera de los músculos del ano y arrancándome otro gemido.

Por suerte, el micrófono sigue desconectado.

—Voy a meterte un dedo en el culo mientras hablo con algunos de los hombres más poderosos del mundo, y después voy a meterte ese dilatador y a acariciarte el clítoris con ese *piercing* que llevas hasta que te mueras por correrte, pero no lo vas a hacer. ¿Sabes por qué?

Niego con la cabeza, deseando poder insultarlo.

—Porque ya va siendo hora de que empieces a pagar esa deuda, y por eso yo me corro primero.

Esas palabras tan arrogantes no me enfurecen. En cambio, me ayudan a decidir que debo robar el máximo placer de la experiencia, sin importar lo que me haga.

¿Por qué va a ser el único que disfrute de esto? Además, no puedo negar que estoy cachonda al verme bocabajo en la mesa mientras él se aprovecha de mí.

¿Cuántas noches me he pasado trabajando en el despacho, deseando que el hombre dominante de mis sueños entrara de repente, arrojara al suelo todos los documentos que tengo sobre la mesa y me inclinara sobre ella para hacer conmigo lo que quisiera?

Más de las que estoy dispuesta a admitir.

Este puede ser el jueguito de Mount, sí, pero también es mi fantasía hecha realidad.

Cuando presiona de nuevo con el dedo, muevo las caderas hacia atrás, algo que nos sorprende a ambos, porque el movimiento lo ayuda a superar la barrera del músculo. Cuando saca el dedo, froto el *piercing* contra el borde de la mesa, robando placer de donde puedo.

—No te atrevas a correrte —me advierte Mount antes de meterme el dedo de nuevo con firmeza, tras lo cual adopta una cadencia constante, momento en el que activa de nuevo el micrófono.

¿Que no me corra? No tengo la menor intención de seguir esa orden.

Estoy a punto de llegar al orgasmo por culpa de lo sensible que tengo el clítoris y por los movimientos de su dedo cuando me lo saca.

Vuelvo la cabeza de repente para poder mirarlo.

—Creo que debemos reevaluar nuestros activos y decidir de qué manera los redistribuimos para calcular mejor sus recursos —dice Mount, que usa la mano libre para coger el dilatador—. No podremos conquistarlos hasta que sepamos exactamente el poder que tienen a su disposición.

Aunque las palabras están dirigidas a los hombres que se encuentran al otro lado de la línea, resuenan en mi cabeza.

«No podremos conquistarlos hasta que sepamos exactamente el poder que tienen a su disposición.»

Me hago una promesa que juro no romper en esta ocasión: Mount nunca sabrá el poder que ostenta sobre mí. Si alguna vez lo descubriera, no me cabe la menor duda de que lo explotaría más incluso que ahora, mientras me introduce la punta del dilatador en el ano.

El frío metal hace que dé un respingo sobre la mesa y que aspire con fuerza el aire, pero Mount mueve unos papeles para disimular.

—¿Estamos de acuerdo, caballeros?

Los otros expresan su acuerdo mientras Mount me introduce el dilatador del todo, hasta que la base plana me roza la entrada del ano.

—Bien, porque creo que estamos listos para abordar el siguiente tema. Casso, tú eres quien ha propuesto tratarlo en la agenda del día, así que, si no te importa, ilumínanos.

Mount se levanta y abre un cajón del que saca toallitas antibacterianas para limpiarse el dedo que me ha metido en el culo.

El metal que tengo dentro empieza a adaptarse a la temperatura de mi cuerpo, pero es inflexible, igual que lo es el hombre que me lo ha introducido.

En cuanto se limpia, Mount sigue con la conversación, y el diálogo continúa. Llegados a este punto, no sé de qué están hablando. Ya podrían estar discutiendo sobre la clonación de unicornios, que no me enteraría. Mount me agarra las caderas y me gira sobre la mesa después de desconectar el micrófono de nuevo.

—Antes de que esta llamada llegue a su fin, que sepas que te la voy a meter en el culo o en la boca. Hoy me siento benévolo, así que aunque hayas llegado

tarde, voy a dejarte decidir. —Mira la hora en el teléfono—. Tienes unos cinco minutos para decidirte.

¿En la boca o en el culo?

Mientras sopeso mis opciones, Mount se inclina y me acaricia el clítoris con la lengua, moviendo el *piercing*. No ha vuelto a conectar el micrófono, así que levanto las caderas hacia él, intentando frotarme todo lo posible contra su cara para correrme. Mount levanta la cabeza y me da un guantazo en el coño, pero sin rozar el *piercing*.

—La viciosilla de mi secretaria está intentando frotarse contra mi cara para correrse antes que yo. —Me mira con los ojos entrecerrados—. Eso es lo único que no voy a permitirte hoy. Pienso cobrarme un trocito de la deuda que me pertenece.

Me acaricia el coño con la lengua hasta que alguien le hace una pregunta y activa el micrófono.

—Me parece aceptable. Podemos lograr que funcione.

Es evidente que la llamada está llegando a su fin, lo que significa que ha llegado la hora de que yo elija. Antes juré que no lo besaría y él me hizo atravesar esa línea roja. Le dije que nunca me arrodillaría para hacerle una mamada, pero teniendo en cuenta la alternativa y el hecho de que su polla es más gruesa que el dilatador, sé cuál va a ser mi elección.

Mount está rompiendo mis reglas una a una, y cada vez que lo hace, pierdo una parte de la mujer que siempre he sido, pero gano un trozo de la mujer que nunca supe que podía ser.

Por fin entiendo el motivo de que se llame «intercambio de poder», aunque en el caso de Mount y mío es más acertado llamarlo «lucha de poder».

Él arrebató. Yo lucho.

Él amenaza. Yo me rebelo.

Él provoca. Yo discuto.

Es un ciclo sin fin y, llegados a este punto, mientras su lengua acaricia la entrada de mi cuerpo, no sé si quiero continuarlo hoy.

En cambio, le entierro las manos en el pelo y presiono hacia atrás, pero hay una verdad universal innegable: Mount es más fuerte que yo. Levanta la cabeza y esboza una sonrisa perversa mientras me penetra con dos dedos.

—De acuerdo —dice el japonés.

—De acuerdo —se suma el italiano.

—De acuerdo —añade Mount, aunque me pregunto si sabe exactamente a qué se ha comprometido—. Caballeros, si eso es todo, tengo otro asunto que atender, así que cualquier detalle que debamos añadir se comentará por mensaje de correo electrónico.

Los tres se despiden y Mount por fin corta la llamada. Me saca los dedos del coño y se los chupa.

—¿Qué has decidido? ¿Culo o boca?

Levanto la barbilla para recordarle que no puedo contestarle.

—Puedes señalar. Si voy a metértela por el culo, no hace falta que te quite la mordaza —dice, con el asomo de una sonrisa en los labios.

Gilipollas arrogante. Se lo pasa en grande provocándome. Espera que me rebele, incluso lo desea. Empiezo a reconocer sus trucos, así que algo es algo.

Levanto una mano. Uso el dedo corazón para señalar la mordaza de bola que tengo en la boca.

El deseo se apodera de su expresión.

—Ya era hora, joder.

Suena el teléfono otra vez y lo mira.

—Justo a tiempo para mi siguiente llamada. —Su mirada me atraviesa—. Arrodíllate.

Otra vez con la lucha de poder, pero en esta ocasión decido desestabilizarlo, porque cree que sabe cuál va a ser mi reacción.

Hoy no.

Hoy voy a demostrarle a Mount lo que se siente cuando le arrebatan el férreo control que ejerce sobre su cuerpo.

Espero que no haya planeado prestarle atención a la llamada telefónica, porque no va a enterarse de nada.

## Mount

El color rojo de su pelo no le hace justicia a su temperamento. Keira Kilgore posee un espíritu combativo como no he visto en ninguna otra mujer.

Ese gesto con el dedo corazón va a suponerle un castigo, de los que menos le gustan si no me equivoco mucho: nada de orgasmos. De esa manera me insultará y tendré otro motivo para inclinarla sobre mi regazo y darle unos azotes en el culo, donde ahora mismo lleva un dilatador algo más pequeño que mi polla, aunque se está adaptando al tamaño.

Pronto estará lista.

Pero antes voy a conseguir algo que llevo esperando desde aquella primera noche.

Me siento en el sillón y señalo el espacio entre mis piernas con un gesto de la cabeza. El brillo rebelde que reluce en sus ojos me dice que tiene planes para mí.

Exactamente la prueba que necesito para demostrarme que, sin importar lo que pase, no ostenta el poder para distraerme de mis negocios.

Keira no es una debilidad, me juro mientras se arrodilla. Ya siento el triunfo correrme por las venas mientras le desabrocho la correa de la mordaza.

La veo estirar la mandíbula primero hacia un lado y luego hacia el otro, sin duda tiene el mentón tenso después de haber llevado una mordaza de bola por primera vez, pero juro que no será la última. No siempre necesito que Keira me diga lo que opina de mí; lo veo claramente en su cara. No tiene barreras. No lleva máscaras. Su cara es un libro abierto.

Ahora mismo está pensando que es capaz de destruir mi concentración y de arrebatarme el control.

«Eso no va a pasar nunca, fierecilla.»

Me sorprende al ver que no intenta hablar. A lo mejor es por la voz de acento mexicano con la que sigo hablando de forma rutinaria, o tal vez porque está muy concentrada en su tarea. En cualquier caso, se me tensan los cuádriceps cuando me desabrocha el botón de la bragueta y me baja la cremallera, dejándome la polla a la vista. Su pelo rojo cae hacia delante, ocultando tanto su boca como mi polla.

Ni hablar.

Voy a mirar mientras me la come enterita, aunque tenga que ponerme de pie y guiarla en el proceso para enseñarle los trucos a fin de que controle las arcadas.

Le entierro las manos en el pelo y se lo aparto de la cara mientras la ayudo a moverse. Me acaricia el glande con la lengua, y su falta de técnica me provoca la misma sensación de conquista que experimenté cuando me dijo que nunca había practicado el sexo anal.

«¿Qué se siente al ser corrompida, Keira?» No hago la pregunta en voz alta y, en cambio, se lo pregunto con la mirada, aunque ella no capta la provocación, porque está concentrada en mi polla. No voy quejarme.

El entusiasmo que demuestra suple su falta de técnica en cuanto intenta comérmela entera. No es capaz de hacerlo. La lame mientras se la saca y después me la acaricia con la mano al tiempo que respira.

Joder, esa inexperiencia me la está poniendo todavía más dura y me está llevando al borde del orgasmo más rápido que la amante más experimentada que haya tenido.

Empiezo a distraerme de la llamada telefónica cuando ella intenta metérsela cada vez más adentro, pero las arcadas no se lo permiten.

Joder.

A la mierda la llamada.

Uno de los hombres que están al otro lado de la línea me pregunta algo, pero extendiendo un brazo para cortar la llamada.

Los mexicanos van a cabrearse, pero me importa una mierda. Ahora mismo lo único que me importa es meterle la polla hasta la garganta a mi fierecilla irlandesa.

La veo levantar la cabeza cuando se da cuenta de que he cortado la llamada, y el movimiento hace que se aparte de mi polla, pero niego con la cabeza.

—No has acabado todavía, no hasta que te la comas entera.

Separa los labios, sin duda para protestar, pero me aprovecho del momento para tomarle la cara con una mano e introducirle el pulgar en la boca a fin de que no la cierre.

—Voy a metértela entera en la boca antes de que salgas de esta habitación. ¿Me entiendes?

En sus ojos brilla un desafío que me la pone todavía más dura. Le coloco la otra mano en la mejilla. Tengo su cara entre las palmas de las manos.

—Me voy a correr en tu boca y tú vas a chupármela como la viciosa que sabemos que eres. Como se te ocurra discutir conmigo, te pongo bocabajo sobre la mesa, te quito el dilatador y me corro en ese culito tan prieto que tienes.

En vez de mirarme con temor, que sería una reacción comprensible, se le dilatan las pupilas y aprieta los muslos, tras lo cual aparta una mano de mis rodillas para tocarse.

—Como te toques el coño, te pongo una pinza en el clítoris, por debajo del *piercing*, y te haré gritar suplicando un orgasmo que no va a llegar nunca. — Mi amenaza la paraliza, y sigo—: Ponme la mano de nuevo en la rodilla.

Me mira otra vez con expresión desafiante, pero me obedece, y eso me

excita más.

—¿Alguna vez has practicado el sexo oral en condiciones?

Ella traga saliva y niega con la cabeza.

Le introduzco los pulgares en la boca y la obligo a abrirla.

—Bien. Porque voy a enseñarte cómo se hace y, después, tendrás que pasar una prueba.

Cuando le abro la boca, se humedece los labios con la lengua, mojándome la punta de los dedos en el proceso.

—Muy bien, asegúrate de que esos labios tan follables están húmedos, porque la clase está a punto de empezar.

Me levanto sin apartarle los dedos de la boca y voy guiando la polla para meterla en el húmedo interior de esa boca. Keira gime en torno a ella, y la vibración del sonido me llega hasta las pelotas.

El teléfono suena de nuevo, y arranco el cable de un tirón.

Ni una interrupción más.

A la mierda el resto del mundo, porque voy a correrme en la garganta de Keira Kilgore.

Me he torturado durante meses imaginando que otro hombre la tocaba, con la certeza de que al final la tendría a mi merced. El momento ha llegado por fin, y me alegro de su falta de experiencia. Porque eso significa que ese inútil de Hyde no la atendió como debía hacerlo, de ahí que cada uno de mis encuentros con ella haya sido tan explosivo.

Keira necesita un hombre de verdad que le enseñe lo que se ha estado perdiendo, y aquí estoy yo para encargarme de esa tarea... y de ella.

## Keira

Ay, mierda. Sé que esto me viene grande cuando Mount se levanta y empieza a meterme y a sacarme la polla de la boca con embestidas premeditadas, a cual más profunda que la anterior, hasta que casi me ahogo.

Me acaricia la mejilla y el mentón con el pulgar.

—Despacio. Respira por la nariz. Puedes hacerlo. Te la vas a tragar entera, joder.

Sus órdenes no avivan mi rebeldía en este preciso momento. No, estoy demasiado ocupada regodeándome en la victoria por cómo ha cortado la llamada y se ha concentrado por completo en mí.

Mount me está jodiendo la vida, pero yo también se la estoy jodiendo a él. ¿Y cuando ha arrancado el cable del teléfono? Impagable.

La punta de la polla me llega al fondo de la garganta de nuevo antes de que esté preparada y me provoca más arcadas.

Mount menea la cabeza.

—La próxima vez, traga saliva cuando sientas ganas de vomitar.

Me la saca y me la vuelve a meter despacio, e intento hacer lo que me ha dicho, pero soy incapaz. Me atraganto con su polla y empiezo a toser mientras él me la saca y me mira fijamente.

—¿Fracasas a menudo?

—A todas horas —susurro.

—¿Y eso te impide volver a intentarlo?

Aprieto los labios con fuerza antes de contestar:

—No.

—¿Vas a rendirte con esto? ¿Vas a tirar la toalla?

¿Y dejarlo ganar al demostrarle que no soy capaz de controlar su cuerpo tal como él controla el mío?

—No. —Mascullo la palabra.

—Bien. Porque casi lo tienes.

Me vuelve a tomar la barbilla con una mano, y la suavidad y la dulzura de la caricia me sorprende más que el hecho de que yo esté intentado meterme su polla hasta el fondo. Pero en lo referente a Mount, demostrar algo es demostrar algo, sin importar el contexto.

Mientras vuelve a meterme la polla en la boca, suelto el aire por la nariz y trago saliva, metiéndomela entera hasta que toco su duro abdomen con la punta de la nariz.

En sus ojos brilla el triunfo, pero esta vez es distinto a las veces anteriores. Tiene que volver a metérmela hasta el fondo para darme cuenta de que no me mira con expresión ufana, sino orgullosa.

Sigue follándome la boca, con varias embestidas más suaves antes de metérmela hasta el fondo, de lo que me avisa siempre con una leve presión de las manos, como si quisiera prepararme para lo que está por llegar.

Cuando me planté de rodillas delante de él, algo que juré que no haría, mi único propósito fue el de quitarle poder. Pero ahora está pasando algo más, algo que soy incapaz de nombrar.

—Vas a tragarte hasta la última gota, fierecilla.

Lo desafío con la mirada a que intente contenerse, pero no parece inmutarse. En cambio, me folla la boca cada vez más rápido, sin llegar al fondo, con embestidas que hacen que me concentre en la punta. No me suelta la cara en ningún momento, ni siquiera cuando echa la cabeza hacia atrás, grita y se corre en mi garganta.

Cumplo con mi parte del trato y me trago hasta la última gota mientras él me suelta y se aferra al escritorio para mantener el equilibrio.

En este instante, me doy cuenta de que Mount está jugando a algo mucho más peligroso de lo que cree, pero acabo de obtener ventaja.

Casi consigo postrar de rodillas al hombre más poderoso y temido de la ciudad, y me muero por repetir la experiencia.

## Mount

Mi móvil no deja de vibrar. Seguramente sean los mexicanos a los que les he colgado antes para enseñarle a Keira a comérmela, pero me da igual.

No recuerdo la última vez que me corrí de esta forma. Sin contar las veces que me he corrido en el coñito de Keira sin condón. Nunca he confiado en las mujeres que afirmaban estar tomando la píldora, pero no sé por qué, confío en ella.

Solo necesito una llamada de teléfono para confirmarlo, pero no siento la necesidad de hacerla. A lo mejor porque, en alguna retorcida realidad paralela, si se quedara embarazada, eso la uniría a mí de por vida.

Me juré a una temprana edad que jamás traería un niño a este mundo infernal. Las consecuencias serían impensables. No solo sería una debilidad, también sería un pecado mucho peor que cualquier cosa que haya hecho antes.

Además, ¿qué coño sé yo de educar niños o de quererlos? Toda mi vida ha girado en torno al control o a la falta de este, y lo único que sé hacer es aferrarme al poder por el que tanto he luchado durante todos estos años. Sé que debería usar condones de ahora en adelante, pero la idea de que mi polla esté separada de su coño por una capa de látex me pone los pelos como escarpas.

No quiero que nada se interponga entre nosotros.

Sé que me estoy involucrando más de la cuenta, pero no puedo dar marcha atrás. Es más, es que no quiero hacerlo.

Cuando Keira se levanta delante de mí, con las tetas subiéndole y bajándole

dentro del corsé cada vez que respira, le acaricio de nuevo una mejilla.

—No está mal para una principiante.

Ella se lleva una mano a la cara y deja extendido el dedo corazón para, acto seguido, besarse la yema, haciéndome otra peineta disimulada.

¿Qué se sentirá al verla tan sumisa después del sexo como lo está durante el mismo?

Un sueño imposible, sin duda.

Extiendo una mano para agarrarle la muñeca y la obligo a tocarse entre los muslos. Sin dejar de mirar esos desafiantes ojos verdes, le paso su propio dedo por la humedad de su coño.

—¿Lo sientes? Estás empapada por mí. Niégalo todo lo que quieras, pero ambos sabemos la verdad. —Usando su dedo, le doy unos golpecitos al *piercing*, a sabiendas de que eso la llevará más rápido a las puertas del orgasmo—. ¿Crees que es tu turno para correrte?

—¡Sí! He hecho lo que querías. —Su respuesta está teñida por la desesperación de la necesidad.

Le acaricio la entrada de la vagina con su propio dedo.

—¿Y crees que eso debe garantizarte un orgasmo?

Asiente rápidamente con la cabeza, y sigo torturándola con su dedo. Sus débiles gemidos me la ponen dura otra vez.

Antes de que se corra, le aparto la mano y le cojo la otra muñeca, tras lo cual le coloco ambas manos a la espalda mientras se retuerce para liberarse.

—No. No vas a correrte. Es tu castigo por llegar tarde.

—¡Solo han sido cinco minutos!

—Como si son cinco horas, has llegado tarde.

—Pero...

—Dame otra excusa más para follarte ese culito que ahora mismo está

ocupado con el dilatador. En realidad, creo que ya estás casi lista. Una talla más y podremos comprobar por fin si te entra.

## Keira

¿Cómo puedo tener los pezones endurecidos y el coño chorreando al mismo tiempo que me arden los dedos con las ganas de coger la lámpara del escritorio y matarlo a golpes?

Este hombre me vuelve loca de remate. Si no me alejo de él ahora mismo, cometeré una estupidez.

«¿Como tumbarte en su mesa y suplicarle que te folle a cambio de lo que él quiera siempre y cuando deje que te corras?» Silencio esa vocecilla interior mientras me libero de las manos de Mount.

Por sorprendente que suene, me deja escapar.

Me aparto de la mesa mientras intento averiguar qué está pensando. Es imposible descifrar su expresión.

—Supongo que hoy querrás ir a trabajar —me dice.

El trabajo. ¿Cómo coño me he olvidado del trabajo?

—Sí, por supuesto. Siempre hay muchas cosas que hacer.

—Eso lo entiendo.

Aunque resulte raro pensarlo, tal vez sea lo que tenemos en común: los dos dirigimos negocios. O, en su caso, un imperio. Claro que ese también es mi objetivo, porque quiero que Seven Sinners domine el mercado del whisky irlandés. Mi padre nunca tuvo unos planes tan grandiosos, ni su padre o su abuelo, pero yo pienso a lo grande. Veo lo que podríamos ser si tuviera los contactos adecuados y los fondos necesarios. Por eso Brett me engañó con tanta facilidad. Me hizo creer que compartía mi visión. Me dibujó el futuro

que yo deseaba con desesperación, y me lo tragué, me tragué ese futuro y el personaje que él creó.

Brett...

Pensar en él hace que sienta la bilis en la garganta, porque recuerdo la nota que apareció esa mañana junto al recordatorio de mi primera cita: «La cita de las diez está solucionada.»

Retrocedo unos cuantos pasos para alejarme de Mount antes de hacer la pregunta que me ha llevado a entrar en tromba.

—¿Cómo has...? ¿Qué has...? —Se me atropellan las palabras, y soy incapaz de formular la pregunta—. ¿Qué le ha pasado a Brett?

Mount adopta esa expresión pétrea que ya conozco tan bien.

—No tendrás que preocuparte por él en la vida.

—Pero ¿qué quiere decir eso? —Termino la frase con voz chillona, porque no puedo olvidarme del tema sin más.

Ver anoche en mi puerta al hombre al que creía haber enterrado me dejó absolutamente de piedra. Nunca antes me había desmayado, pero caí al suelo como un saco de patatas.

Cuando recuperé el conocimiento, tenía a Brett a mi lado, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro mientras cruzaba y descruzaba los brazos. El cañón de la pistola que tenía en la mano se movía de un lado para otro, porque usaba la mano para frotarse la nariz al tiempo que sorbía, como si tuviera un resfriado. Hasta ahora no reconocía los síntomas, pero después de lo que me contó Magnolia, supe que iba colocado. Cocaína, supuse. No tengo la experiencia necesaria para saber si era otra cosa, algo de lo que estoy muy agradecida.

Su cara, tan familiar en otra época, estaba más delgada, con las mejillas macilentas y unas bolsas enormes que hacían que sus ojos parecieran saltones,

muy parecidos a los míos cuando me despertaba tras una noche de juerga sin haberme desmaquillado antes de acostarme.

No tardó mucho en decirme exactamente lo que quería. Dinero. ¿El castigo por no hacer lo que me ordenaba? Matar a toda mi familia.

¿Me dio un susto de muerte? Sí. ¿Me cabreó que amenazara a mis seres queridos? Y tanto.

Me explicó sus planes y yo le prometí llevarlos a cabo porque, joder, ya había vendido el cuerpo por mi familia, ¿qué más daba renunciar a un dinero que ni siquiera sabía que existía? A esas alturas, me parecía que no había absolutamente nada que no sacrificaría con tal de salvarla, aunque mi familia no lo supiera.

Cuando Brett se fue, lo hizo con una carcajada perversa antes de cerrar la puerta.

«Una pena que fueras una negada llevando el negocio. Me habría quedado más tiempo si la empresa no estuviera en la ruina. Claro que no tenías ni medio polvo. No sé si habría tenido estómago para meter la polla de nuevo en ese coño tan frígido tuyo.»

Me entraron ganas de gritar. De echar espumarajos por la boca. De decirle que el único motivo de que hiciera lo más impulsivo que había hecho en la vida, fugarme con él para casarnos, fue que creía que era quien había hecho realidad todos mis deseos la noche del baile de máscaras. Pero no lo hice. Ya estaba medio loco, y no quería empeorar las cosas.

Solo quería que se fuera, y ahora quiero saber que se ha ido para siempre.

—¿Lo has matado? —Le hago la pregunta a Mount sin rodeos.

Se sienta en el sillón de su mesa, entrelaza los dedos y apoya las manos en la superficie de madera.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que nunca contestaré esa pregunta por más veces que me la hagas, me lo preguntes por quien me lo preguntes?

Enderezo la espalda al oír su evasiva, y cruzo el despacho hasta que solo nos separa la mesa.

—¿No crees que me merezco saber si soy viuda de verdad?

Clava la vista en la mesa, y yo sigo todos sus movimientos. Se golpea los pulgares tres veces antes de levantar la cabeza y mirarme a los ojos.

—Podría llevarte delante de cualquier juez o pastor de la ciudad y serías mi esposa en menos de diez minutos.

Cargo el peso del cuerpo sobre los tacones de aguja, con la mente a mil por hora por su respuesta, antes de balbucear una réplica:

—Porque seguramente tienes trapos sucios de ellos y harían cualquier cosa que les dijeras. ¿No funciona así la vida para el infame Lachlan Mount?

Descruza los dedos, apoya las palmas de las manos en la mesa y se levanta del sillón lo justo para que nuestros ojos queden a la misma altura.

—Joder, y tanto que sí. —Habla con voz ronca y hosca, como si me retara a desafiarlo de nuevo.

Abro la boca para soltarle algo, pero vuelve a hablar.

—No pongas en duda mis palabras cuando te digo que si me casara contigo hoy, serías legalmente mía.

No es la insinuación de que haya matado o haya ordenado matar a mi marido en algún momento entre anoche y esta mañana lo que me lleva a retroceder un paso, tambaleante. No, la mera idea de que Mount me arrastre ante un juez o un pastor para casarme con él es lo que me aterra.

Recupero el equilibrio y también el valor, y cuadro los hombros.

—Menos mal que los dos sabemos que eso no va a suceder en la vida.

La sonrisa ufana que tan bien conozco aparece en su cara.

—Nunca digas que de esa agua no beberás, Keira.

Aparto los ojos de él y me doy media vuelta, porque necesito salir de este

despacho todo lo de prisa que me lo permitan los ridículos taconazos. Cuando llego a la puerta, vuelve a hablar.

—Tienes la ropa de trabajo en mi vestidor. Déjate el dilatador otra hora y no te quedes en la destilería hasta tarde. Esta noche tengo planes para ti.

## Mount

Keira cierra de un portazo al salir, y la sonrisa que he estado conteniendo aparece en mis labios. Mi fierecilla irlandesa es incapaz de cerrar la puerta con suavidad.

Cojo el móvil y les echo un vistazo a los mensajes de texto que he recibido y a los mensajes de correo electrónico, pero no retengo ni una puta palabra. Mi mirada insiste en clavarse en el lugar donde Keira estaba arrodillada delante de mí y después allí donde la he tenido inclinada sobre la mesa.

Su olor aún flota en el aire, y mi concentración se ha ido a la mierda directamente. Me levanto del sillón con un gruñido disgustado y atravieso la estancia para echarle el pestillo a la puerta, y todavía me hace gracia que intentara abrir la cerradura con una horquilla. Después me dirijo a la izquierda para abrir la entrada oculta.

Tan pronto como salgo al pasillo interior, la tensión que me embarga disminuye un poco. Me obligo a dirigirme a mi otro despacho porque la biblioteca está descartada también por culpa de Keira.

Casi he llegado a la entrada cuando veo que J se dirige al mismo sitio que yo.

—¿Va todo bien, jefe? No has contestado los mensajes.

—¿Qué quieres?

—Tenemos a unos mexicanos cabreados, que insisten en que los llames de inmediato. Lo de anoche se ha convertido en un desastre.

Desactivo la cerradura usando mi huella dactilar y cuando la puerta interior

se abre, entramos en el despacho.

—No pienso darles ninguna explicación, y que no me vengan con exigencias. Esta es mi ciudad.

J se sienta al otro lado de la mesa.

—¿Cuánto tiempo crees que puedes mantenerlos bajo control? Los cárteles no van a permitirte durante mucho tiempo más.

—¿Que no me lo van a permitir? ¿Eso es lo que crees que está pasando aquí?

—Están acumulando poder. Nadie ha conseguido mantenerlos a raya como tú, pero ¿y si cambia el equilibrio de poder?

Aprieto los puños y los pongo sobre la mesa.

—El equilibrio sigue intacto. Los mantengo a raya, porque nadie los somete con la misma autoridad que yo. Que no se muevan sin pedirme permiso no es una puta casualidad, y tú lo sabes muy bien.

J lleva con mi gente el tiempo suficiente como para conocer los secretos que guardo y los chantajes para los que los utilizo mejor que nadie, salvo por la excepción de V.

—Solo digo que debemos ser listos. A lo mejor la próxima vez no deberías colgarles en mitad de una llamada después de haber matado a uno de sus lugartenientes.

—¿Y crees que si les pido perdón al estilo oriental, arrodillándome frente a ellos, conseguiré demostrarles que me importa una mierda el poder que creen tener? Esta ciudad es mía. Yo pongo las reglas.

J se apoya en el respaldo del sillón.

—No te lo tomes a mal, jefe, pero...

—Sabes que tengo por costumbre matar a la gente que empieza a hablarme con esa frase.

—Sí, bueno, estaría traicionando nuestra amistad si no te dijera que llevas

un tiempo distraído.

La distracción a la que se refiere es Keira y me cabrea que J la saque a colación.

—Ándate con ojo.

J levanta las manos con las palmas hacia arriba e intenta aplacarme.

—No digo que sea malo, pero... te tiene dominado. Me preocupa que te esté comiendo la cabeza. Con las otras, era como si no existiesen una vez que acababas con ellas, pero con esta parece distinto. Si yo me he dado cuenta, ¿quién más lo ha hecho? Te has mantenido en el poder no solo porque la gente te teme y te respeta, sino porque te has asegurado de que no tienes debilidades que explotar.

Miro a mi mano derecha con los ojos entrecerrados.

—Sigo sin tener una puta debilidad que explotar, y este tema está zanjado.

J asiente con la cabeza de forma respetuosa.

—Sí. Cuando tengas un rato, hay ciertos documentos que debes firmar una vez que tomes la decisión. Dime cuándo quieres revisarlos.

La insinuación de que no estoy al cien por cien concentrado en mi negocio por culpa de Keira me enfurece.

—Ahora mismo. Lo veremos en este momento. Ninguno de los dos saldrá de este despacho hasta que lo hayamos repasado todo. ¿Crees que estoy distraído? Pues te equivocas, joder. Nada ha cambiado.

Digo las palabras, consciente de que estoy mintiendo.

Todo ha cambiado.

## Keira

Sigo teniendo un solo conjunto para escoger, pero ¿la diferencia? Está en el vestidor de Mount. Supongo que podría intentar convertir una de sus camisas a medida en una especie de declaración estilística, con una de sus elegantes corbatas como cinturón.

La idea me cruza por la cabeza y la sopeso unos dos segundos antes de descolgar el vestido de rayas blancas y negras, y ponérmelo. Una vez más, es de diseñador, carísimo de cojones y me sienta como un guante. Oh, y la lencería que lo acompaña hasta incluye un tanga y un precioso sujetador de encaje, así que ya es algo.

Cuando abro la puerta de la habitación de Mount, V me está esperando fuera. Me lleva a trabajar en silencio, sin capucha, y me dejo el dilatador la hora estipulada antes de entrar a hurtadillas en el cuarto de baño para quitármelo. Después, me sumerjo en el trabajo y me encargo de un problema tras otro, hasta que casi puedo olvidarme de lo de esta mañana.

Casi.

Soy viuda.

No debería sorprenderme tanto, teniendo en cuenta que me he considerado así durante meses, pero saber que solo en este momento es verdad es totalmente distinto.

Debería sentir pena o algo, lo que sea, por el hecho de que Mount se «haya encargado» de Brett en algún momento desde que se fue anoche hasta que me desperté esta mañana. Pero, la verdad, solo siento alivio.

¿Me convierte eso en una persona espantosa?

Ni siquiera puedo culpar a la influencia de Mount, porque después de mi primer encontronazo con él en este despacho, recuerdo pensar que si Brett siguiera vivo, lo mataría con mis propias manos por haberme metido en semejante follón. Y anoche, mientras me describía cómo mataría a mi familia, me entraron ganas de arrancarle la pistola de las manos y vaciarle el cargador en el pecho, aunque tal vez dejara una bala para metérsela entre ceja y ceja.

Apoyo los codos en la mesa y clavo la vista en el techo. Ya no me reconozco. Estoy sentada en mi despacho, con el que soñaba tener desde pequeña, con la ropa que me ha escogido un hombre que ha matado a mi marido o que ha ordenado que lo maten, y en vez de acudir a la policía para contarles lo sucedido, estoy pensando en lo mucho que quería que me follara en su mesa esta mañana.

¿Qué me pasa?

Es una pregunta para la que no tengo respuesta, de modo que me vuelvo a concentrar en el trabajo mientras finjo no estar en mitad de una crisis moral que, no me cabe duda, me llevará al mismísimo infierno, porque soy incapaz de sentir ni un ápice de arrepentimiento.

Pierdo la noción del tiempo, seguramente porque la última llamada se alarga una hora más de lo necesario mientras negocio las bases de un contrato de suministro antes de pasarle la pelota a los abogados para que se encarguen de los detalles.

—En fin, ¿te veremos en Dublín dentro de un par de días para celebrar el acuerdo en persona durante la convención? —me pregunta Roy. Es un proveedor de cereales orgánicos al que necesito como refuerzo para que mi proveedor habitual no sea el único.

Con «la convención» se refiere a la Convención Mundial de Whisky y Bebidas Espirituosas, un evento al que quería asistir desde que mi padre

acompañó a mi abuelo cuando yo tenía veinte años. Después de eso, mi padre dijo que era un gasto que la empresa no podía justificar, y desde que yo me he hecho con el timón, la cosa sigue igual.

—Esperaba conseguir una entrada de última hora, pero el evento que estoy preparando me ha alterado los planes. —Miento como una bellaca. No he hecho el menor esfuerzo por registrarme, porque sería el colmo de la irresponsabilidad marcharme a la convención de mis sueños cuando ni siquiera puedo pagar las nóminas. Al menos, no podía hacerlo hasta la intervención de Mount.

Fuera como fuese, no pienso admitir ante un posible proveedor que Seven Sinners tiene problemas económicos.

—Qué pena. Van a venir peces muy gordos. Estamos muy emocionados, porque hemos duplicado nuestra producción de grano este año y hemos despertado mucho interés como proveedores.

Leo entre líneas.

—Ojalá que no sea tu manera de decirme que vas a hacerte el duro con las negociaciones, Roy. Sabes que tenemos un trato. —Lo digo con voz risueña, pero aferro con fuerza el bolígrafo que tengo en la mano y empiezo a clavar la punta en el cuaderno de notas que hay en la mesa.

Roy suelta una carcajada.

—Claro que no. Ya me conoces. Soy un hombre de palabra.

—Me alegra saber que siguen quedando hombres como tú, con una credibilidad inquebrantable. Es una cualidad muy poco frecuente hoy en día. Con suerte, te veré en la convención del año que viene.

Colgamos con la promesa de que los abogados se pongan a redactar el contrato y miro las notas que he hecho en el cuaderno acerca de las condiciones.

Voy a conseguir un buen trato, siempre que sus abogados no lo estropeen

cuando redacten el contrato. De verdad, les encanta complicar las cosas más sencillas.

Mi mente repasa lo que hemos hablado de la convención y me permito soñar durante un minuto. Abro la web de registro en el ordenador y leo los detalles.

Si pudiera ir, tendría la mejor oportunidad de mi vida para establecer una red de contactos. Podría marcar la diferencia entre que Seven Sinners triunfara como yo quiero o que siguiera apagándose hasta desaparecer. Mi padre me diría que soy tonta por considerarlo siquiera, pero él pertenece a otra generación. Trabajar duro. Jugar duro. Seguir adelante.

No quiero continuar con la tradición familiar de esa manera. Quiero erigir un imperio del whisky.

«Dios, ¿te estás escuchando? Pareces Mount.»

Me aparto de la mesa y me levanto, y los hombros, el cuello y la espalda me protestan por todo el tiempo que he estado sentada. También me suena el estómago.

Menos mal que soy la dueña de un restaurante... Salgo del despacho y veo que Temperance viene por el pasillo hacia mí.

—Ah, estupendo. Creía que te habías olvidado.

Me devano los sesos en busca de una explicación a sus palabras.

—¿De qué me he olvidado?

—Mierda, te has olvidado de verdad. No pasa nada. Sin problemas. No llegas tarde. Venía a buscarte para que no llegaras tarde. —Me lleva hasta el ascensor, pero sigo sin tener ni idea de lo que me está hablando.

—¿Qué me he perdido?

El ascensor se abre y entramos. Temperance pulsa el botón de la planta superior.

—De tu reunión con la junta de turismo.

—¡Ay, mierda! —Tiene razón, se me ha olvidado por completo.

—Es un asunto muy gordo, Keira. Esperaba que te emocionara, no que te olvidaras del todo.

Abro la boca para decirle que mi vida ha sido un poco caótica desde que Lachlan Mount decidió que yo bastaba para saldar una deuda. Y luego está el asuntillo de que ha matado a mi marido, algo que parece ser que no me altera, una circunstancia que también me desquicia. Cierro la boca de golpe, porque ni de coña puedo contarle nada de eso.

No puedo contárselo a nadie, salvo a Magnolia, tal vez. Ella vive en el mundo en el que yo habito parcialmente y lo entendería mejor que ninguna otra persona.

—No me he olvidado del todo. De verdad. Es que han sido unos días de locos.

—Tranquila. Lo harás bien. Encaja a la perfección con lo que te he estado diciendo que deberíamos hacer —me asegura.

—¿El qué? —le pregunto, y admito para mis adentros que soy un desastre como directora general, pero por hoy me lo voy a perdonar.

—Las visitas guiadas y la tienda de regalos. Necesitamos que vengan más personas. Que establezcan un vínculo personal con Seven Sinners. Si ven cómo lo preparamos, si conocen a las personas que dan vida al mejor whisky irlandés del mundo y luego lo prueban, tienen muchas más papeletas de convertirse en clientes de por vida. Será una experiencia que nunca podrán olvidar. De las que se hablan en redes sociales con etiquetas chulísimas. Nos hace falta, Keira.

Me da una hoja de papel impresa, y miro los puntos que hay resaltados.

—Ah, eso.

Inspiro hondo por la nariz y suelto el aire despacio, porque sé que su idea tiene cierto mérito. De hecho, tiene toda la razón del mundo. Pero mi padre se subió por las paredes cuando descubrió que había iniciado la construcción del

restaurante en cuanto me cedió las riendas de la empresa. Si empiezo a llevar visitas guiadas a la destilería y les enseño cómo preparamos el whisky, se le irá la pinza del todo y abandonará la jubilación tan rápido que no me dará tiempo ni a parpadear.

El procedimiento que usamos no es especialmente raro, porque todo el whisky irlandés se hace con un proceso bastante parecido, pero tenemos varios pasos especiales que son propios. Realizar visitas guiadas a la destilería pondría en peligro dichos secretos.

—Sabes que tengo razón —me dice Temperance cuando el ascensor se abre en el piso del restaurante, y pulsa el botón para que las puertas no se cierren mientras yo salgo.

—Lo sé, pero mi padre...

—Tu padre ya no está al mando. ¿Cuántas veces tienes que decírselo a la gente a la semana? —Mi silencio es todo lo que necesita para continuar—. Te lanzaste a un proyecto de construcción enorme sin su consentimiento porque creías en él. Esto ni siquiera es algo tan gordo.

—Pero nuestra propiedad intelectual...

—Estará a salvo. Podemos organizar la visita de forma que todo salga bien.

—¿Y qué me dices del seguro de responsabilidad civil? Los abogados se van a llevar las manos a la cabeza.

Temperance pone los ojos en blanco.

—Déjate de excusas. Ve a cenar con el presidente de la junta de turismo y cuéntale todos los motivos por los que la próxima aventura de Seven Sinners se va a convertir en una de las atracciones más novedosas e inolvidables de Nueva Orleans.

—Y yo que creía que la directora general era yo. —Se lo digo con una sonrisa al tiempo que ella suelta el botón y las puertas del ascensor se cierran.

—Ah, y porque sé que se te ha olvidado, el nuevo presidente de la junta se

llama Jeff Doon. Me dijo que os conocíais. —Su voz se pierde cuando desaparece de mi vista.

Y ella se pierde verme boquiabierta.

Jeff Doon fue mi novio en el instituto. El chico con el que perdí la virginidad junto al dique después del baile de graduación. La experiencia fue el mayor topicazo de la historia, y tan anodina como cabría esperar.

Llevo años sin verlo, pero me mandó una tarjeta y también flores para el funeral de Brett, en la que me decía que podía contar con él para lo que me hiciera falta.

Avanzo dos pasos por el restaurante y lo veo. Él me ve en el mismo instante y casi se levanta de un salto para salir del reservado y esperarme con los brazos abiertos.

«Ay, madre del amor hermoso.»

No quiero ni pensar en lo que hará Mount cuando se entere.

Voy a tener que mentir. No me queda más remedio. O alguien podría «encargarse» de Jeff antes de que amaneciera.

## Mount

MOUNT: ¿Dónde coño estás?

v: Esperando al paquete.

MOUNT: ¿Dónde coño está?

v: Dentro.

Abro la aplicación del móvil para comprobar el sitio exacto en el que se encuentra Keira gracias al localizador que lleva en el candado, que todavía no ha intentado quitarse con una cizalla aunque parezca sorprendente. A lo mejor ha empezado a apreciar su utilidad desde el día que la localizamos en su apartamento.

O a lo mejor ni siquiera se le ha ocurrido usar una cizalla. Eso es lo más probable.

El dispositivo muestra que sigue en el interior del edificio, pero no en su despacho del sótano. Utilizo la aplicación de manera que me ofrezca una vista mejor del edificio. La tecnología es pura magia, porque ahora sé que está en el restaurante.

Miro el reloj. Son casi las siete y media.

Cojo mi otro móvil de la mesa, el que uso para comunicarme con Keira y nadie más, y le envío un mensaje de texto:

MOUNT: Sal por la puerta del edificio dentro de dos minutos o V entrará a buscarte.

Espero para ver alguna indicación de que lo ha leído, pero no veo ninguna.

A la mierda con los dos minutos. Yo no espero a nadie, y Keira debería haber estado en casa hace horas, punto.

Cambio de nuevo de teléfono para darle más órdenes a V.

MOUNT: Sube al restaurante. Descubre qué la ha demorado y acompáñala a la puerta. No espero más.

V: Ahora mismo, jefe.

MOUNT: Avísame cuando esté segura en el coche y vengas de camino.

Después de mi conversación con J y la insinuación de que Keira se había convertido en una debilidad que seguramente no le pasaría desapercibida a otros, estoy más en guardia que nunca. El coche en el que V la lleva al trabajo todos los días tiene cristales a prueba de balas y carrocería blindada. Pesa una barbaridad, razón por la que no lo conduzco. Yo valoro la velocidad, la potencia y la estética, y tengo una extensa colección tanto de coches veloces como de potentes tanques americanos. No discrimino. Los colecciono todos.

Cualquiera que intente quitarme de en medio debe de tener deseos de morir. Sé que el cártel está contrariado, pero tengo información que los destruiría desde dentro, y tardarían años en volver a organizarse si la utilizo. No soy tonto. No hago el menor movimiento sin considerar antes todas las repercusiones.

O, al menos, no lo hacía hasta que llegó ella.

J llevaba razón en una cosa: Keira es distinta. Discute conmigo a cada paso del camino. Su sumisión no está garantizada; pero cuando me la da, es más tierna si cabe. Su cuerpo es tan ardiente como el fuego de su mirada, y es un infierno al que soy adicto.

Joder.

J tiene razón. Necesito aclararme las ideas y descubrir cómo separar las cosas, tal y como siempre he hecho. La presencia de Keira puede absorber mi vida privada, pero mi negocio necesita que yo esté a pleno rendimiento.

Necesito hacer un registro completo de seguridad para asegurarme de que nadie se ha aprovechado de mi momentánea distracción. Hay que actualizar los expedientes de todos los integrantes de mi organización para asegurarnos de que no han desarrollado debilidad alguna que puedan usar con el fin de volverlos en mi contra. Y hay que hacerlo ya.

Le envió un mensaje de texto a J con la orden y obtengo una rápida respuesta.

J: Bien pensado, jefe. ¿A quién quieres usar?

Tenemos dos investigadores que preferirían la muerte a pasar alguna información. Su lealtad está demostrada, al igual que la de todos los demás, en el caso de uno de ellos de forma reciente. El tercer investigador, que fue el que no encontró el anterior certificado de matrimonio de Brett Hyde, se ha jubilado forzosamente.

MOUNT: Úsalos a los dos. Pero sin que sepan que están trabajando en lo mismo. Envíame todos los expedientes según los actualicen. Los revisaré personalmente.

J: Sí, jefe. Me pongo a ello.

Tan pronto como me alejo de la mesa, la vibración del móvil anuncia la llegada de un mensaje de texto y no es el móvil con el que suelo mensajearme con Keira.

v: Ha quedado con un tío. ¿Quieres que la saque de aquí o me espero?

¿Qué coño está diciendo?

Pulso el botón de la mesa para sacar los monitores de los compartimentos donde están ocultos y abro el canal por el que veo la imagen en directo del restaurante de Seven Sinners.

Enfoco la cámara hasta dar con el reservado que ocupa Keira, con su brillante pelo rojo, y un hombre que está sentado frente a ella. Acaba de extender un brazo por encima de la mesa, como si quisiera tomarla de la mano, pero ella la aparta y se la coloca en el regazo.

Le respondo a V:

MOUNT: ¿Quién coño es ese tío?

V: No lo sé.

Estoy segurísimo de que V no se lo va a preguntar a nadie, porque lleva diez años sin hablar.

Capturo una imagen de la cara del tío y se la envío a J.

MOUNT: Quiero su nombre y toda su información. Ya. J: Estoy en ello, jefe.

Las habilidades informáticas de mi mano derecha son increíbles. Con la pasta que me costó que estudiara en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, ya pueden serlo.

Tarda menos de tres minutos en enviarme una respuesta.

J: Mira el correo.

Abro la aplicación, y cada palabra que leo me va cabreando más.  
El móvil vibra con la llegada de otro mensaje de texto.

V: ¿Quieres que la saque de aquí?

MOUNT: No, yo me encargo en persona.

## Keira

He intentado dar por terminada la cena lo más rápido posible, pero tengo la sensación de que, a cada segundo que pasa, recibo otro punto negativo. O, peor todavía, lo recibe Jeff.

Cicatriz debe de estar esperando fuera. Se suponía que no iba a trabajar hasta tarde.

Mount se va a enterar sí o sí.

No soy tan ingenua como para creer que no tendrá el nombre, la dirección, el número de la seguridad social y una biografía completa de Jeff para cuando Cicatriz me devuelva a mi jaula.

Seguramente Mount hasta sepa qué marca de condones usó Jeff cuando me folló, fatal, por cierto, en el asiento trasero del Cadillac de su padre cuando yo tenía diecisiete años.

—Le echaré otro vistazo a la presentación que me mandó tu asistente y me esperaré a que nos digas cuándo estás preparada para empezar. Creo que podría ser algo estupendo, Keira. Nos vendría bien otra atracción en Bourbon Street para la gente que no quiere ir de juerga. Sería algo educativo, y así podrán degustar el excelente whisky irlandés de la ciudad.

Levanta su vaso y yo me obligo a mantener la sonrisa cuando brindamos, aunque en silencio rezo para que Dios lo proteja mientras apuro la bebida.

—Detesto tener que ponerle fin a la cena, y a la conversación tan amena, pero tengo otro compromiso. Muchísimas gracias, Jeff. Temperance se pondrá en contacto contigo en cuanto tengamos todos los detalles.

Me levanto y me aliso la falda, y Jeff hace lo propio y da un paso hacia mí para abrazarme.

—Me alegro mucho de verte, Keira. Ha pasado mucho tiempo. Ojalá que la próxima vez que nos veamos podamos ponernos al día y no solo hablar de negocios.

Asiento con la cabeza porque es lo único que puedo hacer mientras rezo para no estar firmando su sentencia de muerte.

—Estaremos en contacto, no me cabe la menor duda. Deberías quedarte y beberte otra copa. Te invito.

—¿No podrías cambiar ese compromiso y quedarte conmigo?

—Por desgracia, no puedo.

La sonrisa deslumbrante de Jeff se apaga un poco, pero yo mantengo la mía antes de despedirme con otro gesto de cabeza. Me doy la vuelta y cruzo el restaurante, sonriéndoles a los demás comensales sin verlos realmente, pero no me detengo a charlar con nadie antes de pulsar el botón del ascensor.

El trayecto hasta el sótano me parece una eternidad, y no dejo de golpear el suelo con un pie, cubierto por un zapato de tacón que Mount me ha dejado en el vestidor, unos taconazos que son un poco menos provocativos que los de ayer.

Cuando por fin se abren las puertas, corro por el pasillo y abro la puerta de mi despacho, hablando sola:

—Solo tengo que coger el bolso, llegar hasta Mount y explicarle que...

—¿Qué tienes que explicarme exactamente?

La voz ronca, tan familiar, brota de la oscuridad. El corazón me da un vuelco en el pecho, adonde me llevo una mano.

—Por el amor de Dios, me has dado un susto de muerte.

—Te lo mereces. Porque tienes treinta segundos para explicarme por qué

estabas cenando con tu follamigo del instituto en vez de volver temprano como te ordené.

—No es como lo...

Mount enciende la lámpara de la mesa, recordándome a la primera vez que lo vi ahí sentado, en mi sillón. En aquella ocasión, el pánico más atroz me corrió por las venas. Esta noche siento miedo, sin duda, pero no por mí. Sino por otra persona.

—Acércate.

Cruzo el suelo agrietado, y mis pasos resuenan en el silencio del despacho.

—No es...

—He cambiado de idea. No quiero una puta explicación. Quiero tener tu culo delante ahora mismo. —El sillón se desliza por el suelo de cemento cuando Mount se aparta de la mesa y se pone de pie.

Cierro la boca con fuerza, porque no quiero cabrearlo, y tampoco quiero que Jeff sufra las consecuencias que ni siquiera sabía que había. Mis pies obedecen a Mount mientras intento explicarme.

—Ha sido una reunión de negocios. Es inocente, te lo juro por Dios. Déjalo tranquilo.

No me doy cuenta de que estoy a su alcance hasta que Mount me agarra de una muñeca y me pega a su torso.

—¿Inocente? ¿De verdad crees que tenía pensamientos puros mientras te miraba? Ni de coña.

—Ha sido una reunión de negocios —insistí—. Por favor, no le hagas daño. No ha hecho nada para merecérselo.

Mount levanta una mano y me sujeta la barbilla. Me mira fijamente a los ojos, como si me estuviera analizando la mente para averiguar la verdad.

—Te lo juro, no te miento.

Me mira a la cara, y debe de encontrar en mi expresión algo que lo

tranquiliza, porque me suelta.

—Te creo.

Sus palabras me dejan de piedra.

—¿De verdad?

—Mientes de pena en el mejor de los casos. Y he visto la grabación. Puede que él quiera follarte, pero no te estaba amenazando. Está a salvo.

Suspiro, aliviada.

—Grac...

Antes de poder terminar la palabra, Mount me da la vuelta y me agarra de la nuca para inclinarme hacia delante, hasta que toco la mesa con el pecho.

—Pero eso no quiere decir que no me sienta en la necesidad de recordarte que soy el único hombre que te toca. —Se inclina sobre mí y sus palabras suenan contra mi oreja—. ¡Eres mía!

Suelto el aire con fuerza, pero no por el miedo. De hecho, debería avergonzarme lo rápido que mi cuerpo cambia de opinión. En el fondo, en ese fondo oscuro y secreto, esto es lo que siempre he deseado. Siempre. Un hombre que me desee con esta ferocidad y que se asegure de dejarme claro que le pertenezco a él y solo a él.

Pero ¿por qué tiene que ser este hombre?

Es una pregunta para la que no tengo respuestas; de todas maneras, soy incapaz de no irme de la lengua. Mount es lo que espera. Y, por algún motivo, mi rebeldía hace que todo sea más excitante si cabe.

—No eres mi dueño.

Mount me levanta el bajo del vestido y me baja el tanga.

—En eso te equivocas, joder.

Me azota la nalga derecha con la mano, con la fuerza justa para que me pique, pero no para provocarme dolor. En cambio, un ramalazo de deseo se extiende por la piel, y mis músculos internos se contraen por la sensación que

he empezado a anhelar. Mount me da un azote tras otro antes de detenerse y masajearme el culo y el erótico dolor que ha provocado.

Intento contener un gemido, pero se me escapa sin querer. Me mete una mano entre las piernas y gruñe al encontrarme mojada.

—Puedes negarlo todo lo que quieras, pero los dos sabemos que esto te encanta. A diferencia de esa boca tuya, tu cuerpo siempre dice la verdad.

No puedo replicar, porque tiene razón. Me encanta. Cuando me suelta un instante, intento incorporarme, pero me sujeta de los hombros.

—No he dicho que te pudieras mover. Falta mucho para que terminemos.

Siento un escalofrío y se me endurecen los pezones tras el encaje del sujetador cuando me obliga a inclinarme de nuevo. Me toca como el hombre de la noche del baile de máscaras. El que me poseyó contra la pared, sin dejar que me diera la vuelta en ningún momento. El hombre que me dio todo lo que necesitaba, y por aquella noche, creía haberme fugado con él.

Ahora sé que me equivoqué. Que me equivoqué en todo... salvo en esto.

Esto es lo que deseo. Es lo que necesito.

El ruido de la cremallera de Mount rompe el silencio entre los desaforados latidos de mi corazón, haciendo que la expectación por sus caricias me consuma. Me mete un dedo y me acaricia el *piercing* hasta que me retuerzo sobre la mesa. Después, aparta el dedo para acariciarme el culo.

—¿Dónde está el dilatador?

—Me lo saqué como me ordenaste.

—¿Dónde está?

Me humedezco los labios mientras sopeso cómo contestar la pregunta. Mount me da un apretón en el culo, que me sigue escociendo.

—En el último cajón de la izquierda, con el lubricante. Lo limpié antes de envolverlo y esconderlo.

—Buena chica. Porque ahora vas a saber lo que es que te follen los dos

agujeros a la vez.

Me mojo todavía más. Otra de mis fantasías secretas.

Me suelta y abre el cajón que le acabo de indicar. Pasan unos segundos, y siento el lubricante en el culo antes de que me meta el dilatador mientras me acaricia el coño. Me cuesta la misma vida no retorcerme en la mesa y suplicarle.

Mount me agarra del pelo y me obliga a volver la cara para verme la expresión. Menea la cabeza, con los ojos muy brillantes y una sonrisa arrogante en los labios.

—Joder, estás hecha para mí.

Con esa sorprendente declaración, me acerca la polla y me mete la punta.

—¡Dios! —Me sale un hilo de voz por la sensación de plenitud, pero el gruñido de Mount se impone cuando me penetra un poco más.

—Casi no me entra la polla en este coño tan estrecho con el dilatador. Me cago en la puta.

Estoy perdiendo la cabeza, el placer barre cualquier pensamiento coherente mientras Mount me penetra despacio y empieza a follarme con ganas, inclinada sobre mi mesa, hasta que me reduce a un cuerpo que solo es capaz de suplicar y gemir.

El orgasmo me asalta un segundo antes de que él se corra, y luego en el despacho solo se oyen nuestras respiraciones agitadas.

## Keira

Esperaba disfrutar de los efectos de uno de los mejores orgasmos de mi vida durante más de dos minutos, pero las cosas no fueron así. En cambio, me paso echando humo por las orejas todo el trayecto de vuelta al complejo de Mount.

Después del intenso y desatado encuentro en mi despacho, me acompañó al coche y me metió en la parte posterior, tras lo cual cerró la puerta sin darme la menor explicación más allá de: «Cambio de planes. Tengo una reunión de negocios.»

¿Cambio de planes porque ya me ha follado y ya no me necesita más esta noche? Me dan ganas de aporrear algo, pero la parte trasera del asiento de Cicatriz no va a satisfacerme.

—Ojalá pudieras hablar, joder, porque a lo mejor así podrías ayudarme a entender cómo funciona su cabeza. Si cree que va a conseguir algo arrojándome de esta forma en el asiento trasero de un coche, se equivoca de parte a parte.

Odio que me tiemble la voz y me digo que es por la furia y no por la amenaza de las lágrimas.

¿Cómo es posible que lo desee tanto? ¿Cómo es posible que crea que es el único capaz de darme todo lo que necesito desde el punto de vista sexual? Bueno, pues le falta una pieza importante del rompecabezas, porque no tiene ni la menor idea de cómo satisfacer las necesidades emocionales de nadie.

Una vez que Cicatriz me deja en la *suite* de Mount, entro hecha una furia y

voy directa al cuarto de baño, lista para quitarme de encima ese olor que no puedo sacarme de la cabeza. Un ruido procedente del vestidor me distrae y me doy media vuelta al tiempo que suelto un chillido.

—¿Quién eres? —exijo saber.

En el vestidor hay un hombre mayor con el pelo canoso y un bigote a juego, ataviado con un traje de raya diplomática, con lo que parece una plancha de vapor vertical en la mano.

—Ah, lo siento. Me informaron de que llegaría usted tarde y pensé que tendría tiempo para organizar las cosas.

En ese momento me percaté de los cambios en el vestidor. Ya no está lleno con los trajes y las camisas de Mount, colocados de forma pulcra en las perchas. Un tercio del espacio está ocupado por ropa femenina. Vestidos, faldas, blusas, pantalones y más.

La sorpresa se me debe de reflejar en la cara, porque el desconocido suelta la plancha y deja un precioso vestido negro parcialmente arrugado.

—Soy G, el sastre del señor Mount. Y supongo que si estuviéramos en Inglaterra, tal vez sería una especie de ayuda de cámara. Me encargo de su guardarropa, y ahora también del suyo.

Parpadeo unas cuantas veces mientras contemplo la preciosa ropa colgada en el vestidor de Mount. Este hombre, G, sigue hablando, aunque yo todavía no he replicado.

—Siento haberla asustado. No ha sido mi intención. Me iré ahora mismo y no la molestaré más.

Recoge todas sus cosas con eficiencia, como si lo hubiera hecho cientos de veces, y se dirige hacia la puerta, donde sigo yo. Tengo la impresión de que no suele entrar por la puerta normal, sino por alguna entrada secreta que yo todavía desconozco.

Sigo sin encontrar las palabras adecuadas para replicarle, pero me aparto

para dejarlo pasar. En vez de seguir caminando, G se detiene en el vano de la puerta del vestidor.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

Asiento con la cabeza, pero él parece seguir preocupado. Sé que quiere preguntarlo de nuevo para asegurarse, pero en cambio recoge la plancha y sale de la estancia. No me muevo hasta que oigo que cierra la puerta principal.

Una vez segura de que se ha marchado, entro en el vestidor, extendiendo un brazo y acaricio las lujosas telas. Son todas preciosas, pero eso no significa nada.

Hasta este momento solo he disfrutado de un conjunto de ropa en cada ocasión. Uno a uno. Como si lo que está sucediendo fuera algo temporal. Este guardarropa completo que tengo delante no tiene nada de temporal. Más bien todo lo contrario.

Me tiembla el cuerpo mientras me deslizo por la cajonera central y me siento en el suelo, sobre la mullida moqueta. Me abrazo las rodillas e intento detener los temblores, pero no lo consigo.

Todas las emociones de la noche me invaden con la fuerza de un maremoto al que no estoy preparada para enfrentarme.

¿Qué le está pasando a mi vida?

Se supone que este trato llegará a su fin y que las cosas volverán a ser como antes de que conociera la existencia de Mount. Al principio, cuando le exigí una fecha concreta, se negó a dármele.

Me muerdo el labio mientras siento el escozor de las lágrimas en los ojos.

¿Y si nunca deja que me marche?

Me paso una mano por los párpados mientras asimilo lo que eso podría significar.

Una pérdida total de mi independencia.

La imposibilidad de ser sincera con mi familia.

La muerte de todos mis sueños.

¿Cuánto tiempo pasará antes de que pierda por completo la esencia que me hace ser como soy?

Creí que podría enfrentarme a él, que era lo bastante fuerte como para no desmoronarme. Pero nunca he estado tan equivocada, y ese error me va a costar carísimo.

Apoyo la frente en las rodillas y dejo que las lágrimas salgan. Si fuera un ser humano decente, esta noche estaría llorando la muerte real de mi marido.

En cambio, lloro por la pérdida de mi propia vida.

## Mount

Cuando le digo a Keira que mis planes de esta noche han cambiado porque tengo que ocuparme de unos asuntos y la mando con V a casa, es una mentira a medias.

Veo la confusión en su cara, pero da igual. Tengo que alejarme de ella. Las palabras de J siguen resonando en mi cabeza, y sé que lo que ha pasado esta noche ha desviado todavía más las cosas del rumbo que deberían tomar.

¿Separar la vida privada del trabajo? Joder, tendré suerte si puedo mirar cualquier mesa sin que se me ponga dura al pensar en Keira inclinada sobre ella.

Pese a la mentira que le he contado, se han contado demasiadas verdades en su despacho. Le encanta lo que le doy y está a un paso de admitirlo, aunque no tiene que hacerlo. Lo veo en sus reacciones. Su cuerpo responde ante mí como nadie lo ha hecho antes. Estaba hecha para mí, lo supe la noche del baile de máscaras. Por eso tenía que poseerla de nuevo, pero me hicieron esperar demasiado.

Trabajar. Eso es lo que necesito.

Aunque el casino no está tan lleno como lo estará dentro de un rato, me paseo por la sala y me detengo para ver cómo los crupieres deslizan las cartas por los tapetes verdes en una mesa tras otra y cómo la ruleta da vueltas mientras la bola salta entre las casillas negras y rojas, y las dos verdes. En la mesa de dados, una chica los sopla para un jugador antes de que este los lance, y luego lo oigo gemir cuando lo pierde todo.

Estrecho las manos de varias personas y veo cómo mueven los labios, pero no me entero de lo que dicen. Estoy demasiado distraído. Las luces y los sonidos del casino solían fascinarme, pero no bastan para impedirme pensar en ella.

En menos de diez minutos, podría estar en mi dormitorio, a ser posible con Keira debajo de mi cuerpo y su melena pelirroja otra vez sobre mi almohada. Salvo que, en esa ocasión, sus ojos verdes me mirarían con rebeldía hasta que me enterrase en ella. Después me mirarían con dulzura, con deseo, porque necesitaría, y me suplicaría, lo que solo yo puedo darle.

Se me pone dura al pensarlo, así que descarto la idea. Porque no voy a hacer eso. Me voy de aquí.

Entro en la sala de seguridad, les recuerdo que vigilen con atención a unos cuantos invitados y salgo por el panel deslizante que hay en la pared.

Tomo el camino más largo para dirigirme al garaje emplazado en la zona norte del complejo. Esta noche necesito dar una vuelta en coche para despejarme la cabeza, y nada como conducir mi Chevelle para eso.

Mientras recorro el laberinto de pasadizos para llegar, veo una persona conocida que se dirige hacia sus propias habitaciones.

—¿G?

El anciano levanta la cabeza y se detiene.

—¿Señor? ¿Necesita de mis servicios?

—No. ¿Cómo ha ido?

—He podido planchar casi todo, pero la señora Kilgore volvió antes de lo esperado, por lo que tengo que terminar el trabajo. Eso sí, estará todo listo mañana. —Hizo una pausa antes de añadir—. Se ha sorprendido bastante al ver el vestidor. Ha sido más que sorpresa. En realidad, se ha alterado mucho.

G es una de las pocas personas en las que confío, de modo que le pregunto:

—¿Se ha alterado?

—Mucho. Al parecer, no habría estado mal que la pusieran sobre aviso.

La mayoría de las mujeres, al menos en mi experiencia, estaría encantada de recibir una enorme cantidad de ropa de diseñador como la que le he encargado a G que le consiguiera a Keira. No debería sorprenderme que ella haya reaccionado de forma totalmente distinta.

—Ya me ocupo yo de ella.

G asiente con la cabeza y aprieta los labios, que desaparecen bajo su bigote canoso.

—¿Qué pasa? Me doy cuenta de que quieres decirme algo más.

Se toma su tiempo, como si estuviera sopesando las palabras con mucho cuidado.

—Parece distinta a las otras, señor. Todo esto parece distinto.

Es casi una cita literal de lo que J me ha dicho antes.

Abro la boca para decirle a G que no es distinta, que solo son las circunstancias. La deuda. Es el único motivo de que esté haciendo todo esto. Pero él es una de las pocas personas que sabe cuándo miento. De modo que, en cambio, le digo la verdad.

—Lo es. Todo lo es. Y no sé qué coño estoy haciendo.

No admito las debilidades. Siempre irradio un control absoluto. No se puede mantener el poder como lo he hecho yo sin hacerlo. Pero G es distinto. Su lealtad es incuestionable.

—En ese caso, ¿me permite una sugerencia?

—Adelante.

—Parece la clase de mujer a la que hay que tratar con más cuidado.

—No le he hecho daño. —Mi voz adquiere un tono acerado.

G menea la cabeza.

—No, no, nunca insinuaría algo así. Lo que quiero decir es que... es que usted sabe que es distinta. Eso implica que tiene que tratarla de forma distinta.

Me paso una mano por el pelo.

—Lo hago. Y ahí está el puto problema.

—Con todo respeto, señor, no entiende lo que le quiero decir.

—Pues dilo sin rodeos, hombre. Explícamelo clarito, porque es evidente que no capto las indirectas.

—¿Alguna vez ha tenido que cortejar a una mujer?

Lo miro como si me acabara de pedir una papelina.

—¿Cortejarla?

—Sí. Incitarla, seducirla... pero no en el plano sexual, sino en el emocional. Conquistarla. Demostrarle que ella es distinta al darle algo que necesite o que desee.

Sopeso sus palabras mientras sigue hablando.

—Si lo piensa, llegar a su mundo desde fuera ha debido de ser una transición muy difícil, sobre todo en estas circunstancias. Usted ostenta una posición que muy pocos hombres pueden alcanzar, una posición que conlleva gran responsabilidad y peligro. Tal vez debería demostrarle que dicha posición también conlleva ciertas ventajas. Convencerla de que hacer la transición no está exento de premio.

Sé a lo que se refiere G. Al menos, creo que lo sé.

Le he quitado a Keira todo el control que tenía, y se ha enfrentado a mí a cada paso del camino. Su fuego interior es lo que me atrajo de ella, pero si sigo presionándola, hay peligro de que dicho fuego se extinga. Y eso no es ni mucho menos lo que quiero.

«¿Qué coño quiero?» G no podrá responder a esa pregunta, así que no tiene sentido dejar que se quede aquí plantado, en el pasadizo.

—Gracias. Aprecio tu sinceridad.

—No hay de qué, señor. Estoy siempre a su servicio —replica G, que sigue su camino.

Sus palabras me hacen pensar tanto como las de J, pero sus consejos me llevan en direcciones distintas.

Me dirijo al garaje, más decidido que antes a salir de aquí echando leches para así poder aclararme las ideas en algún sitio que no me recuerde a Keira Kilgore.

## Mount

El ruido del motor del Chevelle es exactamente lo que necesitaba, pero en vez de conducir sin rumbo fijo, me lleva a un lugar que llevo un tiempo sin pisar, y eso es algo que necesito rectificar. La mayor parte de mi vida tiene lugar en las sombras. La gente susurra mi nombre, como si tuviera miedo de que, al pronunciarlo, pudiera aparecer en su puerta. A veces eso es lo que pasa.

Pero por suerte para mí, hay lugares que bordean las sombras donde puedo ir sin temor a que me molesten al tiempo que cultivo los contactos necesarios para seguir expandiendo mi imperio. El Club Jackson es uno de esos sitios.

Se rumorea que lo fundó Andrew Jackson en persona a principios del siglo XIX, pero la historia y el pedigrí del club me la pelan. Lo único que me interesa es la exclusividad del lugar y la regla que lo define como un lugar neutral. Un sicario podría ver a su víctima en el club y si se le ocurriera hacer el menor movimiento, la penalización sería la muerte. Todos los miembros tienen derecho a poner en práctica dicha regla. Es la única manera de mantener el orden en el club y de permitir que algunos de los hombres más poderosos del mundo se sientan tranquilos tras sus sagradas puertas.

He oído que hay una lista de espera de varios años para formar parte del selecto club, pero hay unas cuantas cosas que pueden ayudarte a situarte en los primeros puestos con rapidez: poseer millones, tener un buen pedigrí o ser famoso. Por suerte para mí, yo soy el dueño de esta ciudad. Jamás me negarían la entrada. Además, el gerente actual es un conocido. Quade Buck dirige el

club de forma eficiente, y hasta ahora me ha sido imposible engatusarlo para que lo deje y dirija mi casino. No lo culpo. Yo tampoco querría trabajar para mí. Una cagada importante puede costarle la vida a alguien.

Quade me saluda desde detrás de la barra en cuanto entro en la estancia, de paredes forradas con paneles de madera oscura. El club se reforma todos los años, y las cuotas de los miembros se reflejan en dichos cambios. Es un refugio masculino del mundo exterior. El ambiente está dominado por los muebles macizos de madera y por el olor de los puros que flota en el aire y que el sistema de ventilación no acaba de absorber. Aunque veo un sinfín de rostros conocidos mientras echo un vistazo por la estancia, decido acercarme primero a Quade. Necesito una copa.

—¿Cuándo vas a dejar de hacer turnos de camarero? Si trabajaras para mí, no tendrías que servir otra copa más durante el resto de tu vida.

Quade me responde como de costumbre, con su risa ronca.

—No me importa servir copas. El orgullo no me impide trabajar. Además, de esta manera siempre estoy al tanto de lo que ocurre en el negocio y con la gente que lo frecuenta. ¿Vas a beber esta noche?

—Desde luego.

Mientras Quade se da media vuelta para coger la que sabe que es mi marca de whisky escocés preferida, veo una botella en la estantería que me llama la atención. Whisky irlandés Seven Sinners.

Joder, me sigue hasta aquí.

Quade, que no se pierde una, sigue la dirección de mi mirada hasta la estantería a través del espejo.

—¿Vas a cambiar esta noche? —Desvía la mano para coger la botella de Seven Sinners por el cuello al tiempo que levanta una ceja.

Estoy a punto de decirle que esta noche ya he disfrutado de lo mejor que puede ofrecer Seven Sinners, pero me muerdo la lengua.

—No. Quiero lo de siempre.

Los ojos de Quade me observan con atención mientras coge la botella de whisky escocés y me sirve tres dedos exactos. Una vez que desliza el vaso por la barra, se apoya sobre la gruesa y envejecida superficie de madera.

—¿Qué te trae por aquí? Hace meses que no vienes.

—He estado ocupado con ciertos problemas.

Se aparta de la barra y cruza los brazos por delante del pecho.

—¿Problemas? Creía que los hombres a tu nivel no los tenían.

Suelto un resoplido, que es una mezcla de risa y gruñido.

—Ojalá fuera verdad. Ya está todo solucionado. No hay alternativa.

—Has dejado la tierra quemada, ¿verdad? Por eso eres famoso.

—No siempre funciona.

Quade arroja el paño al fregadero y me observa un instante en silencio antes de volver a hablar.

—Según se comenta por el club, V va y viene mucho últimamente a cierta destilería de la ciudad. —Señala con la cabeza la botella de Seven Sinners de la estantería, como si su comentario necesitara explicación.

La advertencia de J era certera. La gente se ha percatado y está hablando, y eso no es bueno.

—¿A quién coño le importa lo que haga V?

Quade cruza los brazos por delante del pecho otra vez.

—A mucha gente, según parece. No es habitual que tú pongas tu marca en un local concreto.

—¿Qué se dice por ahí? —Necesito saberlo, porque a lo mejor la estrategia de arrasar la tierra y quemarla puede ser necesaria para acabar con las habladurías.

—Pues se habla de chantaje, extorsión, secuestro e incluso de servidumbre

obligada. —Me observa con atención—. Viniendo de ti, no me cuesta trabajo creerme cualquiera de las opciones.

El alivio me inunda, porque mi obsesión no ha salido a relucir.

Al ver que no replico, me pregunta:

—¿Vas a decirme qué está pasando realmente, Mount?

Me llevo el vaso de whisky escocés a los labios y bebo un sorbo. Nada más probarlo, deseo haber elegido el irlandés.

¿Qué coño me está haciendo Keira?

—¿Importa mucho?

Él se encoge de hombros.

—Llámalo «curiosidad». Nadie daba crédito cuando Brett Hyde consiguió entrar en esa familia. Más de un miembro del club no se ha apenado precisamente de que la dueña vuelva al mercado.

Contengo las ganas de decirle que Keira no está en el puto mercado y que no va a estarlo de momento. Antes de poder dar con una respuesta adecuada, un hombre de hombros anchos se sienta en un taburete cercano al mío.

—He estado esperando a que salieras de tu complejo para poder hablar de la venta de una de tus propiedades del Barrio Francés. Me niego a hacer todas esas gilipolleces de la contraseña y el apretón de manos para conseguir verte, pero tampoco tengo mucha paciencia para esperar.

Me vuelvo para ver cómo Lucas Titan desliza un vaso vacío hacia Quade.

—Buck, ponme otro. —Se vuelve hacia mí y dice—: Bueno, ¿qué te parece? ¿Estás dispuesto a recibir ofertas?

No tengo ni idea de la propiedad a la que se refiere, pero da igual.

—Estoy convencido de que sabes que rara vez vendo alguna de las propiedades que adquiero.

—Ya, entiendo eso de mantener lo que es tuyo, pero esto es para mi mujer, así que te haré una oferta ventajosa.

—¿Qué propiedad?

Titan acepta el vaso, ya lleno, de parte de Quade y bebe un sorbo.

—No te preocupes, no forma parte de tu complejo. Está a un par de calles de distancia.

—¿Para qué narices lo quiere tu mujer? —Tampoco es que me interese saberlo, pero dada mi posición, cuanta más información, mejor.

Quade desaparece hacia el otro extremo de la barra antes de que Titan conteste.

—Todavía no sabe que lo quiere. Pero lo hará. Su tienda va de lujo. Dentro de poco tendrá que expandir el negocio, y cuando se dé cuenta de que necesita espacio, quiero tenerlo todo arreglado. Será un sorpresón, porque estoy seguro de que nunca me lo pediría.

La mujer de Titan se parece mucho a una que yo conozco. Hago memoria en busca de alguna información sobre la pareja.

—¿Tu mujer es a la que sorprendiste con una boda de manera que no le quedó más remedio que casarse contigo en aquel momento? —le pregunto.

La historia fue la comidilla de Nueva Orleans durante meses, porque Titan debe de ser el único hombre de la ciudad que tenga casi tanto dinero como yo.

Bebe otro sorbo, pero la sonrisa de su cara no deja lugar a dudas. Contesta después de tragar.

—Hice lo que tuve que hacer para conseguirla. Es terca como una mula, y no me arrepiento de nada.

—Está claro que funcionó. —Señalo con la cabeza su alianza—. No me parece un mal plan.

Titan me mira con renovado interés.

—¿Te estás planteando intentarlo?

—Creo que ahora mismo estaría más dispuesta a matarme mientras duermo.

—Lachlan Mount con problemas de faldas. —Titan se echa hacia atrás en el

taburete, con cara de chulo—. En la vida pensé que llegaría este día.

—Vete a la mierda.

En vez de dejar el tema, se echa a reír.

—Permíteme ofrecerte un consejo que no me has pedido. Deja el ego en la puerta. No va a servirte de nada en esta batalla.

—Y tanto que no te lo he pedido.

Bebo un sorbo de whisky y llego a una decisión instantánea. A la mierda. Titan no se va a ir de la lengua. Tiene algo que perder si me cabrea.

—Digamos que tengo problemas y que decido controlar el ego. Después, ¿qué?

Titan se encoge de hombros con indiferencia.

—Descubre lo que ella desea y dáselo.

—Como si fuera así de sencillo, joder —replico con una brusca carcajada.

—Lo es si la escuchas. Porque va a decírtelo. A lo mejor no lo hace abiertamente, pero no has llegado adonde estás sin ser capaz de leer entre líneas.

Sopeso sus palabras. Parece demasiado simple.

«Escucha. Descubre lo que desea. Dáselo.»

Con Keira nada puede ser simple. ¿O sí? ¿Qué narices es lo que desea por encima de todo lo demás?

Mi voz interior no pierde tiempo y me ofrece una respuesta que me cabrea: «Su libertad. No estar ligada a ti por una deuda.» Bueno, pues menuda putada, porque no pienso cambiar ninguna de esas circunstancias, así que tendrá que ser otra cosa.

—Bueno, ¿me vas a vender ese edificio o qué?

Salgo del club después de haber llegado a un trato con Titan para venderle el edificio, y mi cerebro ya está trabajando para encontrar la respuesta a la pregunta del millón.

¿Cómo descubro qué es lo que más desea Keira?

Sea lo que sea, se lo daré. Nunca ha visto la ventaja que supone contar con los recursos infinitos que tengo a mi disposición.

Ya va siendo hora de cambiar eso.

## Keira

Cuando me despierto a la mañana siguiente, me echo un sermón de los gordos. «No voy a dejar que me controle. Cree que es mi dueño, pero nunca lo será.» Lo repito lo suficiente para convertirlo en un mantra.

La almohada de al lado tiene la marca que indica que alguien ha dormido ahí esta noche, pero no lo recuerdo. Si Mount ha dormido aquí, desde luego que no se molestó en despertarme. Algo positivo seguramente, porque tenía las tijeras de uñas en la mesita de noche y podría haberlas usado para intentar apuñalarlo si me tocaba.

Me paro en seco una vez en el cuarto de baño cuando esa idea se me pasa por la cabeza y me miro al espejo.

Parezco la misma, pero, joder, ¿no me comporto como una lunática sangrienta? Es por la influencia de Mount, seguro, pero estoy convencida de que nunca había pensado algo así. Tal vez.

Recuerdo la vez que Jury sabotó la cita que yo tenía con el capitán del equipo de fútbol cuando estaba en cuarto de secundaria y, en vez de acabar en una fiesta con él, el coche se le paró en la cuneta y tuvimos que pedirle ayuda a un vecino. No supe que Jury le había echado azúcar en el depósito de combustible hasta el día siguiente, cuando me quejé de que seguro que nunca volvería a salir conmigo porque era gafe para su adorado Mustang.

Cuando Jury me miró a través del espejo y me dijo sin rodeos lo que había hecho, cogí el objeto más afilado que tenía a mano, el puntiagudo mango de mi brocha de maquillaje, y lo agité en su dirección.

—¿Por qué me has hecho algo así?

—Porque les dije a todos sus amigos que iba a echarle un polvo. El próximo fin de semana pensaba hacerlo con Imogen, y el mes que viene lo haría conmigo. Lo llamó el «tripleto Kilgore», que al parecer es un desafío apto para un jugador de fútbol. Pero ni de coña va a pasar mientras yo pueda impedirlo.

Así que, en definitiva, solo Mount y Jury me provocan ganas de apuñalar a alguien. Y a veces Imogen, cuando se comporta como si su mierda no oliera. Pensar en mis hermanas me da ánimos, pero también me desanima que no hayamos mantenido una relación más estrecha como adultas.

Con esa deprimente idea, tardo una eternidad en ducharme antes de ir al vestidor que casi me destrozó anoche. Me niego a decir que me destrozó, porque eso le daría a Mount demasiado poder. Tardo un buen rato en decidir qué ponerme, y luego me pongo la ropa como si fuera una armadura.

Cuando termino y entro en el dormitorio, veo a Mount apoyado con gesto relajado en la jamba de la puerta de su despacho, que suele estar cerrada. Está increíble con un traje gris oscuro de tres piezas que hace que sus ojos parezcan más claros de lo habitual. También tiene una caja negra en las manos.

«Dichosas cajas negras.»

—Si es otro dilatador anal, desde ya te digo en qué culo no va a entrar esta mañana.

Le tiemblan las comisuras de los labios, pero no sonrío... aunque sus ojos sí tienen una expresión risueña.

Eso es nuevo. Como también lo es el buen humor que veo en sus ojos, tan distinto de la amenazadora oscuridad.

—No me tientes a ir a por la otra caja —replica—. Porque no bromeaba cuando te dije que hay más de uno.

«Vale, no es un juguete sexual.»

—¿Qué es?

Me ofrece la caja.

—Un regalo.

—No necesito nada más que añadir a la deuda, muchas gracias. —Enderezo la espalda, y sé que sueño como una zorra estirada, pero no puedo evitarlo. Es la única defensa que tengo contra él.

El buen humor desaparece de sus ojos, pero no empieza a darme órdenes de inmediato, tal como espero que haga.

—No es eso. De ahí que haya usado la palabra «regalo». —Se me acerca, me pone la caja en las manos y, después, cruza el dormitorio y sale por la puerta antes de que pueda replicar.

Miro fijamente la caja como si contuviera todos los misterios del universo, porque, la verdad, no tengo la menor idea de lo que estoy sosteniendo ahora mismo.

Con cuidado, levanto la tapa y echo una miradita.

Es un contrato. Entre una empresa que no reconozco y Seven Sinners por la compra de seis mil cajas al año de nuestro whisky más caro.

¿Qué coño es esto?

¿Seis mil cajas? Hago los cálculos mentalmente. Eso me daría suficiente margen durante un par de meses, y no tendría que tocar los quinientos mil dólares que Mount metió en la cuenta de gastos.

Pero ¿dónde está el truco? Con Mount, siempre hay truco.

Reviso el contrato a toda prisa. Es un acuerdo de distribución con todas las condiciones habituales que esperaría ver.

Cuando llego a la última página, algo me llama la atención. En concreto, mi nombre. El contrato solo será válido siempre que yo sea la persona de contacto durante la duración del acuerdo de distribución, que será renovado anualmente de forma automática con cantidades cada vez mayores a menos que

alguna de las partes indique que desea ponerle fin. La firma es un garabato que no puedo identificar.

Entro en el dormitorio en tromba, pero Mount ya se ha ido.

—¡Joder! ¡Tengo que hacerte unas cuantas preguntas! —grito, pero es evidente que no me oye.

Giro el pomo para salir, aunque espero que la puerta esté cerrada con llave. Cuando se abre de golpe, casi me caigo de culo. Veo que Mount se acerca a una esquina del final del amplio pasillo.

—¡Oye! ¡Que no hemos terminado de hablar!

Veo que sus anchos hombros se detienen despacio antes de darse media vuelta para mirarme. Aunque está a más de diez metros, puedo ver su expresión. No hay ni rastro del buen humor de antes, cuando me dio la caja.

Sus largas zancadas recorren la distancia entre nosotros más deprisa de lo que esperaba.

Ay, mierda... Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta e intento aparentar seguridad, aunque me siento como un novillero delante de su primer toro.

A lo mejor debería pensarme bien lo de gritarle al tío más acojonante de toda la ciudad.

## Mount

La agarro del brazo con firmeza para llamar su atención, pero no con demasiada fuerza para no hacerle daño ni dejarle marca, mientras abro la puerta del dormitorio con brusquedad.

No recuerdo la última vez que alguien me gritó de esa manera y me dijo que no habíamos acabado de hablar.

Solo ella se atrevería.

Y lo tengo en la punta de la lengua para decírselo, pero recuerdo las palabras de Titan.

«Deja el ego en la puerta.»

Cuando la suelto, Keira se aleja con la espalda muy tiesa, dejando clara la actitud desafiante que tanto me esfuerzo por doblegar, pero en su expresión hay algo más mientras espera a que yo hable. Temor.

Odio que me mire así. Ya no quiero que me tema como todos los demás. Eso no me provoca satisfacción alguna.

Cierro la puerta y me apoyo en ella con los brazos cruzados por delante del pecho. Sus ojos siguen todos mis movimientos, como si estuviera esperando que la atacara en venganza, y esa certeza aviva las llamas de mi fogoso temperamento.

—Vamos a retomar la conversación, desde luego que sí.

El miedo de Keira se transforma en confusión, y me parece estupendo. Aunque no quiero que me tenga miedo, no me siento culpable por hacer que no

sepa nunca a qué atenerse. Eso significa que tengo una oportunidad para inclinar la balanza a mi favor.

Me entrega el contrato.

—¿Qué es esto?

—Estoy segurísimo de que sabes leer.

Frunce el ceño por la frustración.

—Sabes que no me refiero a eso. ¿Por qué me has dado esto?

Juro que no ha existido jamás una mujer tan difícil de complacer como ella. Mantengo un tono de voz lánguido mientras le contesto:

—¿No prefieres vender seis mil cajas más al año? Si no es así, estoy seguro de que el comprador puede encontrar otro proveedor...

Keira me interrumpe.

—Por supuesto que quiero, pero ¿quién narices va a comprarlas? ¿Y cómo lo has conseguido?

Me aparece un tic nervioso en el mentón mientras me controlo para no ponerle fin a su interrogatorio. Nadie me hace tantas preguntas. Y no sé por qué narices se lo permito a ella.

La voz de mi conciencia me pone en mi sitio: «Sabes muy bien por qué.»

—El distribuidor busca proveedores de licor de prestigio por todo el país.

—Nunca había oído su nombre y conozco a todos los importantes.

—Está claro que no los conoces a todos.

—¿Es tuya la empresa?

Sopeso la posibilidad de mentir, pero ¿para qué?

—Sí.

Tuerce el gesto. Su cara es un libro abierto, y salta a la vista que no ha terminado de interrogarme.

—¿Por qué haces esto? No tiene sentido. Seguro que el trato conlleva ciertas condiciones. Sé que contigo las cosas funcionan así.

No se equivoca. En mi mundo, no hay nada gratis. Todo tiene un precio.  
Se lo explico.

—Trabajarás directamente conmigo mientras dure el contrato. Serás tú, no tu asistente ni alguien encargado del *marketing*. Tú.

—Así que no es un regalo. Porque si lo fuera, no habría condiciones. —  
Agita los documentos entre nosotros—. Esto solo es una manera más de controlarme. —Habla en voz baja, y sus palabras me golpean como si fueran un puño.

Tiene razón. Mi primer intento de darle algo que sé que desea y la he cagado.

Le quito el contrato de las manos, saco un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta y me acerco a la mesa. Tacho la cláusula, firmo con mis iniciales y se lo devuelvo.

—Ahí tienes —digo, arrojándole el contrato.

Su ceño fruncido se acentúa mientras mira el contrato y luego me mira a mí.

—No lo entiendo.

Mis dedos arrugan el documento por la fuerza con la que lo sujeto. Aprieto los dientes y le dejo clara la oferta final:

—No hay condiciones y te ofrezco un margen de beneficios sustancial.

Estoy rechazando ejercer mi poder en este trato y no voy a recibir nada a cambio, lo que me resulta extrañísimo.

Keira se muerde el labio inferior mientras extiende una mano para aceptar el contrato de mis manos. Sus movimientos delatan las dudas que tiene.

«Porque no confía en ti», me recuerdo.

—Tiene que haber algo más. Nunca haces nada que no sea premeditado, y no es normal que me hagas un favor.

Quiero recordarle que hay quinientos mil pavos extra en su cuenta bancaria y que sus deudas con el banco están saldadas, pero me muerdo la lengua.

—¿Tan difícil resulta creer que lo he hecho porque es un buen trato para Seven Sinners, lo que significa que es bueno para ti?

Su testaruda barbilla se levanta un par de centímetros más.

—Así que, ¿ahora eres mi benefactor?

Cuento hasta diez porque mi temperamento amenaza con salir a la luz de nuevo. Esta mujer vive para poner a prueba mi paciencia. Intento hacer algo útil y ella me lo recrimina... pero lo hace porque, en un primer momento, el acuerdo llevaba unas esposas doradas.

Suelto el aire despacio para controlar el estallido.

—No. No soy tu benefactor.

Keira asiente con la cabeza antes de coger el contrato con tanta fuerza que acaba arrugando las páginas. Sigue con la cabeza bien alta mientras dice:

—En ese caso, te haré saber si hay que modificar alguna otra cosa más antes de firmarlo.

Esta mujer... tiene que aprender que no puede presionarme mucho si no quiere que acabe rompiendo todas las reglas.

—Esto no puede pasar por tu abogado. Esa condición no es negociable.

La desconfianza asoma de nuevo a sus ojos. Quiere discutir ese punto, pero consigue contenerse. Al final, acaba asintiendo con la cabeza.

—Vale. Pero sería un desastre como directora general si no reviso los detalles antes de firmarlo, y no me gusta llevar así mi negocio.

Su comentario libera algo en mi interior, algo que altera mi percepción de la mujer que tengo delante. Keira Kilgore, la directora general. No Keira Kilgore, la mujer que planeo conquistar.

Mi mente recuerda otro de los consejos de Titan: «Escucha. Descubre lo que desea. Dáselo.»

Soy capaz de reconocer cuándo alguien tiene razón y lo clava.

El contrato es un primer paso, pero me queda mucho camino por recorrer.

## Keira

El día se me pasa en lo que me parecen minutos. Cuando salgo del despacho, Temperance sigue al teléfono, ultimando los detalles del evento de los Voodoo Kings, y me despido de ella con un gesto de la mano. Me sonrío y me indica con un gesto que me vaya.

Cicatriz me está esperando junto a la acera, como es habitual, y me meto en la parte trasera del coche. Después de mi huida, se acabó la tontería aquella de la capucha, así que cuando empieza a conducir en la dirección contraria a la que me espero, le pregunto, aunque sé que no me va a contestar.

—¿Adónde vamos?

Su gruñido es la única respuesta que obtengo.

Media hora después, enfilamos la carretera que lleva al aeropuerto de Nueva Orleans Lakefront, y me quedo más perpleja si cabe.

—¿Qué pasa?

Cicatriz conduce hasta un hangar privado y aparca cerca de las puertas de cristal. Sale del coche y me abre la puerta antes de conducirme al interior del hangar. Apenas consigo echarle un vistazo a la elegante zona de espera, que no se parece en nada a las zonas con asientos de plástico de los vuelos comerciales, cuando me insta a pasar por otras puertas de cristal y nos topamos con una alfombra roja que conduce a la pista y a las escaleras de un precioso y enorme avión privado.

¡La leche!

Contemplo con admiración el avión negro y dorado y, aunque no tengo ni

idea de aviones, me apuesto lo que sea a que es carísimo de narices. No hay nombre ni logotipo que indique quién es su dueño, pero solo tengo un candidato en mente.

Cicatriz señala las escaleras con un gesto de la cabeza, y titubeo un instante.

¿Volar en el avión privado o no volar? No era una decisión que pensaba que iba a tener que tomar cuando salí de Seven Sinners hace un rato. No puedo mentir y decir que nunca me he preguntado qué se sentiría al volar en uno... pero pensar en el hombre que ya está dentro o de camino me mantiene los pies clavados en el sitio.

¿Qué es lo peor que me puede pasar? A ver, ya me ha secuestrado... El hecho es que mi lógica y mi razonamiento están totalmente locos, pero ese es el impacto que tiene Mount en mi vida.

Lo que me hace decidirme es el contrato de esta mañana. Es un gesto que no entiendo, pero he sido incapaz de encontrar alguna trampa oculta en el texto legal.

Cicatriz gruñe a mi espalda, y tomo una decisión.

«A la mierda.»

Con paso firme, recorro la alfombra roja y llego al avión. Apoyo un pie en el primer escalón, me sujeto a la barandilla y subo hasta la cabina.

El interior hace juego con todo lo demás de Mount: negro, dorado y blanco.

Mount está sentado en uno de los mullidos sillones de cuero negro, con un portátil abierto en la mesa que tiene delante. Levanta la vista cuando entramos.

—¿Qué pasa?

Cierra el portátil y se pone de pie.

—Nos vamos de la ciudad.

—¿Como si estuviéramos en una cita? —La incredulidad es evidente en todas y cada una de mis palabras.

Mount señala el asiento que tiene delante con un gesto de la barbilla.

—Siéntate. Le diré al piloto que estamos preparados para despegar.

Me siento mientras intento averiguar qué narices está tramando esta vez. Primero el contrato y ¿ahora esto? ¿De qué va?

Mount vuelve al cabo de un momento, y la cabina parece empequeñecerse una vez que la puerta se cierra y quedamos atrapados en su interior. Su presencia me provoca la misma sensación con demasiada frecuencia.

—¿Adónde vamos? —le pregunto, desesperada por no pensar en que el avión empieza a recorrer la pista.

Me aferro a los reposabrazos con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos mientras repaso mentalmente las estadísticas de los accidentes aéreos de aviones privados en comparación con la de los aviones comerciales. Llegamos hasta el final de la pista, damos la vuelta y nos sacudimos conforme el avión empieza a ganar velocidad.

«Ay, mierda. ¿Qué van a pensar mis padres cuando descubran que he muerto con él?»

Es una estupidez, pero la lógica no está de mi parte ahora mismo. Casi estoy hiperventilando mientras el avión sigue recorriendo la pista.

—Keira, mírame.

La voz ronca de Mount me saca de mi estado de pánico, y lo miro a los ojos.

—¿Qué?

Cuando se desabrocha el cinturón, quiero gritarle que vuelva a ponérselo, pero se cambia al sillón que tengo al lado antes de que me dé tiempo a organizar una frase coherente.

—¿Te da miedo volar? —me pregunta, y estoy demasiado acojonada para darme cuenta de la preocupación que destila su voz.

Meneo la cabeza a toda prisa. Sé que no debo admitir una debilidad, mucho menos ante él.

—¿Y por qué parece que vas a vomitar?

Aparto la vista de sus ojos y la clavo en la ventanilla. Ay, madre del amor hermoso. Casi hemos despegado. Muy mala idea esto.

Mount me acaricia una mejilla con la mano y me insta a mirarlo de nuevo.

—Escúchame bien: estás a salvo.

—Eso no lo sabes.

—Sí, lo sé. Porque no voy a permitir que te pase nada malo.

Trago saliva al oír sus palabras, y el estómago me da un vuelco. No sé si se debe al acuciante miedo a volar que me está abrumando o a la penetrante mirada de Mount. A lo mejor a ambas cosas a la vez.

Me obligo a relajarme, músculo a músculo, hasta que mi espalda se amolda al sillón de cuero.

—Se me había olvidado. Te interesa mucho que no me pase nada malo, porque si me pasa, ¿quién te va a pagar la deuda?

Me acaricia la mejilla con el pulgar, y vuelvo a tensarme por ese gesto tan poco habitual en él.

—En algún momento, te darás cuenta de que esto va más allá de una simple deuda. —Mount habla en voz baja, pero sus palabras hacen que la ansiedad se dispare.

—¿Qué quieres decir?

Me suelta la cara y se vuelve hacia los sillones vacíos que tenemos delante, tras lo cual apoya el tobillo en la rodilla de la pierna contraria. No me mira cuando me contesta:

—Eres lista. Acabarás por descubrirlo tú solita.

## Mount

Me faltan dedos en las manos para contar cuántas veces me pregunta Keira adónde vamos, y cada vez que me niego a decírselo, su frustración aumenta.

Cuando llegamos a la cuarta hora de vuelo, su mal humor explota.

—Será mejor que hayas pensado en llevarme de vuelta mañana a tiempo para trabajar.

—Me temo que eso no va a pasar, pero tu asistente está al tanto de tu ausencia y sabe que debe cubrirte.

—¿Se lo has dicho? No puede saber nada de esto. —La voz de Keira delata el pánico que la abruma. No me sorprende la renuencia a que sus amistades sepan de su relación conmigo, pero aún así me irrita.

—No. Ha recibido un mensaje de correo electrónico de tu parte, explicándoselo todo.

Keira abre los ojos de par en par.

—¿Cómo es posible? Será mejor que no hayas entrado en mi dichosa cuenta de correo. Eso es...

—¿Sencillo? —la interrumpo, ofreciéndole el adjetivo adecuado.

—¡No puedes hacerlo! Dile al piloto que dé media vuelta ahora mismo.

—El hecho de que sigas creyendo que puedes darme órdenes no deja de sorprenderme.

Su furia aumenta, y el fuego arde en sus ojos.

—Si crees que llevándome a alguna isla privada va a resultarte más fácil controlarme, me conoces muy poco.

De no haber hablado con Lucas Titan, tal vez podría haber hecho algo similar, pero sus palabras hicieron mella en mí.

—Es una isla.

—Eres...

Antes de que Keira pueda soltarme el insulto que se le haya pasado por la cabeza, saco una carpeta de debajo del portátil y se la dejo en el regazo. Ella la abre y mira el contenido antes de mirarme a los ojos, alucinada.

—¡Madre mía! —susurra—. ¿Vamos a Dublín? ¿A la Convención Mundial de Whisky y Bebidas Espirituosas? Por favor, dime que esto no es ninguna broma, porque no tendría gracia.

Levanto una ceja. Lo mío no son los chistes.

Los ojos de Keira parecen a punto de salirse de sus órbitas.

—Joder.

Suelta la carpeta que contiene el folleto garabateado que cogí de la mesa de su despacho la primera noche que estuve en él como si fuera mi casa. Ella se tapa la cara con las manos y después las une delante de la nariz, como si estuviera rezando.

—No sé... no sé qué decir. Esto es... esto no es lo que esperaba, desde luego. —Cierra la carpeta y sigue hablando—: Llevo deseando asistir a la Convención Mundial de Whisky y Bebidas Espirituosas desde que fui lo bastante mayor para comprender lo que era.

Me encojo de hombros, incapaz de contener del todo la sonrisa triunfal.

—Bueno, pues este año vas a asistir.

—No sé qué decir.

Su mirada se clava en la mía, y hay algo en ella que no he visto antes. Al menos, no dirigido a mí. Una mezcla de asombro, gratitud y algo más... Alegría, creo.

—Pues no digas nada.

Menea la cabeza.

—No. Tengo que hacerlo. —Guarda silencio un instante y aprieta los labios

—. Gracias. No sé por qué lo estás haciendo, pero... gracias.

## Keira

Me despierto, sobresaltada, en brazos de Mount cuando este me deja en el asiento trasero de un coche.

—¿Dónde estamos?

—En Dublín. Te has perdido el resto del vuelo. Y que sepas que roncas.

Me quedo boquiabierta.

—De eso nada.

Esboza una sonrisilla torcida.

—Lo haces a esa altitud y cuando estás borracha.

El chófer cierra la puerta, y fulmino a Mount con la mirada, pero es imposible mantener el enfado cuando el coche se aleja del aeropuerto y enfila las calles que se internan en Dublín.

La emoción me embarga. He querido venir toda la vida. Es la ciudad, el país, del que procede mi familia, donde nació nuestro whisky. Es mi legado. Mis raíces. Todavía no puedo creerme que el hombre que tengo al lado sea quien haya convertido mi deseo en realidad.

—Por fin estoy aquí —susurro mientras clavo la mirada al otro lado de la ventanilla, admirando las maravillosas vistas a medida que nos acercamos a la ciudad. Es muy temprano, y la ciudad empieza a cobrar vida.

—¿De qué parte de Irlanda es tu familia? —me pregunta Mount.

—De aquí, de Dublín.

—Entonces tiene sentido que siempre hayas querido venir.

Asiento con la cabeza mientras se me forma un nudo en la garganta.

—La destilería original se cerró cuando el mercado del whisky se fue a pique, y mi bisabuelo trasladó a la familia durante la Ley Seca. Acabaron en Nueva Orleans, y él empezó a hacer whisky de forma ilegal porque nadie lo contrataba.

—Debe de ser agradable saber de dónde vienes.

Aparto la mirada de la ventanilla para clavarla en él, pero Mount ya ha vuelto la cara. Recuerdo la historia que me contaron sobre él, que lo abandonaron de pequeño delante de una iglesia. Siempre me he preguntado si es verdad, y sus palabras me hacen creer que sí.

—Te busqué en Google, ¿sabes? —No era mi intención admitirlo, pero se me ha escapado.

Cambia de postura y vuelve a concentrarse en mí.

—¿Y?

—No había nada. Pero nada de nada. ¿Cómo es posible?

—Dinero. Poder. Mi deseo de mantener la privacidad. El miedo de los demás.

—¿Alguna vez has empleado ese dinero y ese poder para encontrar tus raíces?

Su expresión se endurece.

—No, y nunca lo haré.

—¿Por qué no? —Sé que debería dejarlo estar, pero soy incapaz de no hacer la pregunta.

—Porque quien me diera a luz no tiene absolutamente nada que ver con quien soy o con lo que hago, joder.

Abandono el tema y vuelvo a mirar por la ventanilla, deleitándome con Dublín mientras enfilamos las estrechas calles antes de cruzar el río Liffey. Sin embargo, la emoción que siento está empañada por la respuesta de Mount.

No quiero ni imaginarme lo que se siente cuando te abandonan. Al saber que

tus padres no te querían. Mi padre siempre quiso tener un hijo varón, pero acabó con tres hijas, y ya era bastante malo ser consciente de ese hecho mientras crecía. Sin embargo, en comparación, mi infancia fue un cuento de hadas al lado de la de Mount.

Por primera vez, cuando miro su perfil, no veo al diablo con traje que ostenta el poder necesario para hacer que mi cuerpo me traicione, el diablo que me come la cabeza. En cambio, veo a un hombre que ha luchado contra viento y marea para llegar hasta donde está ahora. No sé cómo ha construido el imperio que rige, y dudo mucho que reciba de buen grado semejante pregunta.

Quién iba a decir que solo hacía falta un vuelo transatlántico y un paseo en coche por la ciudad que llevo toda la vida deseando visitar para darme cuenta de que Lachlan Mount no es un mito ni una leyenda. Solo es un hombre. Peligroso, sí, pero un hombre al fin y al cabo.

«Eso no cambia nada», me digo, pero no estoy segura de creerlo.

Llegamos al alto y lujoso hotel de estilo victoriano y nos acompañan de inmediato a una enorme *suite*.

—Le subirán el equipaje de inmediato, señor —le dice el conserje mientras Mount le entrega un billete de los grandes.

¿Lleva euros encima? Entre el avión privado y el servicio, empiezo a darme cuenta de que, con independencia de la ciudad en la que estemos, la vida de Mount es diametralmente opuesta a la mía.

Se me ocurre otra cosa.

—¿Tengo equipaje? —Ya me ha sorprendido al verlo con mi pasaporte.

—Por supuesto. G te preparó la ropa y la envió al avión antes de que

llegaras. Me aseguró que tendrías todo lo necesario, pero si no es así, puedes comprar lo que quieras.

Se tensa como si esperase que me ponga a discutir, pero se equivoca mucho.

—¿Estás de coña? Estoy en Dublín, una ciudad que quiero ver desde que era pequeña, para asistir a una convención donde podría aprender cosas y establecer contactos que llevarán a Seven Sinners al siguiente nivel. No pienso malgastar el tiempo eligiendo ropa cuando hay tanto que hacer y que ver. Mientras no me haya escogido lencería, me da lo mismo.

Mount me mira como si me hubiera salido otra cabeza.

—No te pareces en nada a ninguna otra mujer que haya conocido.

Su expresión se torna indescifrable, y no sé cómo responder. Por suerte, alguien llama a la puerta, dando por terminada la conversación.

Después de que nos suban el equipaje al dormitorio de la *suite*, el botones nos mira.

—¿Necesita algo más, señor? Estamos a su entera disposición.

Mount se vuelve hacia mí.

—¿Quieres algo de comer? Seguro que te mueres de hambre.

Aquí es por la mañana, claro, pero para mi cuerpo sigue siendo plena noche.

—No sé qué deberíamos comer ahora mismo.

—Da igual. Tú dime lo que te apetece.

Estoy a punto de decirle que me da igual, que comeré lo mismo que él, pero me muerdo la lengua. «Mount me está dando a elegir.» Desde el principio, me ha dado muy pocas oportunidades para hacerlo, y esta no puede ser más evidente.

—Un gofre con mantequilla y caramelo, acompañado de beicon.

El botones asiente con la cabeza, y Mount pide a continuación:

—Entrecot y huevos. Y que suban una botella de cada whisky irlandés que

tengáis en el hotel.

Le reconozco el mérito al botones, porque no se sorprende ni la mitad que yo por la petición. Claro que Mount le pone un billete en la mano antes de irse.

—¿A qué viene lo del whisky?

Mount me mira de reojo.

—¿No es por lo que hemos venido? ¿Para aprender y establecer contactos al máximo?

Me ha escuchado.

—Sí.

—En ese caso, supongo que una botella de cada whisky que tengan te ayudará a preparar las preguntas para los directores generales de la competencia.

—Como si fueran a hablar conmigo —replico con una carcajada—. Cuando hablaba de contactos, me refería a proveedores y compradores. Pequeños. De mi nivel. No soy precisamente la directora general de un conglomerado internacional. Sigo dirigiendo una pequeña destilería que apenas deja beneficios.

Mount acorta la distancia que nos separa y me fulmina con la mirada.

—Ni se te ocurra pensar que eres inferior a cualquiera que haya aquí. Entra en la convención como su igual, porque lo eres. Puede que tu empresa sea pequeña, pero tal como me has dicho, no eres un desastre como directora general y todavía estás empezando. ¿Quieres dominar el mundo del whisky irlandés? Pues compórtate como si ya lo hicieras.

Sus palabras resuenan en mi interior y me dan la confianza que no sabía que necesitaba.

—No te tenía por uno de esos que dan charlas motivacionales.

Aprieta los labios.

—No lo soy.

Las palabras me golpean con más fuerza, porque quiere decir que el discursito es exclusivo para mí. Siento algo cálido en la zona del pecho.

—Gracias. Por todo. Significa mucho para mí. —Me pongo de puntillas y le doy un beso fugaz en el mentón, que ya luce un asomo de barba. Cuando vuelvo a apoyar los talones en el suelo, él me rodea la cintura con un brazo y me pega a su torso.

—Así que esto es lo que hace falta. Una escapada a Irlanda. Tomo nota.

No tengo tiempo para procesar sus palabras antes de que sus labios se apoderen de los míos y de que me meta la lengua en la boca, haciéndose con el control.

Cuando me levanta en volandas, le rodeo la cintura con las piernas de forma instintiva. Me lleva al dormitorio, y los dos caemos sobre el colchón, donde rebotamos. El peso de Mount me aplasta mientras le entierro las manos en el pelo.

Me digo que lo que me motiva es la gratitud, pero me niego a examinar el asunto con detenimiento.

Mount me arranca la blusa, haciendo que los botones salgan volando. Ya me ha levantado la falda hasta la cintura cuando oímos unos golpecitos en la puerta de la *suite*.

—Mierda, la comida —susurro con voz entrecortada.

—Que le den a la comida.

—Me parece bien.

Los dos pasamos de los golpecitos en la puerta y del teléfono, que empieza a sonar, para poder devorarnos el uno al otro.

Por primera vez, no hay una lucha de poder. Es algo distinto. Algo más... abrumador.

Me desentiendo de esa idea tan perturbadora cuando Mount se saca la polla y me aparta las bragas. Me la mete muy despacio, centímetro a centímetro, sin

dejar de mirarme a los ojos. Cuando lo tengo en mi interior, me dice entre dientes al oído:

—¡Mía!

Es lo más aterrador que me ha dicho nunca, porque empiezo a creerlo.

## Mount

Keira no asiste al momento de la inscripción. El motivo es que nos quedamos dormidos y la despierto con la cabeza entre sus piernas, torturándola con el *piercing*.

Llamo al servicio de habitaciones y les pido que envíen toda la información necesaria para la inscripción, lo que nos concede unas horas más, durante las cuales no le permito salir de la cama. Al menos, hasta que decidimos que debemos comer.

Cuando Keira entra en la fiesta de bienvenida que se celebra esa noche, la sigo un paso por detrás, y utilizo mi altura para echar un vistazo en busca de cualquier amenaza, manteniendo una expresión impasible. Mi fierecilla se toma mis consejos a pecho y no demuestra el menor titubeo ni inseguridad. Camina con el porte de una reina en esa estancia dominada por hombres.

Las cabezas se vuelven para mirarla según avanza entre la multitud y no tiene nada que ver con el vestido de diseñador que lleva. Es magnética. Vibra por la energía.

—Todos se preguntan quién eres —le digo mientras pedimos en la barra. Whisky irlandés para los dos, de la marca más vendida en el mercado.

—Más bien se están preguntando quién eres tú —susurra ella.

—¿Quieres que apostemos?

Keira pone los ojos en blanco.

—Contigo no. Me da que siempre ganas.

—Por fin lo vas captando.

Nos damos media vuelta y echamos un vistazo por la estancia mientras saboreamos el whisky. No puedo leerle el pensamiento, pero apostaría a que está buscando caras familiares y diseñando un plan de ataque.

Una sonrisa pugna por aparecer en mis labios, porque yo estoy haciendo lo mismo.

Por suerte, no hay ningún conocido mío presente. Al menos, de momento. No me cabe duda de que mis tentáculos se extienden más allá de Nueva Orleans, y aunque he invertido bastante en el negocio de la distribución de bebidas alcohólicas, mi director general es quien da la cara. Yo solo me encargo de los detalles imprescindibles desde las bambalinas. Debe de estar en algún lugar de esta estancia; pero si valora su posición, le hará caso a la advertencia que le hice antes de marcharnos de Estados Unidos y no se acercará a mí.

Esta semana es anómala para mí. No tengo por qué ser Lachlan Mount, el hombre cuya brutalidad inspira temor y respeto. Esta semana puedo ser quien me apetezca. El anonimato tiene cierto atractivo que me cautiva. Mientras Keira habla con sus proveedores, distribuidores y competidores, yo me mantengo al margen y dejo que sea ella la protagonista. Deja de ser la mujer desafiante y testaruda que me he propuesto doblegar y se transforma en una mujer de negocios astuta e inteligente.

Eso no me sorprende, en absoluto. Llevo observándola el tiempo suficiente para saber que es así, pero nunca había tenido la oportunidad de verla en acción, tan de cerca.

Va cautivando a todas las personas con las que se relaciona, y apenas si repara en mi presencia.

Sin embargo, lo que me asombra es lo liberadora que me resulta la experiencia.

Ya de vuelta en la *suite*, Keira sirve dos vasos de whisky irlandés y me ofrece uno.

—*Sláinte* —dice al tiempo que acerca su vaso al mío y se oye el tintineo del cristal. Repito el brindis en voz baja, y ella se lleva el vaso a los labios para apurarlo de un trago.

—¿No lo saboreas?

Niega con la cabeza.

—No es tan bueno como el Seven Sinners. No muchos lo son.

Si viniera de cualquier otra persona, parecería un comentario chulesco, pero viniendo de Keira, es una afirmación sin más. Cree en su producto al cien por cien.

Tal vez más de lo que yo he creído en algo a lo largo de mi vida.

Abre otra botella y sirve un poco en otro vaso.

—Me sorprende que una mujer de tu tamaño pueda beber tanto.

Keira se lleva el vaso a la nariz y huele el contenido.

—Supongo que es como la leche materna en mi caso. Lo llevo en la sangre. Me he pasado casi toda la vida bebiendo whisky irlandés. Por Dios, si los servicios sociales se hubieran enterado de que a los ocho años ya estaba probándolo, estoy segura de que mis padres habrían salido en las noticias.

Su comentario hace que recuerde mis encuentros con los servicios sociales, y después todo el tiempo que pasé evitándolos.

—Estoy seguro de que tenían casos más preocupantes que atender.

Ella asiente con la cabeza, absorta en la degustación del whisky, y no capta el tono mordaz de mi comentario. Me regala una sonrisa genuina, que funciona mejor para alejar los demonios de mi pasado que la botella entera de whisky.

—Gracias. Sobre todo por lo de esta noche. Yo... la verdad es que no sabía qué esperar. —Sus palabras están teñidas de gratitud sincera.

—Yo no he hecho nada.

Ella niega con la cabeza.

—Por eso. Sinceramente, creía que en cuanto pisáramos esa estancia, te harías con el control. Pensaba que me dejarías en un segundo plano mientras tú hablabas con los demás.

—No hemos venido para eso. —Me molesta que me crea capaz de arrebatarme esta experiencia, pero ¿qué pruebas le he dado para que me vea con otros ojos?

Keira no duda en echármelo en cara.

—Lo sé, pero es que tú eres así. No te creía capaz de quedarte en un segundo plano. —Guarda silencio y se muerde el labio inferior. Después lo suelta y añade—: Te he juzgado mal, y el orgullo no me impide admitirlo.

Cojo una botella al azar y me sirvo tres dedos en mi vaso.

—No empieces a echarme flores por virtudes de las que carezco. —Su primera impresión acerca de mi persona es la más acertada. Me bebo el whisky de un trago, igual que ella. A lo mejor no es mala idea emborracharnos esta noche.

—Para. Por favor. Esto es importante para mí, y voy a decírtelo lo quieras o no.

Dejo el vaso en el mueble bar mientras asiento con la cabeza y después cruzo los brazos por delante del pecho, a la espera.

—Tú eres distinto. Esto ha sido distinto. Yo... —Guarda silencio un instante—. Detesto hablar de él. Sobre todo ahora. —Baja la vista al suelo.

Cuando dice «él», me abrumba un repentino afán posesivo. Mascullo su nombre para que ella no tenga que hacerlo.

—¿Te refieres a Hyde?

Keira asiente con la cabeza.

—¿Qué pasa con él? —Mi voz se hace más brusca a medida que hablamos

de ese hombre. Me tenso y me pregunto qué comparación va a hacer entre nosotros, consciente de que jamás seré quien salga ganando.

—Tenía que ser el centro de atención, el que llevara el peso de la conversación. Fui yo la que creció en la destilería como si fuera mi segundo hogar, y él solo la había pisado cinco minutos y el ego le creció tanto que no pasaba ni por las puertas. Yo era la directora general, pero él me apartaba siempre que podía. Se suponía que éramos un equipo. Eso fue lo que me prometió. Pero no tenía ni la menor idea de lo que significaba trabajar en equipo.

Aprieto los puños. Ojalá hubiera matado a ese cabrón con mis propias manos, porque es obvio que le hizo más daño del que imaginaba.

—Hyde era un estafador con mucha maña. Tú no tenías la suficiente experiencia para verlo.

—Tal vez, pero fui tan tonta que caí en su trampa —me dice, y tiene que parpadear para contener las lágrimas.

Levanto una mano para evitar que siga hablando, con la esperanza de que Saxon hiciera sufrir a ese desgraciado.

—No tenías la menor oportunidad, y no lo digo con intención de insultarte.

Keira se da media vuelta, se lleva las manos a la cara, y supongo que es para limpiarse las lágrimas. Unas lágrimas que ha provocado ese cabrón desde la tumba. Esto tiene que acabar ahora mismo.

Le aferro un brazo y la insto a mirarme.

—Ya vale. No merece que malgastes en él ni otro puto segundo de tu tiempo, ni mucho menos una lágrima.

—Es que me siento idiota. Y justo cuando me libero de él, apareces tú de la nada, seguramente porque sabías que yo era una puta imbécil y una presa fácil. Tampoco tenía la menor oportunidad contigo, ¿verdad?

La suelto y dejo los brazos a ambos lados del cuerpo al tiempo que me

obligo a extender los dedos, ya que por instinto he apretado los puños.

Hablo en voz baja, pero cada palabra queda muy clara.

—No me compares con ese puto desgraciado. Yo no soy Brett Hyde.

Otra lágrima se desliza por una de sus mejillas, y no puedo evitar levantar la mano para acariciársela. Ella da un respingo en cuanto lo hago, y detesto provocarle esa reacción. Le paso el pulgar por el párpado inferior para limpiar la siguiente lágrima que cae.

—No necesito hacerte sombra cuando estás en tu salsa. Este es tu mundo. Espero que salgas y lo conquistes.

Ella se sorbe la nariz y se limpia las lágrimas de nuevo... apartando mi mano. No es consciente de que yo nunca ofrezco consuelo, y que lo rechace es una puñalada en un punto sensible que desconocía poseer.

Retrocedo y me aferro a la barra del mueble bar con las dos manos, a la espera de que ella me mire de nuevo a los ojos. Cuando lo hace, le digo la absoluta verdad.

—Y no, no tenías la menor oportunidad conmigo. Siempre consigo lo que quiero.

## Keira

No sé si el comentario de Mount está pensado para hacerme saltar, pero es lo que consigue. Le he ofrecido sinceridad y él me responde con dominancia. Como siempre.

Pues voy a darle lo que espera de mí: rebeldía.

—¿Y qué quieres ahora mismo, Mount? —Hago hincapié en su nombre porque, por un instante, me ha parecido un hombre en el que podría confiar, pero ahora es el cabrón arrogante con el que me he enfrentado desde el principio.

—Lo que he querido siempre: a ti.

Sus manos se mueven a la velocidad de la luz, cogiendo las mías y pegándome a él. Es imposible pasar por alto el bulto tras la delgada tela de sus pantalones cuando me obliga a darme media vuelta.

—Así que lo de esta noche ha sido una farsa para llevarme a la cama, ¿no? —Lo miro con expresión desafiante y veo cómo entrecierra los ojos y se le tuerce el gesto.

—No necesito una farsa para eso. Ya has accedido a todas mis condiciones. Cuando quiera, y de forma voluntaria.

Aprieto los dientes al oír el recordatorio.

—¿Dan clases para conseguir ese nivel de arrogancia o ya lo traías de serie?

La predisposición que he sentido hacia él se derrite como la nieve en el

pantano, y tengo la sensación de que hemos vuelto a la casilla de salida. Salvo que estoy en Dublín. Y que ha sido él quien me ha traído.

Enfrentarse a este hombre es como plantarse delante de un huracán de categoría cinco. Las emociones contradictorias me desgarran por dentro.

Mount suelta una carcajada ronca y cruel.

—¿Crees que estoy siendo arrogante? Pues todavía no has visto nada. Para que conste, solo porque te dejo llevar el control en el mundo no significa que puedas llevarlo en cualquier otro lugar.

—Eres imposible. —Mascullo las palabras, pero mi cuerpo ya responde al suyo, y me está costando la misma vida no frotarme contra él como una gata en celo. Hasta la más mínima presión aumenta las sensaciones, gracias al *piercing*.

—Le dijo la sartén al cazo —replica.

—Que les follen a la sartén y al cazo.

—Solo quiero follarte a ti. —Su mirada me abrasa la piel, y resopla por la nariz al tiempo que me pone la mano libre en la parte posterior del muslo, desde donde sube hasta que se cuelga por debajo del vestido y me aferra el culo —. Y tú te mueres porque lo haga.

—Esta noche no.

Me acaricia la oreja con los labios y susurra una sola palabra:

—Mentirosa.

Tengo dos opciones: matarlo en esta preciosa *suite* de hotel y pasarme toda la vida huyendo o rendirme a la locura y pegarme a él como una lapa, tal como me pide el cuerpo.

—Te sigo odiando.

Me mordisquea el lóbulo de la oreja.

—No, no me odias. Odias desearme tanto como yo te deseo a ti. —Me da un

tironcito del lóbulo, y se me endurecen los pezones—. Si lo admites, te daré todo lo que quieras.

—El juego no es nuevo. Los dos sabemos que eres capaz de conseguir que te desee, y eso solo demostrará que sabes jugar mejor que yo.

Me suelta de repente. Sorprendida, retrocedo unos tambaleantes pasos y me tengo que apoyar en la barra del mueble bar.

Mount retrocede un paso y se quita la chaqueta, que deja doblada sobre el respaldo del sofá del salón. Con otro paso hacia atrás, se afloja el nudo de la corbata y la tira sobre una silla. Un paso más y se desabrocha dos botones de la camisa, dejando al descubierto su firme y bronceado cuello. Otro paso y se desabrocha el resto de los botones antes de que la camisa se abra, descubriendo su duro torso y la tableta que tiene por abdominales.

Se queda de pie en mitad de la *suite*, con las manos en los bolsillos, mirándome a los ojos.

—Quiero oírlo ahora. Antes de llevarte al borde del abismo, cuando eres capaz de decir lo que sea con tal de que te permita correrte.

Me humedezco los labios y luego los aprieto. Ya siento cómo se me tensan los músculos internos y también que tengo empapado el tanga, porque mi cuerpo está anticipando lo que va a venir a continuación.

«Asesinato o placer.» ¿Qué le ha pasado a mi vida para que esas opciones sean una solución viable al mismo problema?

Mount es lo que le ha pasado.

—Bien. Lo admito. Tú ganas.

Mount menea la cabeza despacio.

—No se trata de ganar. Se trata de dejarle muy clarito a tu puto cerebro que ansías lo que te doy. No te conformas con que me haga con el control, es que lo necesitas.

Tiene razón. Es imposible que lo pueda negar. Los dos sabemos que mentir

se me da de pena.

—Pues toma el control —le digo.

Una vez más, esa preciosa cabeza se mueve despacio de lado a lado.

—No, esta noche me lo vas a ceder de forma voluntaria.

—¿Qué quieres decir?

Señala con la cabeza los ventanales, ocultos por las cortinas.

—Descorre las cortinas.

Mi cabeza no atina a encontrarle sentido a la orden. ¿Adónde quiere llegar?

—¿Por qué?

—Como me hagas otra pregunta, te juro que esta noche no te corres.

Me muerdo el labio, porque el instinto me impulsa a cuestionar todas sus órdenes. Sin embargo, la idea de que me niegue el orgasmo toda la noche, cuando es evidente que me puede proporcionar varios, no es algo que me apetezca considerar siquiera.

Sus ojos oscuros brillan por el deseo cuando doy un paso hacia las cortinas y las descorro de un tirón. Las luces de la *suite* están atenuadas, pero bastan para que puedan vernos desde el exterior.

—Las manos a los costados. No te muevas.

A través del reflejo en el cristal, veo a Mount desabrocharse los puños, quitarse la camisa y dejarla caer al suelo antes de echar a andar hacia mí.

El frío de la ventana ya me está provocando escalofríos por todo el cuerpo, y el calor corporal de Mount a mi espalda me provoca unas sensaciones encontradas que son habituales cuando trato con él.

La cremallera de mi vestido suena cuando Mount me la baja. Me baja los tirantes por los hombros con los dedos, pero los sujeto con los codos, para que el vestido se me quede pegado al pecho.

—Alguien podría vernos.

En voz baja, pero implacable, replica:

—Pueden mirar, pero, joder, no pueden tocar lo que es mío.

Por voluntad propia, deajo caer los brazos y el vestido se desliza hasta el suelo, alrededor de mis pies.

—Sal del vestido.

Los dientes de Mount me rozan el hombro antes de acariciarme la nuca, y contengo un gemido.

—¿Me vas a obligar a que me repita? —Me gruñe la pregunta al oído, tras lo cual me da un mordisco en el lóbulo.

Esta es la lucha de poder. La que ansío. Cuando ha dicho que lo deseo, no se equivocaba.

—No.

Obedezco, y Mount aparta el carísimo vestido con el pie antes de atraparme las muñecas con una mano y obligarme a poner las palmas abiertas contra el cristal. Me estremezco, y se me endurecen los pezones contra el encaje del sujetador sin tirantes cuando él me dice entre dientes al oído:

—No apartes las manos de la ventana o recibirás un castigo después, y te prometo que no será tan placentero como esto.

Asiento con la cabeza, y me suelta las muñecas. Me quedo en la posición que me ha indicado mientras sus dedos me recorren los brazos y los hombros, desde donde pasan a mis pechos para acariciarme los pezones por encima del sujetador.

—No les dedico el tiempo que debería a estas preciosas tetas. —Me desabrocha el sujetador y lo tira al suelo, y mis pechos acaban en sus manos. Juguetea con mis pezones, haciendo que una corriente de placer me pase entre los muslos.

Se me escapa un gemido, y eso lo anima a continuar.

—Inclínate hacia delante. Pégalas a la ventana. Que se te pongan bien frías. Los quiero más duros para mí.

Aunque el instinto me dice que no lo haga, porque la orden es muy obscena, lo obedezco, y me quedo sin aliento cuando mi sensible piel toca el cristal helado.

—Muy bien —dice Mount, justo antes de que me dé un guantazo en el culo.

Me enderezo, pero me agarra de las caderas para volver a colocarme en la posición que quiere al tiempo que frota su dura erección contra mí.

—¿Te sigue preocupando que alguien te vea?

—No lo sé —susurro.

Me desliza la mano por el abdomen y baja para jugar con el elástico del tanga, que rompe antes de tirarlo al suelo. Me acaricia con la palma al tiempo que me mordisquea el hombro y gruñe de satisfacción.

—Pues será mejor que le enseñe a todo el que esté mirando quién es el dueño de este coño, por si empiezan a imaginarse cosas.

La excitación prohibida de que puedan observarnos se suma al resto de mis confusas emociones. Mount me mete un dedo entre los labios vaginales y descubre que ya estoy mojada. Cuando me acaricia con el mismo dedo el *piercing*, muevo las caderas, desesperada por aumentar el contacto.

—¿Vas a decirme que no soy el dueño de este coño perfecto?

Sus palabras, apenas un gruñido, me enloquecen todavía más.

—¡No! —La palabra brota en forma de gemido cuando me mete dos dedos hasta los nudillos.

—Ya me parecía a mí.

Me folla un rato con los dedos, y cierro los puños. Sin embargo, consigo mantener las manos en el cristal, sin romper el contacto, ni siquiera cuando Mount se saca la polla y me la pone entre las nalgas.

—Pronto también quedará claro quién es el dueño de este culo, porque cuando te meta la polla, gritarás mi nombre.

Sus sucias palabras me arrancan otro gemido. Mount cambia de postura y la

coloca en el lugar preciso, embistiendo lo justo para metérmela un poquito.

Abro la boca, dispuesta a suplicarle, pero ahora no me hace esperar. Me penetra hasta el fondo de una sola embestida. Apoya ambas manos en el cristal, al lado de las mías, y me penetra una y otra vez con fuerza, sin compasión, y me encanta cada segundo.

Cuando me corro, lo hago con un grito que toda Dublín podría oír... y ver.

Sin embargo, entre los brazos de Mount, se me olvida que debería importarme.

## Mount

Después de dos días de conferencias, aprendo más de whisky irlandés y de bebidas espirituosas de lo que jamás había imaginado, pero debo admitir que la fascinación que me despierta el tema también es mayor. Mucho de lo que he aprendido me servirá para ponerlo en práctica y dinamizar mi propio negocio. Keira y yo nos separamos a fin de atender al mayor número posible de encuentros, porque es imposible que ella asista a todas las conferencias que le interesan.

¿Me gusta dejarla sola entre una multitud de hombres que la miran como si quisieran comérsela? No precisamente, pero he llegado a comprender algo igual de importante que frena mi deseo de matarlos: Keira ni los mira. No los ve como hombres. Los ve como fuentes de conocimiento, como competidores, como posibles clientes o como proveedores potenciales.

Durante el día se entrega al negocio al cien por cien, pero en cuanto llegamos a la *suite* por la noche, todo cambia. La lucha de poder continúa, pero cede cada vez un poco más. A veces, me cuesta la misma vida no sacarla a rastras de la fiesta que esté celebrando el fabricante de turno para follármela en el ascensor de camino a la *suite*.

Me lo impide una cosa: no voy a arriesgarme a dañar la reputación y la credibilidad que está forjando aquí. Para Keira ese sería un pecado imperdonable. Lo de la ventana fue distinto. No le dije hasta después de hacerlo que el cristal era tintado y que nadie podía vernos. Mereció la pena

recibir su furiosa mirada después de oírla gritar en pleno orgasmo y de discutir cuando acabamos.

Cada vez que estoy con ella, parezco un yonqui en busca del siguiente chute, en busca del colocón. Pero hay una diferencia entre Keira y las drogas. Con ella cada vez es mejor.

Hoy es día de descanso. Mañana se retomarán las conferencias y las mesas redondas, y por la noche se celebrará una fiesta de clausura con una entrega de premios.

Preferiría mantenerla todo el día en la cama con mi polla dentro, pero tengo otros planes. Cuando la veo ponerse unos vaqueros, un jersey ajustado y una chaqueta de cuero, me arrepiento de haberlos organizado.

Joder, está buenísima. Desnuda. Vestida. Con lencería. Da igual.

Primer paso de la adicción: admitir que tienes un problema.

A la mierda con esas gilipolleces. Estoy perfectamente.

## Keira

Mientras un coche particular nos lleva por las calles de Dublín, mi emoción aumenta por segundos. Casi no he salido del hotel desde que llegamos, pero hoy por fin voy a ver la ciudad que he explorado tantas veces en mi imaginación.

—¿Adónde vamos? —le pregunto al hombre callado que tengo junto a mí.

—Ya lo verás.

Pongo los ojos en blanco, a sabiendas de que por más que le insista no voy a conseguir una respuesta. De hecho, seguramente me ganaría una buena azotaina, y detestaría admitir que me gusta.

Me mantengo en silencio, absorbiendo el ambiente de la ciudad. Los edificios están muy juntos, lo que me recuerda a Nueva Orleans, pero están diseñados con diferentes estilos arquitectónicos: algunos georgianos, otros victorianos y otros con un estilo que no tengo ni idea de lo que es. El cielo está gris, pero eso no impide a la gente salir a la calle, ni a los turistas subirse a los autobuses verdes y rojos de dos pisos que dan vueltas por la ciudad.

A saber lo que diría Mount si intentara montarlo en un autobús. Se me escapa una carcajada por semejante ridiculez.

—¿Qué pasa? —me pregunta, y cuando aparto la vista de la ventanilla, me lo encuentro mirándome fijamente.

—Intento imaginarte montando en uno de los autobuses para turistas.

—¿Y eso te hace gracia?

—La verdad es que me parece ridículo intentar imaginármelo.

Vuelvo a mirar por la ventanilla mientras el chófer recorre las callejuelas. Una alta iglesia aparece delante de nosotros, y de repente caigo en lo que es.

—Es la catedral de San Patricio, ¿verdad?

—Creo que sí. ¿Padraig?

Padraig, nuestro chófer para este día, empieza a hablar.

—Sí, señora. Tiene más de ochocientos años de antigüedad. El mismo san Patricio bautizaba a las personas en el mismo lugar. La construcción del edificio actual no empezó hasta 1220.

Los altos chapiteles grises se elevan hasta el cielo. La idea de que san Patricio en persona haya estado en este lugar, el hombre cuyo nombre le pusieron a mi abuelo, me provoca una increíble sensación, como si estuviera en comunión con la historia.

Doblamos otra esquina y, a la derecha, los edificios de ladrillo marrón recorren toda la calle. Me doy cuenta de que deben de ser adosados, pero cada uno parece tener una puerta de diferente color: roja, blanca, verde, amarilla, azul, morada o turquesa. Un auténtico arcoíris.

—¿A qué viene lo de las puertas?

El chófer me mira a través del retrovisor un segundo antes de explicar el motivo.

—Todos los adosados eran iguales y tenían que ser uniformes por ley, pero los residentes empezaron a pintar las puertas de diferentes colores para saber cuál era el suyo. De esa forma, el vecino borracho no intentaba colarse en tu casa después de tomarse más pintas de la cuenta en el pub.

Me echo a reír por la explicación, porque tiene todo el sentido del mundo. Doblamos otra esquina, y luego otra, e intento absorberlo todo antes de que el coche se detenga delante de un enorme edificio con un nombre y un logotipo que conozco muy bien. He seguido a esta familia los últimos dos años. Tienen una historia parecida a la de mi familia, y me inspiraron cuando me lancé al

proyecto de construcción. Si pudiera llevar Seven Sinners a su nivel, conseguiría gran parte de los objetivos que me he planteado.

Aparto la vista del logotipo con el fénix dorado que hay en el enorme edificio para mirar a Mount.

—¿Cómo sabías que quería venir aquí?

—A pesar de lo que puedas creer, presto atención.

Me he pasado la mitad de la convención intentando encontrar la forma de hablar con el dueño de esta destilería, pero nunca he podido acercarme a él.

Parpadeo, sorprendida por el hecho de que Mount se haya dado cuenta.

El chófer aparca y sale del coche antes que nosotros para abrirme la puerta. Mount me sigue. El fresco aire irlandés hace que agradezca llevar la chaqueta de cuero, los vaqueros y el jersey que G metió en el equipaje, pero si cabe la posibilidad de que el dueño esté dentro de la destilería, preferiría llevar un traje o algo más formal.

Aunque es imposible. Seguro que está todo el día de reunión en reunión, como casi todo el mundo, aunque este sea nuestro día «libre». Han rechazado mis intentos por reunirme con los directores generales de empresas que son pesos pesados en el sector, y esperaba que Mount no se hubiera dado cuenta. A juzgar por esta sorpresa, seguro que sí lo ha hecho.

—Disfruten de la visita. Estaré esperando su llamada cuando estén preparados para irse —dice Padraig al tiempo que cierra la puerta del coche.

Sus palabras me recuerdan que esta destilería hace exactamente lo que quieren Temperance y Jeff Doon que haga Seven Sinners: abrir sus puertas al público para visitas guiadas.

Cuando entramos, el interior me recuerda a mi remodelación de Seven Sinners, y estoy tomando notas mientras Mount le da mi nombre a la mujer que hay tras el mostrador.

—Por supuesto. Le indicaré a su guía que ya han llegado. ¿Me permiten sus

abrigos? Dentro hará bastante calor.

Le doy mi chaqueta, al igual que Mount. Hoy no se ha puesto un traje, sino unos vaqueros oscuros, pero no he visto lo que lleva debajo de la chaqueta hasta este momento: una camiseta gris desgastada con el logotipo de Seven Sinners. Han pasado años desde que se hicieron esas camisetas. Mi padre seguía al mando de la empresa, y yo estaba subiendo por el escalafón desde abajo. La ropa con el logotipo fue un experimento que duró un año antes de que mi padre lo considerase un fracaso.

—¿De dónde la has sacado?

Mount me mira de reojo.

—¿Importa?

—Sí.

Se encoge de hombros.

—Sé de la existencia de Seven Sinners desde hace mucho. Desde mucho antes de que supiera de ti.

El cerebro me empieza a trabajar a marchas forzadas mientras intento averiguar el significado de esas palabras, pero nuestro guía se reúne con nosotros en la entrada. Y es, ni más ni menos, que el director general en persona.

—Señora Kilgore, es un placer conocerla. Tengo entendido que nos llega una competencia feroz desde Nueva Orleans gracias a Seven Sinners y a usted.

—Me estrecha la mano con respeto, y recuerdo lo que Mount me dijo.

«Ni se te ocurra pensar que eres inferior a cualquiera que haya aquí.»

Supongo que aquí es donde aplico eso de «finge hasta que sea verdad».

—Señor Sullivan, es un honor. Le presento a...

Me vuelvo para presentarle a Mount, pero el director general de Destilería Sullivan se me adelanta.

—Un hombre que no necesita presentación. —Deegan Sullivan le tiende la

mano a Mount, y el hombre que tengo al lado se la estrecha—. Ha pasado mucho tiempo, Mount. ¿Debo suponer que recibiste la caja de whisky que te mandé como agradecimiento?

Mount asiente con la cabeza, y miro a uno y a otro como si estuvieran jugando al pimpón.

¿Mount conoce a Deegan Sullivan? ¿Por qué me sorprende siquiera?

—Así es.

Deegan mira la camiseta de Mount.

—Pero parece que tus gustos en cuanto a whisky han cambiado. No sé si te impresionará lo que tenemos para ofrecer en nuestra cata de hoy.

Mount levanta las manos con las palmas hacia arriba y lo mira con una sonrisilla torcida.

—Soy un chico de Nueva Orleans. Tampoco hay que esforzarse mucho para saber dónde está mi lealtad. Sea como sea, la visita no es por mí. La señora Kilgore está preparada para su visita, así que espero que te luzcas, Deegan.

—Pues claro. Te llamas Keira, ¿verdad? Insisto en que nos dejemos de formalidades.

—Sí, Keira. Y me parece estupendo. Confieso que llevo unos años siguiendo tus progresos.

—Lo mismo digo. Preparar whisky según la tradición irlandesa en Nueva Orleans desde luego que llama la atención de la gente.

—Supongo que la de algunas personas, sí.

—¿Te gustaría ver la destilería? No hay más visitas guiadas hasta dentro de varias horas, así que tenemos la destilería para nosotros solos.

—Por supuesto —respondo al tiempo que la emoción cobra vida en mi interior.

—Como ya eres toda una experta, te ahorraré la charla y nos lanzaremos de lleno a la envidia.

Deegan abre una puerta enorme y el calor de los alambiques me golpea en la cara, recordándome a Seven Sinners. Subimos un tramo de escaleras hasta llegar a una pasarela metálica que nos ofrece una panorámica de toda la sala. En Seven Sinners, debido a la antigüedad de la nave, no lo tenemos tan organizado.

—Varias veces a la semana recibimos envíos de grano, y de cebada, tanto malteada como sin maltear, y usamos unos contenedores especiales para transportarlo todo de los silos a la molienda en húmedo.

—¿Ese proceso no es más habitual en la elaboración de cervezas que en una destilería? —le pregunto, básicamente porque yo he estado pensando en hacer lo mismo. Pero cuando le comenté la idea a mi padre el año pasado, la rechazó de plano.

—Nos importa la eficacia, y hemos descubierto que así funciona mucho mejor.

Me acerco al borde de la plataforma y me inclino sobre la barandilla para examinar el molino.

—A mí también me importa la eficacia, pero mi padre... —dejo la frase en el aire y veo que Deegan asiente con la cabeza.

—A veces, cuando se toman las riendas, tienes que dejar de hacerle caso a la generación anterior. Cuando lo único que te dicen es que «es la tradición», yo pienso que la tecnología seguramente pueda hacerlo mejor.

He contradicho a mi padre en varias ocasiones, la primera vez cuando pedí el enorme préstamo y remodelé el edificio. Cambiar las tripas del negocio, sin contar con el uso de los cereales ecológicos, es algo que nunca se me ha pasado por la cabeza. Pero, al parecer, debería hacerlo.

Deegan pasa a la siguiente fase del proceso.

—Estoy seguro de que reconoces la malta remojada nada más verla y olerla.

Aspiro el conocido olor y le hago unas cuantas preguntas acerca de la temperatura y del tiempo de reposo, y Deegan se muestra, para mi sorpresa, muy abierto a la hora de hablar del tema.

—No tengo que explicarte que separamos el líquido para mandar el mosto a las fermentadoras y que el grano escurrido se usa para hacer piensos.

Sonrío.

—Sí, controlo lo básico.

—Y mucho más, no me cabe la menor duda.

A medida que vamos avanzando por la destilería y hablamos de la fermentación y de las ventajas de usar cubas tanto de acero inoxidable como de madera, Mount se queda un paso por detrás de mí, sin abrir la boca.

O se aburre como una ostra o... o me está dejando que yo lleve la voz cantante, tal como hizo durante la convención. Por primera vez, le concedo el beneficio de la duda y creo que es lo segundo.

La calidez que se extiende por todo mi cuerpo no tiene nada que ver con el calor que emanan los preciosos alambiques de cobre, pero sí con el hombre que me sigue.

## Mount

No sabía que se podían tener celos de unas ollas, pero ver cómo Keira contempla los tres enormes alambiques de fabricación italiana me deja claro que sí, se puede.

—Seven Sinners también usa la triple destilación, ¿no? —pregunta Sullivan, y Keira asiente con la cabeza.

—Es el único proceso que ha empleado mi familia. Nuestro lema es «haz menos, pero que sea el mejor».

—Y el más fuerte —añade Sullivan con una carcajada—. Aquí lo entendemos bien.

Los dos se intercambian preguntas y respuestas hasta que no me cabe la menor duda de que Keira ha absorbido tanta información que podría volver a casa y rehacer por completo el proceso de fabricación de Seven Sinners. La discusión acerca de la minuciosa localización de los barriles, de la maduración, del proceso de mezclado y del embotellado me resultaría interesante en circunstancias normales, pero la atención absoluta de Keira vuelve el tema irresistible.

Al final de la visita guiada, que ha durado casi tres horas, Sullivan nos conduce a la sala de catas, donde hay un bar y también una tienda de regalos.

Keira observa el espacio, con evidente envidia.

—Mi asistente, Temperance, me estaría restregando ahora mismo todo esto mientras me suelta un «Te lo dije». —Cuando Sullivan y yo la miramos, continúa—: Lleva mucho tiempo detrás de mí para que haga algo igual. Que

aceptemos visitas, que les enseñemos a las personas qué hacemos y por qué lo hacemos de esa manera para que establezcan un vínculo personal con la marca. Que caten el whisky y les encante, y que luego les vendamos todo lo que podamos antes de que se marchen. ¿Te importa si hago unas fotos?

—Adelante. Y lo has resumido a la perfección. Eso es precisamente lo que hacemos aquí —le asegura Sullivan—. No somos ni Jack Daniel's ni Jameson, no somos una marca que vayan a comprar porque les suena el nombre. Pero una vez que alguien realiza la visita guiada, recordará el whisky Sullivan para siempre, y con un poco de suerte será un cliente fiel. Es un vínculo personal. Por eso, cuando construimos estas instalaciones, lo hicimos con las visitas guiadas en mente.

Keira suspira.

—Acabo de hacer una renovación total que nos ha transportado al siglo XXI... tarde, como de costumbre. Hemos añadido un restaurante y también le hemos hecho un lavado de cara a la destilería, pero empezar de cero y construir unas instalaciones para realizar visitas guiadas es imposible. Por no mencionar que también tenemos que modernizar la maquinaria.

—A lo mejor ahora no es el momento adecuado, pero tampoco llevas mucho tiempo al mando, ¿no? Tienes tiempo de sobra por delante para llegar hasta donde quieres.

—Con fondos ilimitados, tal vez... Voy a tener que hacer todos los pequeños cambios que pueda sin sacrificar la calidad. Tengo sitio para una tienda de regalos. Tenemos el restaurante. Pero me da en la nariz que a mis abogados les dará un ataque si menciono las visitas guiadas.

Sullivan sonríe.

—A la mierda los abogados. Solo ponen trabas. Busca la forma de que funcione. Somos únicos aquí en Dublín. Claro que puedes hacer visitas guiadas en el antiguo edificio de Jameson, pero allí no se hace whisky. Visitas

un museo. Es estupendo para la gente que ya conoce la marca, pero si quieres adelantar a los demás, necesitas algo distinto.

Cuando nos sentamos a una de las mesas para catar varios tipos de whisky, la mente de Keira no está del todo concentrada en los sabores que Sullivan describe. Ya está trabajando en todo lo que él le ha dicho.

Y yo también.

## Keira

Cuando salimos de la Destilería Sullivan, mi cerebro funciona a toda pastilla. Mount debe de haberle enviado un mensaje de texto a Padraig, porque el chófer sale del coche y le quita de las manos a Mount la caja de whisky que Deegan ha insistido en que nos lleváramos para meterla en el maletero.

Saco el móvil y anoto un sinfín de cosas que debo discutir con Temperance y con Louis cuando regresemos. Tengo planes. Muchos.

—Señor, ¿quiere que lo lleve de vuelta al hotel? —pregunta Padraig.

—Depende —contesta Mount, y yo aparto la vista del móvil para mirarlo a los ojos—. ¿Algún otro lugar de Dublín que quieras ver en esta ocasión?

«En esta ocasión.» Eso suena como si fuera a regresar, y decido que Mount tiene razón. Regresaré. Pero de momento... sé exactamente qué otra cosa quiero ver.

—No me gusta mucho la cerveza, pero siempre he querido ver la Puerta de Santiago y beberme una pinta de cerveza en el Gravity Bar del Guinness Storehouse.

—¿Vamos, entonces? —pregunta Padraig—. No está lejos, dentro del barrio Liberties, y pueden hacer gran parte de la visita sin supervisión. Es una zona muy frecuentada por turistas.

Quiero decir que sí. No me imagino a Mount mezclándose con una multitud de gente que no para de hacer fotos, pero las imágenes que he visto del Gravity Bar me inspiraron en parte para darle forma al restaurante del último

piso de Seven Sinners. Estar tan cerca y no verlo en persona sería una decepción.

—Lo que la señora prefiera —contesta Mount, que me deja a cuadros—. Vamos al Guinness Storehouse. Si vamos a ser turistas por un día, lo mejor es hacerlo bien.

Diez minutos después, salimos del coche y pisamos una calle de adoquines situada junto a un enorme edificio de piedra y ladrillo. Echo a andar hacia la puerta, donde se puede leer: BIENVENIDOS AL HOGAR DE GUINNESS. El interior es un manicomio. El jaleo provocado por los cientos de turistas reverbera en las paredes. La mano de Mount no abandona en ningún momento la base de mi espalda mientras hacemos cola para comprar las entradas y nos acercamos a la tienda de regalos, donde están las escaleras mecánicas a través de las cuales da comienzo la visita.

—Arthur Guinness era un hombre listo.

Mount señala con la cabeza una frase escrita en lo que parece una réplica de un tanque de fermentación. Dice así:

NO TODO LO QUE ESTÁ EN BLANCO  
Y NEGRO TIENE SENTIDO.

El hecho de que Mount haya visto la frase me hace pensar en la abrumadora presencia del blanco, el negro y el dorado en las dos *suites* que he visto en su complejo. Y en el comedor. Y en los pasillos.

—¿Te inspiraste en Guinness para la decoración?

Cuando me vuelvo para mirarlo, veo que sus ojos están a la altura de los míos, porque se ha quedado en el peldaño inferior.

La risa de Mount reverbera sobre las conversaciones, que juraría que se detienen por un segundo.

—No. No, nada de eso.

—Entonces, ¿a qué viene?

El humor desaparece de su rostro, y me da la impresión de que no va a contestar, aunque dice:

—Es un recordatorio.

—¿De qué?

—De que los absolutos existen. El bien y el mal. Lo bueno y lo malo.

Eso explica lo del blanco y el negro.

—¿Y dónde dejas el dorado?

—La regla de oro. El que más oro tenga pone las reglas... y decide dónde está la línea que separa el bien del mal.

Tengo la impresión de que Mount acaba de revelarme un trocito de sus pensamientos, y no estoy segura de lo que hacer. En nuestras circunstancias, es evidente que Mount tiene más oro, de manera que es él quien pone las reglas. Pero el bien y el mal, lo bueno y lo malo... esos conceptos no parecen preocuparlo mucho. O, en todo caso, hasta ahora había pensado que se movía en los matices de gris.

Mount alza la barbilla y levanta la vista.

—Te estás perdiendo lo bueno.

Miro hacia el lugar que ha señalado. Un cristal con un texto grabado.

ESTE ES EL LUGAR DONDE DURANTE UN SIGLO TUVO LUGAR EL MÁGICO PROCESO DE LA FERMENTACIÓN. SE COMENZÓ A CONSTRUIR EN JULIO DE 1902. CUATRO AÑOS DESPUÉS, EMPEZÓ LA FERMENTACIÓN Y SIGUIÓ HASTA 1988.

La curiosidad que me genera el comentario sobre el negro, el blanco y el dorado queda relegada a un segundo plano mientras absorbo la historia del lugar que me rodea. Aunque no tenga nada que ver con el whisky, que es mi pasión, mis raíces y mis vínculos con la ciudad me parecen más fuertes que nunca.

Mount y yo recorremos los distintos pisos, leyendo las placas, y oyendo las explicaciones de los vídeos que describen la historia de Guinness. Lo que más le impresiona a Mount es que Arthur Guinness tuviera la previsión y la confianza de firmar un contrato de alquiler de nueve mil años por las instalaciones.

—Le echó un par. En todo caso, hay que respetarlo por eso.

—¡Fue una locura! Debieron de tomarlo por loco —dijo.

Mount meneaba la cabeza.

—Más bien fue un genio.

Después de aprender cómo se debe tirar una pinta y de probarla, llegamos por fin al Gravity Bar, y puedo ver con mis propios ojos la panorámica de 360° de Dublín. Es irreal.

Mount se detiene detrás de mí. Coloca las manos a ambos lados de las mías, sobre la mesa alta en la que descansan los restos de las pintas, para protegerme de los empujones de la multitud que atesta el lugar.

—No me puedo creer que de verdad estoy aquí. —Vuelvo la cabeza para mirarlo—. Gracias. Sé que no entraba en tus planes hacer esto hoy, pero significa mucho para mí.

No me replica, pero esa mirada oscura se clava en la mía y deseo poder echarle otro vistazo al interior de esa cabeza. Este hombre es un enigma.

Me coloca las manos en la base de la espalda de nuevo mientras dice:

—Acábate la pinta. Todavía no hemos terminado de ver Dublín.

## Mount

Quiero que me bese. Aquí mismo, en el bar, quiero que se dé media vuelta y que me bese de forma voluntaria, porque le salga del mismísimo. Al ver que no lo hace, me trago la decepción y la acompaño hasta la escalera, que bajamos para salir del edificio mientras me digo que, al menos, no pensará en la cerveza Guinness sin recordar este viaje. Y a mí.

Pasamos por la famosa Puerta de Santiago al salir del barrio de Liberties, y Keira extiende una mano para agarrarme el brazo.

—¡Ahí está! ¡Esa es!

La puerta negra lacada con el arpa dorada y debajo, el nombre de Guinness, que tantas veces he visto en los anuncios de la empresa, pero a Keira eso le da igual. Prácticamente está dando botes en el asiento al verla con sus propios ojos, y su emoción es contagiosa.

Ya he estado antes en Dublín. No fueron negocios agradables, pero había que hacerlos. Después de marcharme, habría sido incapaz de describir algo de la ciudad, salvo que era gris y lluviosa, y que el río tenía un insalubre tono verde.

Pero ahora la veo a través de los ojos de Keira, y su perspectiva es totalmente distinta. Ha conseguido que cambie de opinión sobre Dublín, solo por disfrutar de la ciudad a su lado.

No protesto cuando le dice a Pdraig que nos deje en un verdadero pub irlandés situado cerca de Temple Bar. Dejo que me baje del coche cuando nos

detenemos delante de un restaurante que tiene buena pinta, y me guía hasta el interior.

La comida es grasienta, pero llena bastante, que al parecer es lo que necesitamos, porque a Keira se le ha metido en la cabeza que debemos visitar todos los pubs que podamos de Temple Bar. Si lo comparásemos con Nueva Orleans, diría que Temple Bar es como el Barrio Francés, de ahí que ambos nos sintamos tan a gusto. Los edificios están pegados los unos a los otros, y paseamos por las calles adoquinadas sin tener un destino concreto, moviéndonos en la dirección que a Keira se le antoja.

Entre pub y pub, me lleva a vistosas tiendas para comprar un batiburrillo de cosas. ¿Mi preferida? Un colgante barato, pero original.

—Creo que me pega. ¿Qué te parece? —Está achispada porque llevamos bebiendo todo el día. Whisky irlandés, cerveza y sidra. La mezcla de las tres cosas la ha ayudado a perder la tensión que normalmente exhibe cuando está conmigo.

Le ofrezco los euros necesarios para pagar el colgante mientras lo cojo. Es una mano haciendo la peineta, y en los nudillos hay dos palabras tatuadas: «Trabaja duro.» Siento el asomo de una sonrisa en los labios mientras se lo coloco en torno al cuello.

—Te pega, sí.

—Pero esta noche no. Esta noche es para divertirnos. Nada más. —Como si quisiera enfatizar las palabras que ha pronunciado con lengua de trapo, se quita la goma de la coleta baja que ha llevado durante todo el día y sacude la melena pelirroja—. Me he soltado el pelo. Ahora te toca a ti.

El dueño de la tienda parece alegrarse al ver que nos vamos, porque estaba a punto de cerrar. El sol se ha puesto, y en las calles se oye la música irlandesa procedente del interior de los pubs.

Keira se apoya en mí.

—¿Y?

No sé bien hasta qué punto está achispada, pero parece no haberse percatado de que falta una pieza del rompecabezas.

—No puedo soltarme el pelo. —Me paso una mano por la cabeza—. No lo tengo largo.

—Pues tendrás que hacer otra cosa.

—¿El qué? —De nuevo siento el asomo de una sonrisa en los labios.

—Eso —dice, señalándome la cara—. Sonreír. Casi nunca lo haces. Siempre pareces muy... severo.

Al ver que intenta imitar mi expresión habitual, acabo soltando una carcajada.

—¡Sí! —exclama, sonriendo satisfecha.

—¿Eso es lo único que quieres de mí?

Niega con la cabeza mientras llegamos a la puerta de otro pub.

—No. Esta noche vamos a fingir que tú no eres Mount y que yo no estoy contigo por el pago de una deuda. Vamos a ser Lachlan y Keira. ¿Podemos hacerlo?

Estoy a punto de decirle que ella es mucho más que eso, pero me muerdo la lengua. En cambio, yo también propongo algo.

—Con una condición.

Entramos en el bar, que está hasta los topes para oír al músico que está tocando en el escenario.

—¿Cuál? —pregunta a voz en grito para hacerse oír por encima del jaleo de la gente, así que la rodeo con los brazos y la levanto del suelo para que pueda hablarme al oído.

—Que digas mi nombre otra vez.

—Vamos, damas y caballeros. ¡A bailar! —grita el artista que está en el escenario, animando al público a que salga a la pista de baile.

Keira se muerde el labio inferior, y el deseo de besarla me golpea con fuerza. Me coloca las manos en los hombros y se inclina hacia delante.

Contengo la respiración a la espera de que sus labios rocen los míos, pero los sorteas para acercarse a una oreja.

—Baila conmigo, Lachlan. Baila conmigo en Dublín.

## Mount

Keira se queda sopa entre mis brazos nada más cerrarse la puerta del coche, tras lo cual Padraig nos lleva de vuelta al hotel.

He apostado y ganado un montón de dinero en infinidad de ocasiones, he amasado una fortuna hasta que ya no significa nada, salvo el poder que me permite ostentar. He construido un puto imperio. Pero nada de esas cosas puede ofrecerme lo que deseo ahora mismo.

«Baila conmigo, Lachlan.»

Fue una petición ridícula. No bailo, pero en ese pub, con el cantante irlandés que tocaba la guitarra y que animaba a todos a salir a la pista, le di lo que me pedía.

Por una noche, he podido ser otra persona. Cualquiera menos yo. Y ese hombre ha sido capaz de enamorar a esta mujer.

Keira suspira y se acurruca contra mí.

«Qué pena que seguramente no se acuerde de nada más tarde», me digo.

O tal vez sea mejor así. A diferencia de mí, no se pasará la vida deseando pasar otra noche igual.

## Keira

Cuando me despierto, parece que tengo un coro de bailarines irlandeses zapateando en la cabeza. Me doy la vuelta en la cama, desnuda y cubierta por la sábana y el cobertor, y no tengo ni idea de cómo he llegado aquí ni de cómo conseguí desnudarme.

Le echo un vistazo al reloj y veo que es casi la una de la tarde.

—Mierda. —Me he perdido casi todas las charlas de la mañana. No eran tan importantes como las del principio de la convención, seguramente porque muchos se iban antes de que acabara, pero no está bien de todas formas. Es mi primera convención, y quiero aprovecharla al máximo.

Me siento en la cama y aparto la sábana. Una nota cae al suelo, como si hubiera estado a mi lado. Cuando me agacho para recogerla, tengo la sensación de que todo lo que he consumido en los últimos días se me sube a la garganta.

Estoy demasiado mayor para lo que fuera que pasó anoche, joder.

Nunca he sido de las que se desmayan por el alcohol, porque tengo más tolerancia que la mayoría de las personas, pero los recuerdos de anoche son, como mucho, difusos.

Recuerdo la destilería. Guinness. Comer. Pasear por Temple Bar y entrar en más de un pub. Pero lo demás está muy borroso.

Cuando se me calma el estómago, me agacho para recoger la nota.

Hay café caliente en el salón. Medicina en la mesita de noche para la cabeza.

Bebe agua. Dúchate y pide algo de comer.  
Tus estilistas llegarán a las cinco.

No hay firma, pero reconozco esa letra.

La última parte me desconcierta. ¿Estilistas?

Luego recuerdo que esta noche será la última de la convención, y que se va a celebrar la fiesta de clausura con la entrega de premios al mejor whisky y a la mejor bebida espirituosa, cuya cata ha tenido lugar a lo largo de toda la semana. Seven Sinners no ha participado porque yo no pensaba venir.

Tal como me siento ahora mismo, no estoy segura de volver a ser persona para esa hora, pero me levanto y mantengo el equilibrio. Me imagino su voz autoritaria al ordenarme que lo obedezca y, aunque para mí lo más normal es rebelarme, no pienso hacerlo.

Claro que mi estómago tiene otros planes y tengo que salir corriendo al cuarto de baño.

¡Uf!

Después de echar hasta la primera papilla, me enjuago la boca, me lavo los dientes y bebo un poco de agua para tragarme las pastillas de ibuprofeno que encuentro en la mesita de noche. Ahora mismo, el café es demasiado. Cuando el estómago deja de darme saltos, me meto en la ducha.

La comida ya vendrá después, porque ahora me parece un plan horrible.

Después de pasar lo que se me antoja un año bajo el chorro de agua caliente, me obligo a cerrar el grifo y a salir de la ducha.

—Toma.

Doy un grito cuando Lachlan me ofrece una mullida toalla de baño.

¿Lachlan? ¿Cuándo narices ha pasado a ser Lachlan?

Cojo la toalla y me envuelvo con ella, ya que me siento más desnuda que antes, sin importarme que ya haya visto cada centímetro de mi cuerpo.

—¿Has pedido algo de comer?

—Todavía no.

—Bien. He pedido algo al servicio de habitaciones.

Alucinada por mi cambio de actitud, ni le pregunto qué ha pedido.

—¿Qué pasó anoche?

—Bebiste un poco más de lo que pensábamos.

Me subo un poco la toalla, remetiéndolo un poco por debajo de la pasada anterior para que no se me caiga, antes de mirarlo a los ojos.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Aprieto los labios, porque quiero exigirle detalles, pero ya sé que no me los va a dar.

—Creo que eres más terco incluso que yo.

Eso sí le provoca una reacción. Una minúscula sonrisilla torcida.

—Pero por un pelo nada más.

—¿No vas a decirme nada?

Alguien llama a la puerta de la *suite* y él se vuelve, pasando de la pregunta.

—Voy a abrir. Y tú vas a comer algo.

## Mount

Me echan de la habitación durante dos horas, mientras las estilistas que he contratado para que peinen y maquillen a Keira obren su magia. Me encargué de que comiera, de que durmiera un poco más y cuando llegaron, parecía preparada y casi humana.

Estoy en el bar del hotel cuando recibo una llamada de J a través de la línea segura.

—Tenemos un problema.

—¿Cuál? —Me saco la cartera del bolsillo y dejo el dinero en la barra antes de alejarme hacia los reservados insonorizados disponibles para hablar por teléfono.

—El cártel está haciendo preguntas sobre la desaparición de su lugarteniente.

—No me jodas. —Localizo un reservado libre, entro y cierro la puerta.

—Pues sí, y parecen muy insistentes.

Rememoro aquella noche y repaso la lista de testigos presentes en la estancia. El concejal corrupto, el telepredicador hipócrita con miles de fieles que sisaba dinero de las donaciones y el magnate del petróleo con un ego mayor que el mío.

De todos ellos tengo información y a todos les encantaría que el cártel me quitara de en medio, con la esperanza de que sus secretos murieran conmigo.

—Todos saben las consecuencias a las que se enfrentan si hablan. Si te apetece, mándales un recordatorio de mi parte.

J sabe que el «recordatorio» consiste en un grupo de hombres.

—Creo que el telepredicador es el eslabón débil. Es un gallina —asegura.

—No. Él es la menor de nuestras preocupaciones. No quiere renunciar al avión privado ni a sus amantes. Es el petrolero quien debe preocuparnos, porque no lo tenemos sometido. Vigílalo. Si el cártel aparece para interrogarlo, asegúrate de que está temporalmente no disponible.

—¿Cuánto?

—Hazle saber que le conviene llevarse a su familia a disfrutar de unas largas vacaciones en su villa italiana.

—¿Y si se niega?

—Lo haces, joder, J. ¿No querías demostrar que puedes encargarte de más cosas? Pues encárgate de esta mierda.

El tono de voz de J cambia.

—Todo está controlado. Disfruta del resto de las vacaciones.

—Si te surge algún problema, llámame. No quiero sorpresas.

—Entendido, jefe.

Cuelgo, molesto por que mi escapada se haya visto interrumpida por la mierda del cártel.

J sabe tan bien como yo que los mexicanos nunca encontrarán el cuerpo y, sin cuerpo, no pueden demostrar que fui yo. Y sin pruebas, no se atreverán a hacer el menor movimiento.

Pero los testigos... Los testigos pueden ser un problema.

No lo serán.

He vadeado problemas más gordos que este y he salido airoso, así que espero que esta situación acabe igual.

Abro la puerta del reservado y miro la hora en el móvil. La fiesta de clausura debe de haber empezado, y no pienso permitir que Keira se pierda la entrega de premios.

No lo sabe, pero me he asegurado de que Seven Sinners esté presente en distintas categorías en el último minuto. No tengo control alguno sobre los jueces, pero su producto habla por sí solo.

No se lo he dicho porque si no gana, no tiene por qué saber que, de entrada, estaba entre los candidatos al premio.

Desconozco en qué momento decidí que necesitaba protegerla no solo de las amenazas físicas, sino de cualquier cosa que pueda suponerle una decepción. Esta semana ha cambiado muchas cosas.

Llego a la *suite* y cierro la puerta al entrar, mientras aguzo el oído para comprobar si las estilistas siguen con ella, pero todo está en silencio.

—¿Keira?

—¡Un momento! —responde desde las proximidades del dormitorio—. Ya casi estoy. —Parece estar bastante mejor que cuando me fui.

La espero en el salón y sopeso si me sirvo otro trago o no mientras mi mente repasa la conversación con J, pero decido no hacerlo.

En cambio, contemplo la ventana contra la que me follé a Keira hace unos días. Otra cosa que me gustaría repetir.

Joder, me gustaría repetir toda la semana entera. Pero esta noche volvemos a la realidad. El avión privado nos estará esperando en el aeropuerto cuando la fiesta termine.

—Bueno, ¿qué te parece?

Me vuelvo hacia ella, que está en el vano de la puerta del dormitorio, y me quedo paralizado.

El vestido, de un verde reluciente a juego con sus ojos, marca cada una de sus curvas, pero la cubre lo bastante como para ser el epítome de la elegancia. Le han recogido el pelo, y algunos mechones le caen alrededor de la cara.

—Por Dios.

—¿Es un «Por Dios» bueno o malo? —me pregunta mientras entra en el

salón. La raja del lateral deja ver una pierna torneada y unos zapatos de putón.

—Es un «Por Dios, espero que no sigas con resaca, porque no sé si dejarte salir de la habitación esta noche».

En sus labios aparece una sonrisa.

—Pues la verdad es que me siento bien. Debe de ser mi genética irlandesa.

—Me mira de arriba abajo, y sus ojos se detienen en mi entrepierna—. Siempre estás estupendo con traje, pero creo que tienes un problemilla.

—Nunca utilices un diminutivo para referirte a mi polla.

Se echa a reír, y el sonido me recuerda a lo mucho que se rio anoche.

Joder. Tengo que dejar de pensar en eso, me digo.

Atraviesa el salón, dejando a la vista la pierna mientras anda con un brillo travieso en los ojos.

## Keira

Retazos de la noche anterior acuden a mi memoria mientras Brigid y Briana me peinan, me maquillan y me hacen la manicura.

Han estado parloteando con un acento monísimo y me han preguntado qué he visto y qué he hecho en Dublín. He tenido que esforzarme para recordar esos retazos.

—Estoy casi segura de que bailamos en un pub... —Me sale más como una pregunta, porque, aunque tengo unos vagos recuerdos, me cuesta imaginarme a Mount, al que al parecer estuve llamando Lachlan anoche, haciendo algo así.

—Parece que el *craic* fue genial —dice una de ellas. Se me ha olvidado quién es quién nada más entrar por la puerta.

—¿Crack? No me meto esa mierda.

Las dos se echaron a reír.

—Crack no. El *craic*. La diversión. El buen rato. Tienes que mejorar tu gaélico. Aunque tienes acento norteamericano, con tu aspecto encajas muy bien aquí.

Mientras me enseñan expresiones irlandesas, mi mente vaga por otros derroteros. Por la noche anterior, cuando tuve la sensación de intentar montar un rompecabezas de mil piezas sin dibujo con el que guiarme.

Ahora, mientras me cruzo nuestra *suite* para reunirme con Lachlan, algo ha cambiado. Lo siento en la médula de los huesos, y eso me aterra.

Luego recuerdo lo que dije.

«Baila conmigo, Lachlan. Baila conmigo en Dublín.»

Y lo hizo. Recuerdo el calor de su cuerpo pegado al mío mientras nos mecíamos con las baladas, y sus fuertes manos en la cintura, cuando me levantó como si pesara menos que una pluma.

El hombre al que creía un monstruo me ha dado la mejor semana de mi vida y, por lo que recuerdo, la mejor noche de mi vida, y no tengo la menor idea de cómo asimilarlo.

Se suponía que solo iba a ser sexo. El pago de una deuda. Pero ha escapado a todo control, y ahora me aterra que se esté convirtiendo en algo totalmente distinto... algo que es imposible.

Sé que tengo que concentrarme en lo que fue al principio: sexo. Necesito borrar mis recuerdos incompletos de anoche, porque son demasiado bonitos para ser verdad.

El hombre que bailó conmigo en un pub en la ciudad que llevo toda la vida queriendo visitar nunca podrá ofrecerme un final feliz como el que en otro tiempo creía estar a punto de conseguir. Y no porque sea un estafador como Brett, sino porque es Lachlan Mount.

Tengo que recordarme que, para él, solo soy una posesión, y que nunca podremos ser nada más.

Me detengo a un paso de Lachlan. No, de Mount, me recuerdo. Extiendo un brazo con una osadía que no tenía antes y le pongo la mano en la polla.

Se queda sin aliento, sin duda sorprendido por el gesto.

«¿Lo ves? Puedo hacerlo.» Sea lo que sea que pasara anoche, se me olvidará y volveremos al lugar que nos corresponde.

—No, desde luego que no hay diminutivos que valgan. —Me humedezco los labios, que no llevo pintados porque les dije a Brigid y a Briana que yo me encargaría de eso, por si comíamos antes.

—Con eso no ayudas precisamente. —Su voz suena ronca y grave, como si le estuviera costando la misma vida contenerse.

—¿Quieres bajar así? —Levanto la vista y lo miro a los ojos un segundo, antes de volver a apartarla. Su mirada es demasiado intensa para mí—. Si entras en el salón de baile así, te garantizo que ninguna de las mujeres será capaz de apartar la vista.

Me levanta la barbilla con delicadeza, pero de todas formas me obliga a mirarlo a los ojos.

—¿Te molestaría eso?

El afán posesivo me abrumba de golpe, como si tuviera delante un incendio.

—Tal vez —respondo y me encojo de hombros.

—En ese caso, ocúpate del asunto.

Sus palabras son un desafío que cree que voy a rechazar. Pero después de lo de anoche, ya no tengo ni idea de lo que quiero de verdad, salvo destruir los cuentos de hadas en los que acabo creyendo, aunque solo existan durante un segundo.

Me aparto el vestido para arrodillarme delante de él, y luego lo miro con expresión elocuente.

—Cuidadito con estropearme el peinado.

Aprieta las manos como si quisiera hacerlo, pero se obliga a aferrar la barra que tiene detrás.

Le desabrocho el botón y le bajo la cremallera, y por fin le rodeo la dura polla con la mano. Esta vez me siento poderosa.

—¿Qué me dices del maquillaje? —me pregunta con voz estrangulada.

—Mientras no te corras en mi cara, no pasará nada.

Como no me contesta, agacho la cabeza lo justo para lamerle la gota que tiene en la punta.

Cuando gime, me aparto.

—¿Trato hecho?

—Sí. Me cago en la puta, Keira. ¿Quieres obligarme a que te suplique?

—Sería bonito para variar.

Me mira y gruñe.

—Inténtalo a ver si lo consigues.

## Keira

—Joder.

La satisfacción que me invade cuando echa la cabeza hacia atrás y suelta el taco mientras le agarro los testículos con una mano y me meto todavía más su polla en la boca seguramente sea enfermiza, pero me da igual. Tan pronto como me lanzó el desafío, me decidí a acometer la misión.

Hemos retomado la lucha de poder que comprendo, pero esta vez yo tengo la ventaja.

Bajo la cabeza para meterme un testículo en la boca y luego el otro, y el gemido que suelta reverbera en la estancia. Estoy convencida de que va a pasar de lo que le he dicho y de que va a acabar despeinándose, lo que nos dará un motivo para no salir de la habitación, pero no lo hace.

Está respetando mi petición, y eso aumenta un poco más el poder que siento ahora mismo.

Le acaricio la polla, alternando entre la boca y la mano, pero sin soltarle los testículos, y lo miro a través de las pestañas. Esa mirada oscura me atraviesa, y el deseo y la necesidad descarnada que transmite están a punto de obligarme a tirar por la borda la ventaja que tengo. Oírlo suplicar no es nada comparado con la idea de que me ponga en pie, me dé media vuelta y me la meta por detrás.

Ahora mismo no sé lo que dice eso de mí ni me importa.

—¿Te lo vas a tragar todo cuando me corra en tu garganta? —me pregunta, y

niego con la cabeza. Lo veo fruncir el ceño, confundido, y me la saco de la boca—. ¿A qué coño estás jugando?

Me pongo en pie lentamente.

—No estoy jugando. Esta vez no.

Sus ojos parecen lava ardiente.

—Quieres que te folle, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Menos mal.

No sigue el guion que he imaginado en mi cabeza, pero ¿cuándo lo ha hecho? En cambio, me lleva hasta el sofá, me levanta el vestido para quitarlo de en medio y me inclina hacia el respaldo. Contiene el aliento cuando descubre que no llevo bragas.

—Qué putilla eres. Cuando entremos en la fiesta, todavía vas a sentirme bien dentro. ¿Eso es lo que quieres?

—Sí —susurro.

—Más alto.

—¡Sí, joder!

—Pues agárrate fuerte, porque no pienso reprimirme.

Mount es fiel a su palabra. Una hora más tarde, después de haberme arreglado el maquillaje y los mechones de pelo que se me han escapado, todavía lo siento entre las piernas.

Me tiemblan un poco las rodillas cuando llegamos a la fiesta. Joder, me siguen temblando incluso después de beberme la primera copa. Es el Efecto Mount, decido.

Veinte minutos después, todo el mundo mira hacia el escenario cuando aparece el maestro de ceremonias para anunciar los ganadores de los premios.

Sonrío mientras aplaudo, y desearía haber sabido de antemano que iba a asistir, porque Seven Sinners es tan bueno como muchas de las marcas que van a llevarse un premio a casa esta noche, si no mejor.

Abro la boca para decirle a Mount que necesito otra copa, pero el maestro de ceremonias anuncia la categoría de whisky irlandés destilado en Estados Unidos y guardo silencio porque sé que ese es el que podríamos haber ganado.

—Y el ganador es... —Abre el sobre de forma teatral para darle emoción y sigue—: La Destilería Seven Sinners de Nueva Orleans.

Miro a un lado y a otro, preguntándome si los demás lo han oído o si todavía estoy bajo los efectos del alcohol, alucinando. ¿Cómo es posible?

La mano de Mount abandona la base de mi espalda y me rodea la cintura para pegarme a él. Lo miro, embargada por el asombro y la confusión.

—¿Has sido tú? ¿Has hecho algo para que ganemos?

Lo niega con la cabeza.

—Lo único que he hecho ha sido asegurarme de que entrabais en la competición, aunque fuera tarde. Seven Sinners ha ganado por méritos propios.

—¡Dios mío! —Me invade una euforia arrolladora y vertiginosa.

Mount señala el escenario con un gesto de la cabeza.

—Creo que tienes que ir a recibir el premio.

Con su mano en la base de la espalda, avanzamos entre la multitud, pero subo sola la escalera hasta el escenario. Me tiembla la mano mientras recibo el galardón, una estatua que simboliza una botella de cristal, y estrecho la del maestro de ceremonias.

—Gracias. —Observo la multitud desde el escenario en busca de una cara. Y no es la de mis competidores.

Es la suya.

Cuando la encuentro, me recorre otra oleada de felicidad. Está sonriendo, y

creo que es un gesto que solo recuerdo haber visto en mis distorsionados recuerdos de la noche anterior.

Una sonrisa deslumbrante, tal como siempre he pensado que sería.

El maestro de ceremonias asiente con la cabeza.

—Es un placer, señora Kilgore.

Trago saliva para contener las emociones que amenazan con explotar en mi pecho y regreso hacia la escalera. Mount me está esperando abajo con una expresión sorprendente en la cara.

Orgullo.

—Felicidades, señora directora.

## Mount

Aunque me muero por pasarme el vuelo de vuelta a casa iniciando a Keira en el club de los que follan en un avión, tengo que ocuparme de los negocios, y ella también. Trabajamos en silencio durante casi todo el vuelo, y solo rompemos la concentración una vez para comer.

En mi organización, espero que todo el mundo trabaje duro, pero incluso así me cuesta encontrarme a alguien con la misma ética laboral que yo.

Sin embargo, la he visto en Keira. Delante de mí ahora mismo, y durante toda esta semana.

Fui un imbécil al creer que podría poseerla, follarla y dejarla apartada en un rincón, como cualquier juguete.

¿Qué coño voy a hacer con ella ahora? Lo de anoche fue una anomalía. Cuando regresemos a Nueva Orleans, las cosas volverán a ser como antes. No hay más alternativa.

«¿Estás de coña?», me pregunta la voz de mi conciencia. «Eres Lachlan Mount. Tú tienes la sartén por el mango. Tú pones las reglas. Y eso quiere decir que puedes tener lo que te dé la puta gana.» Y lo que quiero, más que nada en el mundo, es que Keira vuelva a llamarme por mi nombre de pila. Pero... estando sobria.

## Keira

No voy a mirarlo.

No voy a mirarlo.

No... voy... a... mirarlo.

Fallo y alzo la vista por enésima vez durante este interminable vuelo para contemplar al hombre que tengo delante.

He usado tantas veces la palabra «nunca» refiriéndome a Mount para acabar rompiendo mis propias reglas, que ya no sé qué pensar.

¿Por qué tiene que ser quien es? Eso es lo que no puedo comprender. Durante este viaje, me he convencido de alguna manera de que todo sería distinto, de que por fin había encontrado al hombre que podría darme lo que quiero y lo que necesito. Un compañero.

Pero según pasan las horas en este avión, siento que la oscuridad lo rodea como una nube tangible, extrayendo la relajación que ha demostrado durante los días que hemos pasado en Dublín.

Quiero repetirlo todo.

Quiero tener la oportunidad de disfrutar de las diferencias que no he apreciado como se merecían mientras estábamos allí.

Pero eso también es imposible.

Cuando lleguemos al aeropuerto de Nueva Orleans Lakefront y las ruedas del avión pisen la pista, volveré a ser Keira Kilgore, endeudada hasta las cejas con Lachlan Mount, que usa mi cuerpo a placer a modo de pago.

Nada habrá cambiado, pero al mismo tiempo, tengo la impresión de que

todo lo ha hecho.

Me sumerjo en el trabajo y abro todas las notas que redacté después de la visita guiada por la destilería. Escribo un mensaje de correo electrónico para Deegan Sullivan, dándole las gracias en persona e invitándolo a visitar Seven Sinners si algún día va a Nueva Orleans.

Después empiezo a trazar un plan para ver cómo podemos implementar medidas de seguridad de la forma más económica posible y así poder abrir la destilería al público con visitas guiadas. Sin que sirva de precedente, ni siquiera pienso en lo que opinará mi padre cuando se entere.

El galardón que descansa a mi lado me dice que lo que estamos haciendo en mi pequeña destilería importa, y que es mi trabajo seguir avanzando en la medida de lo posible.

Me digo que no voy a tocar el dinero del banco a menos que sea absolutamente necesario, porque quiero saldar la deuda.

Pero si lo hago, ¿qué me unirá al hombre que tengo enfrente? Nada.

Hace una semana, habría celebrado esa idea.

Lo mío no es normal. Es imposible que sienta esto que estoy sintiendo.

Cuando las ruedas pisan la pista del aeropuerto y el avión se detiene delante del hangar, he asimilado algo que me aterriza más que nada en la vida.

No odio a Lachlan Mount.

Mount baja en primer lugar la escalerilla y me ofrece una mano cuando llega abajo. Antes de salir, me he quitado el vestido y me he puesto una blusa blanca y unos pitillos negros. Él no se ha molestado en quitarse el traje. A estas alturas, ya lo considero su uniforme natural.

Espero encontrar a Cicatriz con el coche de siempre, pero Mount echa a andar hacia la puerta del hangar.

—¿Llega tarde? Pero si nunca lo hace.

—V no va a venir. Conduzco yo.

Entramos en el enorme edificio de paredes metálicas, y veo el coche negro con rayas blancas en el capó, en el techo y en el maletero que está aparcado en el interior.

—Hala. ¿De dónde ha salido?

Mount me mira por encima del hombro mientras se acerca a la pared para introducir una contraseña en un panel situado al lado de una caja metálica.

—De mi colección.

La puerta de la caja se abre y coge unas llaves, tras lo cual la cierra de nuevo. Usa una llave para abrir el maletero y retrocedo un paso.

—¿Qué? ¿Te asusta que pueda haber un cadáver dentro?

—¿Eso es una broma? ¿Acabas de hacer un chiste?

Un empleado del aeropuerto llega corriendo con nuestro equipaje antes de que Mount pueda responder. Una vez que está todo en el maletero, abre la puerta del copiloto para que yo entre.

—Yo no bromeo.

—Y una mierda —replico, incapaz de contenerme.

Él me mira con los ojos entrecerrados.

—Las reglas han cambiado ahora que...

—¿Ahora que hemos vuelto? Ya lo he pillado. —Me acomodo en el asiento y suelto una risotada—. No esperarías menos de ti. Al fin y al cabo, tienes una reputación que mantener y no se sabe quién podría estar mirando.

Su expresión se vuelve amenazadora, y yo aparto la vista para clavarla en el premio que descansa en mi regazo. Una prueba tangible que puedo conservar de este viaje.

Mount cierra la puerta con fuerza y rodea la parte delantera del coche. Una

vez que se sienta al volante y mete la llave en el contacto, sé que he dado en el clavo.

Aunque quisiera ser el hombre que ha sido en Irlanda, aquí es imposible.

El motor cobra vida, y su rugido encaja a la perfección con el hombre que lo conduce. Deja que se caliente unos minutos, que ambos pasamos sumidos en un tenso silencio antes de echar marcha atrás y salir del hangar.

Clavo la vista en el paisaje, pero en vez de fijarme en todos y cada uno de los detalles de la ciudad, como hice en Dublín, no veo nada mientras volamos por las conocidas calles.

Estoy segurísima de que está conduciendo por encima del límite de velocidad, pero ¿qué policía va a ponerle una multa? Es posible que los tenga a todos comprados.

Llegamos al Barrio Francés y en vez de tomar una de las tortuosas rutas a las que estoy acostumbrada con Cicatriz, Mount se dirige a casa directamente, atravesando el centro.

A casa.

Resoplo para mis adentros. Eso no es lo que es, y soy tonta si pienso que es otra cosa en vez de la cárcel lujosa que era antes de que nos marcháramos.

Ya no vamos a bailar más en Dublín.

Mount aminora la velocidad en una señal de STOP para que pasen unos peatones, pero después pisa a fondo el acelerador y da un volantazo a la derecha. El coche sale disparado hacia delante, con un chirrido espantoso de los neumáticos, al tiempo que su cuerpo se inclina hacia el mío.

—¡Joder!

¿Qué pasa?

Su cuerpo se inclina todavía más hacia mí mientras el caos se apodera del momento.

La gente dice que cuando pasa algo traumático, el mundo se ralentiza para

que puedas verlo todo a cámara lenta.

En mi caso, no es así.

La ventanilla del conductor se hace añicos y los trozos de cristal vuelan hacia todos lados. Lo único que mi cerebro atina a asimilar es «dolor» mientras Mount da otro volantazo, y me golpeo la cabeza contra la ventanilla. El coche se estrella contra una farola, que acaba doblando antes de detenerse.

Pum. Pum. Pum.

Veo agujeros en la luna delantera, que del golpe está agrietada.

—¡Keira!

Los gritos de Mount parecen cada vez más distantes mientras el mundo que me rodea se desvanece.

Parpadeo un par de veces, pero me pesan los párpados cada vez más. Inclino la cabeza hacia delante y parpadeo de nuevo.

¿Cuándo me he manchado la camisa de rojo?

—¡Mírame! ¡Keira, mírame!

Intento levantar la cabeza, pero me pesa mucho.

Mount forcejea con el cinturón de seguridad y acaba arrancándolo para inclinarse sobre mí. Me acerca las manos a la cara, y veo más manchas rojas.

¿Es sangre? No puedo pensar con claridad.

—Keira, quédate conmigo. Por favor, quédate conmigo, joder.

Oigo sus órdenes, pero su voz se escucha cada vez más distante con cada palabra que pronuncia. Cierro los ojos.

—¡No! —Es como un león susurrando en la sabana.

Alguien me levanta la cabeza, y me obligo a abrir los ojos otra vez, aunque solo sea por un segundo. Me basta para ver el dolor, la ira y la desolación en su mirada.

—¿Lachlan?

—Quédate conmigo. ¡No voy a perderte ahora, joder!

—No puedo... respirar. —Cierro los ojos de nuevo y oigo sirenas a lo lejos.  
Lachlan Mount pronuncia mi nombre de nuevo, antes de que todo se quede en silencio.

La historia de Lachlan y Keira concluirá en

## **DESEO**

Visita [www.meghanmarch.com/#!/newsletter/cluhp](http://www.meghanmarch.com/#!/newsletter/cluhp) para suscribirte a mi boletín de noticias y no perderte un solo anuncio acerca de mis proyectos futuros, novedades editoriales, ofertas, avances exclusivos y sorteos.

Nota  
de la autora



ROMANCE SEXY SIN EXCUSAS

Me encantará saber de ti. Ponte en contacto conmigo en:

Sitio web: [www.meghanmarch.com](http://www.meghanmarch.com)

Facebook: [www.facebook.com/MeghanMarchAuthor](http://www.facebook.com/MeghanMarchAuthor)

Twitter: [www.twitter.com/meghan\\_march](http://www.twitter.com/meghan_march)

Instagram: [www.instagram.com/meghanmarch](http://www.instagram.com/meghanmarch)

**Llega *Reina*, la esperada segunda entrega de la  
«Trilogía Mount», con más de 200.000 ejemplares  
vendidos en Estados Unidos.**



«Soy su entretenimiento, su juguete, el pago de la deuda.

Me digo que le odio, pero cada vez que entra en mi habitación, mi cuerpo me traiciona. ¿Cómo puedo desearle y temerle al mismo tiempo?

No me di cuenta de que esto sería una completa anarquía. Debería haberlo sabido. Cuando interviene Mount, no hay reglas.

No me rendiré. No mostraré debilidad. Me mantendré firme y saldré de esta empresa con mi corazón y mi alma intactos.

Pero él tiene otros planes...»

**Meghan March** es conocida por llevar pintura de camuflaje en la cara y correr por el bosque calzada con unas botas llenas de barro sin abandonar su perfecta manicura. También es impulsiva, fácil de entretener y no tiene reparos en admitir que le encanta leer y escribir obscenidades.

En sus vidas anteriores trabajó con piezas de coches, vendió lencería, hizo joyas por encargo y ejerció el derecho empresarial. Escribir libros sobre machos alfa malhablados y mujeres fuertes y descaradas capaces de postrarlos de rodillas es el trabajo más fabuloso que ha tenido nunca.

Le encanta que sus lectores le escriban a:

[meghanmarchbooks@gmail.com](mailto:meghanmarchbooks@gmail.com)

Primera edición: febrero de 2019

Título original: *Defiant Queen. Mount Trilogy II*

© 2017, Meghan March

Publicado por acuerdo con Bookcase Literary Agency

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena, por la traducción

Adaptación de la portada original de Red Press: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17664-03-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Reina

Acerca de este libro

1. Mount. Treinta años antes

2. Mount. En la actualidad

3. Mount

4. Keira

5. Mount

6. Keira

7. Mount

8. Keira

9. Mount

10. Keira

11. Mount

12. Keira

13. Mount

14. Keira

15. Mount

16. Keira
17. Mount
18. Keira
19. Keira
20. Mount
21. Mount
22. Keira
23. Mount
24. Keira
25. Mount
26. Keira
27. Mount
28. Keira
29. Mount
30. Keira
31. Mount
32. Keira
33. Mount
34. Mount
35. Keira
36. Mount

37. Keira

38. Keira

39. Mount

40. Keira

La historia de Lachlan y Keira concluirá en DESEO

Nota de la autora

Sobre este libro

Sobre Meghan March

Créditos